

PUNTO DE PARTIDA

Revista bimestral

Año 1 Núm. 2 Enero - Febrero 1967

Dirección: Margo Glantz.

Jefe de redacción: Eduardo Naval.

Dirección General de Difusión Cultural.

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Difusión Cultural, 10º Piso Torre de Rectoría, UNAM, México, D. F. Precio del ejemplar en la República Mexicana: \$ 2 00 dos pesos, moneda nacional. Suscripción por seis números en la República Mexicana: \$ 10.00 diez pesos, moneda nacional. Número atrasado: \$ 3.00 tres pesos, moneda nacional.

Las colaboraciones deben enviarse por correo o entregarse personalmente en las oficinas de Difusión Cultural, Rectoría 10º Piso, o a la profesora Margo Glantz en la Torre de Humanidades, 2º Piso, Cubículo 3.

Los manuscritos no publicados se devolverán en el curso del mes siguiente a la publicación del número *correspondiente*.

Sumario

	Certamen de ficción científica		2
Cuento	Intercambio	<i>Jorge Isaac Tenorio Bahena</i>	3
	Zona Z	<i>Juan Castellanos Leija</i>	9
	Ioska	<i>Yolanda Fernández Ordóñez</i>	22
Poesía	Cinco poemas	<i>Victor Manuel Toledo</i>	32
	Tres poemas	<i>Javier Molina Estrada</i>	35
Ensayo	Esclavitud y poesía: vida y obra de Juan Francisco Manzano	<i>Jorge Max Rojas</i>	38
	Estudio sobre el <i>Romance de Lisardo o Amores góticos</i>	<i>Mercedes Díaz</i>	53
	Entrevista con José Luis Cuevas	<i>Felipe Palín</i>	58
Música	Análisis de la música popular en el México actual	<i>Ricardo Delgado</i>	64
Teatro	Crucifixión inútil de un Fausto muerto	<i>Angelina Peláez</i>	67
Bibliografía		Cristina Conde / Jorge Arturo Ojeda / Eduardo Naval / Mercedes Díaz /	69
	Ilustración de la portada	<i>Francisco Guerra</i>	

Errata en el número anterior: Las fotografías que aparecieron en el primer número son de Ernesto Hernández Pichardo y no de E. González Pichardo, según aparecía escrito.

Los cuentos restantes que obtuvieron mención en el Concurso serán publicados en la entrega número 3 de esta revista, correspondiente a los meses de marzo-abril.



Siendo las veinte horas del día tres de diciembre de 1966, nos reunimos los suscritos para examinar las obras que concurrieron al certamen convocado por la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Ciencias, con el fin de otorgar un premio a la mejor de las ficciones científicas presentadas.

Habiendo discutido ampliamente acerca de los méritos de los trabajos que merecieron alcanzar una última votación, resolvimos por unanimidad coronar la obra intitulada *Intercambio*, que viene amparada con el pseudónimo de "Espín", y cuya identificación es por ahora difícilmente asequible por no hallarse en nuestro poder las plicas que sigilan el nombre verdadero de los autores.

Considerando la importancia y el dichoso término de este certamen, y para alentar el espíritu creador de los jóvenes estudiantes hacia estas novedades literarias, nos ha parecido justo y necesario conceder nada menos que *cinco* menciones honoríficas. Y son, a saber, las siguientes según el orden alfabético de las divisas que ocultan la identidad de promisorios talentos: *Ioska* por "Alestra"; *Extraña enfermedad* por "Vik Cosmic"; *Zona Z* por "Juan Félix"; *El inmortal* por "Níper", y finalmente *El juicio* por "Visitante hostil". Perdón, por "Mark Vincent".

Yo, el secretario de actas y primer miembro del jurado:

GUILLERMO TORRES

JOSÉ EMILIO PACHECO (Firma) JUAN JOSÉ ARREOLA (Firma)

Siendo los cinco días del mes de diciembre de 1966, se suscribió el acta que antecede, en esta ciudad de México.

Los pseudónimos de los triunfadores del certamen corresponden a los siguientes nombres: *Espín*, primer lugar, a Jorge Isaac Tenorio Bahena, alumno de 4º año de Diplomacia de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, número de cuenta: 5808065. Menciones: *Alestra*, Yolanda Fernández Ordóñez, alumna de la Facultad de Ciencias, número de cuenta: 6305900; *Vik Cosmic*, Víctor Manuel Toledo Manzur, alumno de la Facultad de Ciencia, número de cuenta: 6105398; *Juan Félix*, Juan Castellanos Leija, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, número de cuenta: 6006483; *Níper*, Nicolás Pérez Ramírez, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, número de cuenta: 5901311; *Mark Vincent*, Virgilio Armas Fuentes, número de cuenta: 6000825.



INTERCAMBIO



Jorge Isaac Tenorio Bahena

4o. año de Diplomacia de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales

Boston 25 de julio (AP) Los trasatlánticos de lujo Andrea Doria y Estocolmo chocaron esta noche cerca de la isla la Mantucket...

El Andrea Doria debería atracar en la ciudad de Nueva York, mañana antes de las 9 a. m. con 1 134 pasajeros a bordo...

Mientras tanto la lista de muertos del Andrea Doria continuó siendo de dos muertos conocidos y 18 desaparecidos...

Novedades, 26 y 31 de julio de 1956.

Soy Leandro Mancera, físico. He logrado cierta fama por mis experimentos. En 1953 fui honrado con el Premio Nacional de Ciencias. Actualmente trabajo en el Centro de Investigaciones de Massachusetts, encabezando a un grupo de científicos que el gobierno ha puesto bajo mi dirección para continuar mis estudios sobre un rayo que he descubierto, es parecido al Laser, estoy muy avanzado en mis trabajos, y pienso que al dar a conocer el resultado de mis investigaciones, la ciencia se verá enriquecida con una nueva teoría. Sin embargo, aún tengo ciertas dificultades; por eso presté atención a las cartas que recibí desde hace unos meses. Ellas fueron el motivo de mi viaje.

Todo debo darlo a conocer, aunque vaya en juego mi prestigio. Tengo suficientes pruebas.

...ésta es la razón por la que le pido me permita mantenerme en continua comunicación con usted. Sé que está trabajando con ondas cuya magnitud no ha logrado establecer. En algo parecido estoy trabajando yo. Por eso le sugiero que intercambiamos experiencias. Lo hago por que sé que el ánimo que lo mueve es meramente científico, ajeno a vanidades que en nada benefician a la ciencia...

Ésta fue la primera carta que recibí. Desde luego que acepté el intercambio. Así que contesté dando a conocer los aspectos generales de mis trabajos.

La carta siguiente llegó sin demora:

...le estoy muy agradecido por haber aceptado. Le hago saber que esta clase de correspondencia la mantengo también con otros hombres de ciencia, entre

ellos, me satisface comunicarle, están Sir Isaac Newton, Johannes Galileo Galilei, y otros más, que conforme lo vaya requiriendo los iré citando...

A pesar de la detallada exposición de sus trabajos, los cuales tienen innegable validez científica; la burla era demasiado pueril. Estuve a punto de romperla; pero lo que continuaba me hizo desistir:

He intercambiado opiniones con John Neper y los dos hemos coincidido que la proporción que busca en eso que usted llama *condición de los senos de Abbe*, en el segundo término de la primera ecuación, o sea en $\frac{n \operatorname{sen} u}{n' \operatorname{sen} u'}$, sí

satisface los postulados y las propiedades de los rayos con que está trabajando usted. También coincidimos ambos en aconsejarle que observe la estructura de los materiales que está usando. Pensamos que la reflexión sí se puede dar, según las leyes que usted llama de Snell.

Se comprenderá el efecto de esta carta. Me irritó saber que estaba siendo objeto de una broma demasiado idiota. Según mi correspondal sostenía intercambio postal con personas de los siglos XVI y XVII. Galileo murió en 1642, año en que apenas nacía Newton... y las preguntas que me hacía.

¡Una broma estúpida!

Contesté violentamente. Reprochando el mal gusto de su carta. También le dije que podía haberme hecho preguntas menos elementales.

Dejé pasar algún tiempo. En mis investigaciones seguía estancado, por mera curiosidad hice lo que me aconsejaba y todo resultó tal como él lo preveía. Eso me descontroló. Pensé que mi correspondal era algún colega con ganas de reír a mi costa. Busqué entre los que estaban trabajando en experimentos parecidos a los míos. Sólo estaba el profesor Moshenko, en Leningrado; y el profesor Gordon, del Centro de Investigaciones de California. Al primero lo descarté. Así que pensé que Gordon la hacía de mi correspondal. Debía estar en Estrasburgo, porque de ahí me llegaba la correspondencia, probablemente disfrutando de vacaciones. Me propuse localizarlo.

Mientras, recibí otra carta, también de Estrasburgo:

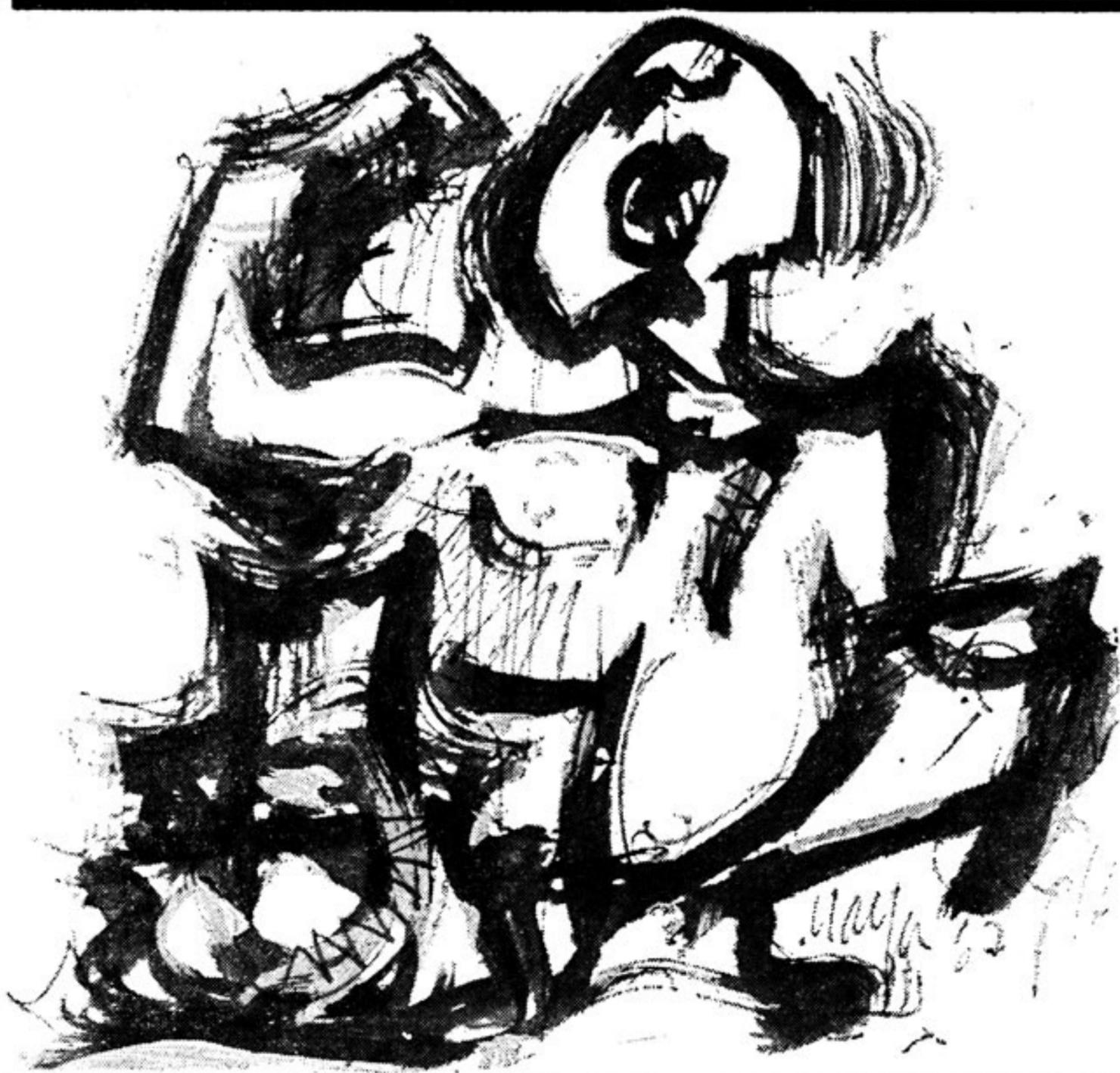
...realmente me sorprendió su forma de conducirse hacia mí y lamento que así suceda. Si me he dirigido a usted ha sido con intenciones meramente científicas y en ningún momento he pensado en gastarle bromas a nadie...

Espero que me disculpe y tenga la seguridad de que si lo he ofendido, ha sido contra mi voluntad.

No sé si ya habrá recibido una misiva de monsieur André Ampère, agradeciéndole su maravillosa idea sobre las relaciones cuantitativas entre corriente eléctrica y campo magnético. Él está de acuerdo con $H = S \int_0^{2\pi} \frac{\epsilon S}{r^2} = \frac{2\pi i}{r}$ fórmula que por mi conducto usted le envió.

Por otra parte, nuestro amigo Johannes Kepler le felicita por sus tres leyes sobre el movimiento de los astros y no se explica la razón por la que usted las llama Leyes de Kepler, puesto que quien en realidad las ha descubierto es usted. Cuando él las conoció se mostró sorprendido, ya que no tenía noticia de que otra persona tuviera trabajos tan adelantados en ese campo. Él dice haberlas intuido, después de continuar los trabajos de su maestro Tycho Brache, pero usted se le ha adelantado...

Con respecto a su experimento, use una película a base de cloro, en lugar de la solución que está empleando. Nuestro amigo Ampère propone que haga variar R en $f = \frac{R}{2}$ y observe la influencia en las ondas, en cada modificación que haga...



Quizá parezca incomprensible mi comportamiento. A pesar de que mi corresponsal estaba empeñado en hacerme bromas, yo me presté a ellas haciendo lo que me aconsejaba junto con *Ampère*. Los efectos fueron sorprendentes. Las sugerencias recibidas hicieron progresar mis experimentos. Esto me hizo seguir en el juego.

Por otro lado, ya había comenzado a investigar el paradero del doctor Gordon.

Para seguir el juego tuve que consultar determinadas teorías, en las que sus *autores* me pedían ayuda para poder elaborarlas. ¡Toda una estupidez!

Cada vez se fue acrecentando el número de preguntas que me hacía. Por momentos me pareció tonto de mi parte seguir haciendo el juego; sin embargo, si esa era la forma en que podía recibir ayuda en mis trabajos, estuve dispuesto a continuarlo.

De esta manera le sugería a Becquerel que el uranio despedía rayos gama, a Cavendish que la electricidad tiene carga, a Darwin la selección

somática, a Faraday decirle la fórmula — $\frac{d\Phi}{dt}$ = f.e.m. sobre la variancia

en el flujo magnético de una bobina . . .

El tono de la respuesta ya lo esperaba:

. . . todos mis colegas y hasta yo mismo, hemos llegado a dudar de usted, a dudar de su existencia, de su naturaleza. ¿Cómo es posible que un sólo individuo tenga tal acopio de conocimientos y de ideas? Me han sugerido que lo visite. En caso de negarme la mayoría de ellos están dispuestos a hacer

el viaje. Todos me piden que lo invite a un simposio, que, desde luego, tendrá carácter internacional.

Usted es sorprendente. Todo lo que ha sugerido a nuestros colegas ha dado como fruto la culminación de sus trabajos. Tal parece que usted sigue el desarrollo de sus investigaciones...

Por lo que se refiere a sus experimentos, sigo insistiendo que para la determinación de las amplitudes forzadas de f , $A = \frac{ZeE}{4\pi^2 m f_0^2}$, no satisface su experimento. Estoy de acuerdo que en electromagnetismo se predice la potencia media que un dipolo eléctrico oscilante radia es según: $\bar{p} = \frac{4\pi^3}{3\epsilon_0}$

$\frac{p m^2 f^4}{C^3}$ pero piense que el experimento y la teoría que usted está forjando, están cimentados en bases demasiado sólidas, como para apegarse a esa predicción. En dado caso pruebe en las ecuaciones que usted llama de Maxwell, con una partícula hipotética y practicando en ella las correcciones de Lorents.

A propósito de lo que usted llama ecuaciones de Maxwell...

Poco después supe que el doctor Gordon estaba en California, recluido en una clínica. En estado demasiado grave.

Una vez descartado él, como principal y único sospechoso, quedé descontrolado. No por la información que se me pedía para mis otros colegas, sino por la ayuda que recibía, siempre acertada. Desde las primeras cartas mis trabajos progresaron en forma asombrosa.

Por supuesto, los detalles que tanto me fastidiaban no cesaron. Así, en una de las cartas recibí esta noticia:

...el colega Alba Edison se mostró muy sorprendido con lo que usted le sugirió y prometió seguir sus investigaciones por esos cauces.

Cambiando de tema, le notifico que he recibido correspondencia de otros colegas de otras especialidades, los cuales me han pedido que los ponga en contacto con usted. Si me lo permite...

A partir de ese momento me llovieron toda clase de preguntas. Cada vez más absurdas, y sin embargo tenía que hacer como si las considerara en serio. ¡El colmo!

Hubo ocasiones en que dediqué más tiempo en contestarlas, metido en la enciclopedia; que investigando en mis trabajos. Sin embargo continuaba avanzando en ellos, gracias a mi corresponsal, cuya oportunidad comenzó a hacerse moleestamente sospechosa; en ocasiones me surgían problemas, que, sin dárselos a conocer, en la siguiente carta me llegaba la solución o camino a seguir. Tal parece que vigilaba de cerca mi trabajo.

Hubo momentos en que llegué a acostumbrarme a elogios y cosas tan absurdas como las de esta carta:

...el colega Freud se entusiasmó mucho con sus aportaciones a la teoría en que tanto ha trabajado.

Debido a la cantidad de noticias y comentarios que tengo que referirle me veo obligado a ser demasiado breve, no quiero alargar mis cartas, sé cuánto aprecia usted el tiempo.

Nuestro colega Guglieno Marconi ha construido su telégrafo, gracias al esquema y explicaciones que usted me ha enviado y que hice llegar hasta él.

¡Cuánta razón tenía usted al señalarle al Colega R. Koch, el bacilo de la tuberculosis! Me dice que gracias a usted la humanidad va a poder combatir tan molesto mal.

Con palabras parecidas se expresó el colega Newton. Por cierto no deja de comentar la sorpresa que le causó recibir las leyes de gravitación universal. Sir Isaac se refirió a ellas como leyes de Mancera. Ya que él atribuye todo el mérito a usted.

Le ruego disculpe tantas digresiones, pero sólo hago lo que me piden y dicen mis colegas.

Por lo que se refiere a las interferencias que usted ha notado y de las cuales me hace referencia en su última carta. Le sugiero que compruebe si van

de acuerdo con $\rho \sin \Theta = \frac{\lambda}{2d}, \frac{3\lambda}{2d'}, \frac{5\lambda}{2d'}$... si no satisfacen esta ecuación,

estoy seguro que no hizo la corrección $\frac{d}{dt} \left(\frac{1}{\sqrt{L}} \frac{dL}{dX^1} \right) \frac{1}{\sqrt{L}} \frac{dL}{dX^1} = n$

en caso de no encontrar ahí el error, busque en las ecuaciones anteriores.

Sea quien sea, mi corresponsal es un genio. Cuando dé a conocer sus cartas van a notar esa forma de adueñarse del lector, hace creer en lo que en ellas dice. Varias veces intercambié correspondencia como si no hubiera nada anormal... me hablaba de su colega Newton, que murió en 1727 y luego de Marconi que nació en 1874.

Debo confesar que a medida que avanzaba el tiempo mi desconcierto llegó al máximo. Por momentos estuve a punto de burlar la vigilancia de los agentes del servicio de seguridad que me tienen asignados y correr a Estrasburgo.

He comprobado la autenticidad de las estampillas y los sellos ¡Todo tan real y tan absurdo!

Sin embargo la necesidad de terminar mis experimentos me hizo continuar. Hace unas semanas tuve que sugerirle a *Pasteur* su vacuna y métodos de esterilización, a *Roetgen* que observara que al caer un haz de electrones sobre una placa se produce una radiación muy penetrante (lo guié, según mi corresponsal, a que descubra los rayos X). También le hice el diagrama a *Volta* para que construyera su pila eléctrica, y a *Watt* le construí su máquina de vapor, a *François Champollion* le ayudé a traducir geroglíficos... estaba redescubriéndolo todo. ¡Una estupidez!, sin embargo tenía que seguir...

...tuve que titubear mucho para atreverme a sugerirle lo siguiente: ¿por qué

no aplica las ecuaciones $\text{rot } \vec{E} + \frac{1}{c} \frac{d\vec{H}}{dt} = 0$ $\text{div } \vec{H} = 0$ que satisfacen las

ecuaciones de Maxwell y Lorentz? Acerca de estas ecuaciones quiero hacerle saber que ellos no se explican cómo es que las conoce usted, si apenas están trabajando en ellas. Cuando usted me las envió se las hice llegar y no se imagina la sorpresa que llevaron. Le prodigaron toda clase de elogios... en fin, así sucede en el mundo científico. Mientras más se investiga mayores son las sorpresas.

Mr. Maxwell no comprende cómo ha logrado dar con las ecuaciones que él estaba a punto de establecer, más aún, por qué usted insiste en llamarlas Ecuaciones de Maxwell. Ya que el mérito de haberlas logrado es de usted, y por tanto deben de llevar su nombre...

A veces pensaba que todo esto debía terminar. Intenté dejar de escribir. Pero no supe dominarme... cuando menos lo pensaba ya estaba ayudando a Ohm a descubrir su ley sobre la intensidad de la fuerza eléctrica, a Gay-Lussac, a Mendeleev ayudándole a organizar la tabla periódica de los elementos. Sugiriendo la hibridación a Mendel... pensé que estaba perdiendo la razón.

Decidí ir a Estrasburgo.

...el profesor Plank le sugiere que aplique la igualdad que usted le atribuye, $E = nhf$, en la energía de los espectros que está experimentando.

Reciba también el agradecimiento del colega Bohr por su valiosa sugestión

sobre las órbitas con momento cinético múltiple de $\frac{h}{2\pi}$, la cual le ha permitido lograr la ecuación $mvp = n \frac{h}{2\pi}$ que lo ha ayudado bastante en sus trabajos.

Espero no le moleste lo que le voy a decir, pero no resisto más la curiosidad que desde hace un tiempo me tiene inquieto. Dígame usted la verdad, se lo ruego ¿Es usted humano? ¿Quién es usted? ¿Por qué se ha valido de mí para dar a conocer tantos conocimientos a todos esos hombres de ciencia? Le confieso que no creo en milagros, pero usted está a punto de hacerme creer en ellos. Si yo pudiera ya me hubiera trasladado ahí, en donde usted dice que vive. Pero no puedo, por eso le ruego que no me deje con esta incertidumbre. ¿Es acaso usted el Dios de los creyentes?, ¿quizás usted es un ser de otro planeta que de esta manera impulsa nuestra ciencia?

Estoy por asegurar que usted no existe, o que es... no. Por favor, dígame. Le prometo no revelar su identidad... si no lo hace tal vez deje de escribirle... quizás sea mejor así.

Antes quiero hacerle saber que el profesor Einstein, me ha pedido que solicite su consentimiento para que la teoría que está por terminar, lleve el nombre de usted y el de él. Ya que sin su ayuda quizás nunca hubiera podido elaborarla...

Quizá esta sea la última carta que reciba. Ha sido un placer contarle entre mis colegas.

Atte. Paul Adrien Soddy

Con esto estuve a punto de enloquecer, ¿qué ha estado pasando durante todo este tiempo? El mismo día que recibí esta carta, aprovechando que todo lo tenía preparado, escapé de la vigilancia de mis guardias y partí hacia Estrasburgo. Cada minuto de la travesía pulsaba dentro de mí, excitando mi curiosidad. En balde traté de distraerme. Lo único que pensaba era en llegar.

Ya en la ciudad me calmé un poco. Busqué la dirección y me fue difícil dar con ella. Debido a que desde hace años la nomenclatura ha sido cambiada. Quien me llevó ahí fue un guía de turistas.

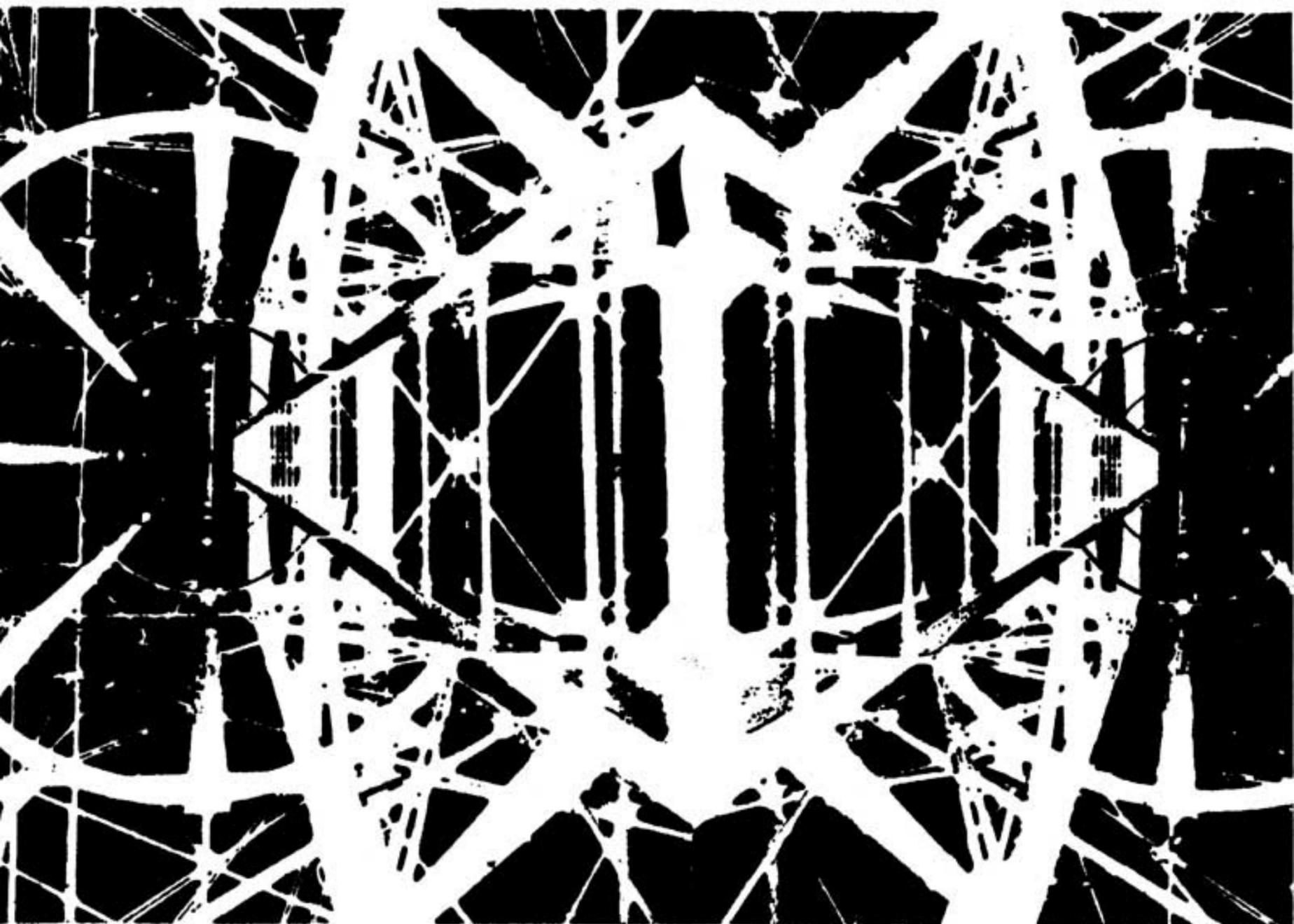
—Ésta fue la casa del profesor Paul Adrien Soddy —me dijo al llegar. Fue un hombre de ciencia del siglo, perdóneme, por el momento no recuerdo. Antes esto era un pequeño poblado y sus habitantes estaban sedientos de una celebridad. Debido a ello han respetado su casa, dizque como monumento, pero en realidad...

Difícilmente pude oír lo que el hombre hablaba. Estuve a punto de perder el conocimiento. No comprendí lo que me estaba sucediendo. Lo único que pude hacer fue llevarme la mano al bolsillo y dar algunos billetes al fulano. Le rogué que se fuera. Se marchó extrañado.

Me senté en uno de los viejos escalones y ahí permanecí algún tiempo. Luego se me ocurrió entrar y lo hice.

A un lado de la puerta encontré varias cartas. Todas mías y sin abrir. No sé cómo pasó el tiempo ni qué hice. Quizá perdí el conocimiento. Quién sabe. Cuando salí de ahí comenzaba a anochecer. Partí con el paquete de mis cartas bajo el brazo.

Por un diario supe que se me buscaba. Pude en ese momento decirlo todo, hacerme oír, pero logré controlarme y pensé regresar. Meditar bien lo que me ha sucedido. Me embarqué de polizonte para no ser descubierto. Sabía que en ese momento me buscaban por todas partes. Si me encontraban en esas circunstancias menos iban a creer mi historia. Pensé comentarlo primero con algunos de mis colegas. Eso voy a hacer tan pronto llegue. Por ahora estoy seguro, viajo en el cuarto de máquinas de este barco, el Andrea Doria.



Juan Castellanos Leija

Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales

ZONA Z

Bajaron del convertidor un poco deslumbrados.

Habían llegado Henry Jones e Iván S. Dilensky a la sala de recepción del Ministerio de Investigaciones Espaciales, después de dos horas de transportación electrónica.

La sala de recepción estaba perfectamente iluminada y no recordaba en absoluto a los campos de cohetes interespaciales de hacía apenas unos años, pero la gente no se acostumbraba aún al cambio y llamaba todavía a las salas de recepción, "pistas de aterrizaje".

En eso pensaba, quizá, Henry Jones, mientras él y el otro viajero espacial se dirigían atravesando la bien iluminada sala, a las cámaras de recuperación 330 y 331 del Ministerio.

Entraron al pasillo sin ver a nadie, ya que los operadores estaban en otro piso.

Henry Jones entró a la cámara 330, que era el primer cuarto en el pasillo, y apenas hubo cerrado la puerta tomó asiento, se acomodó un casco en apariencia pesado y apretó dos botones en el brazo del sillón.

Inmediatamente cayó en un letargo profundo, del cual despertó hasta pasadas dos horas, y aunque físicamente se sentía ya bastante bien, sabía

que el cansancio de los viajes por el cosmos era irrecuperable y acortaba la vida de los cosmonautas.

Por su gusto se hubiera quedado un poco más en la cámara de recuperación, pero pensó que dado el carácter tan importante de su cometido, mientras más pronto rindiera su informe sería mejor.

Al abrir la puerta vio en el pasillo una especie de comité de recepción, lo cual le molestó bastante, ya que un grupo tan numeroso podría comprometer el carácter ultrasecreto de su misión.

Al salir de la cámara vio a su acompañante espacial, Iván Dilensky, que acababa de salir de la cámara 331 y platicaba animadamente con Lewis Peters, subsecretario de la Oficina de Transportación Electrónica del Ministerio.

El supuesto comité de recepción en realidad desconocía por completo la misión Jones-Dilensky, con la sola excepción del general Nick Spencer, el hombre más alto del grupo en el pasillo, y era por él precisamente que se había reunido aquel grupo, con objeto de saludarle.

Aunque por otra parte, con seguridad que los ahí presentes se dieron cuenta que el general iba a recibir a alguien importante, tanto más que su visita había sido absolutamente sorpresiva, y sólo acompañaban al general Spencer dos de sus agentes de protección.

Spencer sudaba copiosamente, y se enjugó el sudor antes de recibir el caluroso saludo de Jones y el ceremonioso y rígido de Dilensky.

En ese momento una secretaria del Ministerio entregó unas hojas recién escritas, dentro de un portafolio azul a Jones, y apenas lo hubo recibido éste, el general se despidió amable, pero rápidamente de todos, y junto con los dos viajeros espaciales y sus guardias de corps se encaminó a los elevadores de la sala de recepción.

El elevador los llevó al sótano del Ministerio Espacial, y ahí abordaron el vehículo del general Spencer para dirigirse al Ministerio de Gobierno.

Durante el viaje de ministerio a ministerio, casi no se habló; el general estaba preocupado por el ilustre huésped que tenía en el país, y tanto Jones como Dilensky hubieran debido descansar más y no tenían muchas ganas de hablar.

Pronto el vehículo entró al primer nivel del sótano del Ministerio de Gobierno y ascendió en un elevador especial para aparatos hasta el décimo piso.

En este piso estaba la sala de conferencias privadas, y a ella se dirigieron todos, sin necesitar siquiera de un ademán de Spencer.

La sala de conferencias privadas era rectangular con paredes metálicas, completamente lisas, y un piso también metálico, sólo que corrugado, todo lo cual le daba un extraño aspecto de caja fuerte.

En un rincón, sobre una mesa de caucho había un aparato a todas luces electrónico, por más que sólo tuviera visible una pantalla de color rojo, la que se encendió cuando entró el grupo formado por el general, los dos mensajeros especiales y los guardias del general.

Spencer echó una ojeada a los viajeros, y pidió a Iván Dilensky que le entregara su reloj eléctrico.

—Es un aparato muy sensible —aclaró, evidentemente orgulloso de su detector de mecanismos electrónicos.

Guardó el reloj que le había entregado Dilensky, en un compartimento del mismo detector, e inmediatamente se apagó la pantalla roja.

A una señal de Spencer salieron sus guardaespaldas e inmediatamente

cerró la puerta, apretando el tercer botón a la derecha en un tablero en la mesa de caucho.

Aparte de los tres recién llegados, había en la sala de conferencias otras cuatro personas, a las que se dirigió el general.

En aquel lugar 7 personas iban a decidir el destino de millones, que por lo demás, desconocían la existencia de esos siete.

Spencer habló.

—Les presento al mayor Iván Dilensky, y al capitán Henry Jones, que tienen algo que informarnos.

Los presentes saludaron con una ligera reverencia y se dispusieron a escuchar a los mensajeros espaciales.

Tomaron asiento todos alrededor de una mesa de caucho verde que había en el centro de la sala.

Estaban a la mesa, por parte del país sede de la conferencia: la secretaria general de Relaciones Exteriores, Jenny Phink, diplomática de carrera y, a juzgar por su aspecto, de no más de 30 años.

A su derecha el general Jerry Slender, secretario de Defensa, un hombre muy importante en el gobierno; militar rechoncho y locuaz, con un aire de astucia evidente.

A su izquierda el general Spencer, primer ministro, y político desde que había dejado el ejército hacía 27 años.

En la cabecera de la mesa, de pie, y disponiéndose a rendir su informe, se hallaba Henry Jones; viajero espacial y mensajero diplomático que acababa de hacer su viaje interestelar número 15, el último que de este tipo podía hacer, según el reglamento internacional de vuelos espaciales y seguridad.

Por parte del otro país conferenciante, y significativamente sentados en el lado opuesto de la mesa se hallaban: el general Yuri Sholojovsky, ministro de Defensa, según se creía futuro primer ministro, y el embajador Nikolai Seski, el diplomático más antiguo al servicio de su país.

Finalmente estaba, en la cabecera opuesta de la mesa, el viajero espacial Iván Dilensky, el único por otra parte que ya conocía al general Yuri Sholojovsky, y eso porque hacía ya bastantes años recordaba haberlo visto presidiendo un desfile militar de repulsa a la invasión de que había sido objeto un pequeño país de Asia.

Iván Dilensky, al igual que los demás, se dispuso a escuchar al otro viajero espacial, Henry Jones.

Cuando se hizo el silencio se escuchó la voz de Jones, con los ecos metálicos que las paredes le conferían.

—Como experto en armamentos —exclamó en un tono solemne, y ya en un tono mucho más natural añadió— puedo informar que la parte de la misión que me correspondía ha sido altamente satisfactoria.

Observó por un instante el efecto que habían tenido sus palabras y, acto seguido, extrajo del portafolio azul que le habían entregado en el ministerio espacial unas hojas llenas de cifras y estadísticas.

—Creo que nuestro problema se puede estimar en dos mil millones de individuos, con un poder armamental destructivo del 0.05 por ciento de la masa terrestre, o dicho en otras palabras, con un poder suficiente para destruir a cada una de nuestras naciones 5 000 veces.

—Aunque creo que no les digo nada nuevo —añadió—, la conclusión que tenemos es que sería impráctico emprender una guerra convencional contra ellos, y en verdad cualquier guerra convencional tendría que ser



atómica, ya que casi todo el mundo cuenta con armas de este tipo.

—Según nuestros cálculos —continuó Jones— esta conferencia debió haber tenido lugar allá por 1970, como máximo, para que de acuerdo con nuestros expertos hubiera sido práctica una guerra de exterminio.

—Calculan que se hubieran perdido, con la correlación de fuerzas de ese tiempo y la alianza de ahora, no más de 120 millones de vidas y no menos de 16, ya que el poder armamental del enemigo se ha calculado, en ese entonces, de una millonésima de la masa terrestre, o sea que no hubieran podido destruir más del 10 por ciento de las instalaciones de los dos países, y no más del 25 por ciento en caso de que hubiera sido uno solo.

—Además —agregó— el cambio de dirección revolucionaria de 67-70, hubiera hecho posible tomar al país en un clima de desorganización.

—En fin —dijo Jones— regresando propiamente a mi misión, puedo informarles que el gobierno militar del planeta Gamma XX ha prometido

toda su ayuda militar a la coalición para acabar con el peligro amarillo.

—El gobierno de Gamma XX ha prometido ayuda para terminar con el 99.8 por ciento de los habitantes del país enemigo, sin dañar ni en un 1.2 por ciento de las instalaciones industriales, basándose por supuesto en los informes de que yo era portador.

—Sin embargo no ha querido revelar la naturaleza de las armas que piensa emplear, pero ha asegurado que con un ejército de 800 000 soldados terrestres, el país podría ser limpiado en un plazo no mayor de 2 años, y rehabilitado en no más de 10.

—Además no enviarán más de 10 000 técnicos de eliminación a la ayuda del ejército coaligado, y estarán siempre bajo las órdenes de técnicos terrestres; se irán retirando a partir del día de la victoria en un plazo no mayor de tres meses, que es el tiempo que necesitan para regresar sus equipos e implementos.

—El precio de la ayuda no fui yo el encargado de arreglarlo —aclaró Henry Jones—, exclusivamente solicitan de nosotros, en el aspecto técnico, la manutención de su ejército, así como instalaciones receptoras para un mínimo de 100 000 kilowatts por hora.

—Podría darles algunas otras cifras, pero serían de carácter más estrictamente técnico, y creo que eso es todo lo que puedo informarles.

Al acabar de decir esto tomó asiento Henry Jones, y volteó a ver a Iván Dilensky que se disponía a hablar.

En verdad la parte de la misión encargada a Iván Dilensky, era la más complicada. Porque él había sido encargado del aspecto diplomático, en tanto que Henry Jones se había encargado más bien del aspecto puramente militar.

—Ustedes saben —dijo Dilensky dirigiéndose en especial a sus compatriotas—, que toda alianza militar tiene un precio y en este caso, para ir al grano, el gobierno de Gamma XX lo que quiere a cambio de su ayuda es el 1 por ciento del oxígeno que contiene el agua del Océano Pacífico, para lo cual, casi la mitad de los técnicos que enviarán, se encargarán de empacar ese oxígeno y enviarlo a Gamma XX.

—Toda la aprobación del plan por parte del gobierno de Gamma XX —prosiguió Dilensky—, está condicionada por la aprobación que dé la comisión de estudio de las condiciones bacteriológicas de la tierra.

—Personalmente entregué al consejo de estudios interplanetarios de Gamma XX el informe que se había hecho, sobre bacteriología e inmunidad, en la Tierra. Y en reciprocidad me hicieron entrega de fórmulas de vacunas y medicamentos contra las principales enfermedades de Gamma XX, pero además aseguraron que todo su equipo y técnicos vendrán completamente descontaminados.

El consejo dará su fallo en dos meses de tiempo terrestre, transcurridos los cuales mandarán diez sujetos voluntarios de experimentación, debidamente inmunizados contra las principales enfermedades que podrían contraer en la Tierra.

—Además —agregó Dilensky—, en nombre de las facultades que me fueron dadas, me comprometí a hacerlos viajar por todo el planeta durante otros dos meses, al fin de los cuales regresarán a Gamma XX para ser sometidos a estudios. De resultar positivo el experimento, en este caso que regresen sanos, automáticamente queda convenido el trato y, en no más de una semana empezarán a llegar sus diez mil técnicos al cuartel de aterrizaje que, según tengo entendido, está a punto de ser terminado.

—En realidad reconozco que fue un poco arriesgado aceptar el viaje

de los diez gammaienses por todo el mundo, pero creo que con una bien planeada operación se puede hacer, y no hubieran aceptado ayudar de otro modo.

—Es conveniente aclarar que fueron inútiles todos los intentos de mi parte en el sentido que se enviaran individuos de menos de dos metros, que podrían haber pasado por seres humanos altos. Insistieron en mandar una pareja de cada una de sus cinco categorías, así que sólo dos de ellos medirán menos de dos metros.

—Esta pareja, pienso que podrá viajar sin mayores problemas, además, su idioma es bastante racional y puede ser aprendido rápidamente y, según tengo entendido, ya hay en la Tierra quien lo hable.

—Por lo que toca a las demás parejas, una será de más de dos metros, otra de dos veinte, otra de más de dos cuarenta, y otra de más de dos sesenta. Parece evidente que a partir de la pareja de más de dos metros tendrán que viajar en secreto, protegidos por cualquiera de nuestros ejércitos, y creo que debe estar a elección de la pareja de menos de dos metros hacer el viaje también así.

Hizo una pausa para tomar aliento y expresó:

—Además de voluntarios para el experimento, los diez enviados de Gamma XX serán inspectores que revisarán las instalaciones que les hemos preparado a sus técnicos, y rendirán su propio informe sobre los países que visiten.

—En caso de que las condiciones que ha puesto Gamma XX no hayan sido aceptadas por los gobiernos terrestres, se les informará de ello a los voluntarios de Gamma XX que regresarán de inmediato a su mundo.

—Éste es mi informe —dijo llanamente Iván Dilensky—, ahora en sus manos está decidir las condiciones.

Quando se extinguieron los últimos ecos de su voz, todos los ahí presentes quedaron pensativos y callados.

En mayor o menor grado ya sabían de antemano lo que se iba a tratar, pero los datos concretos le conferían al asunto una cierta inverosimilitud. Y en individuos tan pragmáticos como los ahí presentes esa sensación hizo guardar un momentáneo silencio a todos.

El primero en romper el silencio fue el diplomático Nikolai Selski, diciendo como si reflexionara profundamente.

—Caballeros, a mi modo de ver, las condiciones globales son aceptables y los únicos problemas que podrían presentarse serían de carácter técnico; por ejemplo, saber si no se desequilibraría la ecología terrestre al extraer tanto oxígeno del mar, pero sobre todo en lo que tenemos que ponernos de acuerdo es en el control que tendremos sobre el regreso de los técnicos gammaienses a su planeta.

—En realidad me parecen bastante ambiguos los términos del pacto en lo que se refiere al control que tendríamos sobre los técnicos de Gamma XX, e incluso, teniendo en cuenta nuestro desconocimiento del carácter de sus armas. Creo que estarán de acuerdo —añadió— en que eso es lo que hay que discutir y ponernos de acuerdo.

Siguió diciendo Selski.

—El ministro de Defensa de mi país, camarada Sholajovsky, podría informarnos sobre los recursos disponibles para supervisar todos los pasos de las operaciones de los diez mil técnicos-soldados gammaienses, de acuerdo también, por supuesto, con lo que tenga que decir el general Slender, ministro de Defensa de este país.

—Una vez decidido el tipo de vigilancia que tendríamos sobre los téc-

nicos extraterrestres podríamos asegurarnos, por medio de una comisión conjunta de supervisión, que esa vigilancia fuese efectiva.

—Además pienso que deberían hacerse todos los esfuerzos posibles por obtener información sobre el tipo de armamento de Gamma XX.

Mientras hablaba Selski el general Nick Spencer asentía a cada afirmación del embajador, y además parecía sumamente complacido con todo lo que éste decía.

Si era así, o no, era difícil saberlo; Nick Spencer, como representante del país más interesado de los dos participantes en que se llevara a cabo la operación de exterminio, debía tratar de llevar la conferencia con las mínimas dificultades posibles. Además que lo que proponía Selski no era contrario a los intereses de su nación.

Sólo había algo que le preocupaba, y era un ataque que recordaba haber hecho al general Sholojovsky en alguno de sus muchos discursos de la década del 70, ya no recordaba ni en cuál, pero le preocupaba el hecho de que Sholojovsky, su huésped, cuasi oficial tuviera, según se decía, una memoria prodigiosa.

Mientras tanto Sholojovsky también escuchaba al anciano diplomático, absorto se diría, y aparentemente ajeno a lo absurda e increíble que hubiera resultado dicha conferencia apenas unos pocos años antes.

Pero la realidad era que estaban en el siglo XXI, y no unos pocos años antes, y la conferencia estaba ahí, desarrollándose sin dificultades aparentes.

Cuando terminó de hablar Selski, el general Slender y el general Spencer intercambiaron una fugaz mirada de inteligencia y, como si lo hubieran tenido ensayado, el primero tomó la palabra, mientras Spencer guardaba silencio y se disponía a escuchar a su principal consejero, o como el mismo general se autonabraba "su brillante eminencia gris".

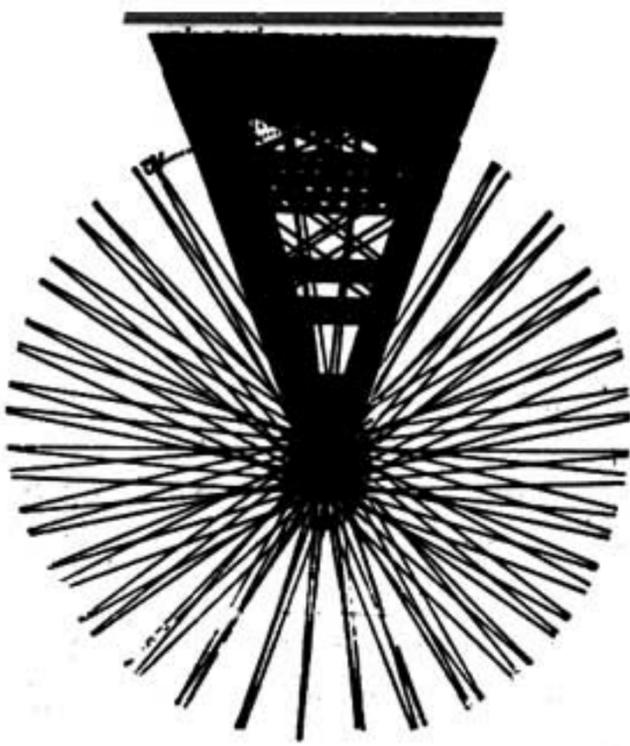
Aunque, para un observador perspicaz e imparcial, hubiera sido difícil decidir si Slender era una brillante eminencia gris, que ayudaba a Spencer, o si Spencer era un títere manejado por las manos regordetas de Slender.

Jerry Slender tosió, y haciendo hincapié en sus palabras, dijo:

—Me parece innecesario hacer resaltar la importancia de lo expuesto por su excelencia, el embajador Selski, sobre lo importante que es controlar todos los actos de nuestros futuros huéspedes, los técnicos de Gamma XX. Creo que su excelencia ha expresado esa necesidad de un modo sintético y claro, sólo que personalmente no pienso que el procedimiento más adecuado sea formar comisiones que se encarguen de vigilar y controlar, porque no podríamos en un momento dado, tener una visión de inmediato y de conjunto de toda la operación y de todos los técnicos de Gamma XX. Creo que lo que debemos hacer es infiltrar en su ejército técnicos nuestros, los cuales estarían en continua comunicación con diez o veinte centrales, que a su vez retransmitirán sus informes al Ministerio de Gobierno de mi país, y al gobierno del vuestro.

—Por otra parte creo que debemos insistir en su ofrecimiento en el sentido de que siempre sus técnicos estén bajo las órdenes de técnicos terrestres.

—Además podemos averiguar todo lo que podamos, no sólo tratando de obtener información de los técnicos-voluntarios que nos visitarán, sino también pidiendo tanto al mayor Iván Dilensky, como al capitán Henry Jones, que redacten un informe lo más minucioso que puedan, sobre lo que recuerden de las instalaciones militares que visitaron, y lo sometan a consideración, tanto de nuestros técnicos, como de los vuestros.



—Pienso además —continuó diciendo Slender— que deberíamos de preparar, no sólo 800 000 hombres, sino todos los que podamos, para que en ningún momento haya dificultades para sobresaturar con soldados nuestros cualquier posición que sea tomada.

En ese momento, y refiriéndose obviamente al ministro de defensa general Sholojovsky, Slender dijo:

—Quizá ustedes ya sepan algo sobre el tipo de armas de Gamma XX. Personalmente sé que cuentan con un tipo de arma capaz de acabar con una nación matando exclusiva e instantáneamente a los habitantes humanos de un país, afectando apenas a unos pocos de los monos superiores.

—De ahí ese tanto por ciento de instalaciones inutilizadas de que nos hablaba el capitán Jones, porque al seguir funcionando, sin control humano ya, algunas máquinas y mecanismos se destruirán.

—Es exigua la información que tenemos sobre esas armas —dijo Slender con un tono lejanamente nostálgico—, y parece obvio que necesitamos saber más, ya que en un día no muy lejano podrían ser empleadas contra algún otro país.

—Por lo cual reitero todo mi apoyo a la proposición de su excelencia, el señor embajador, en el sentido de la vigilancia que en todo momento debemos tener sobre nuestros aliados.

—Tanto más que se de buenas fuentes —prosiguió—, por mis servicios de información, que la eliminación se hace por áreas cuyos límites son las instalaciones que Gamma XX ha prometido, según es de suponerse.

Y añadió Slender:

—Una vez que ha quedado trazada el área que abarcan los rayos de las instalaciones de Gamma XX, hacen algo que afecta toda el área escogida, pero no es difícil, pienso, el salvaguardar nuestra seguridad si vigilamos que sus instalaciones no abarquen el área de otro país que no sea el enemigo, por lo que no debemos perder de vista ni una pieza, ni uno solo de los técnicos que sean enviados a la Tierra.

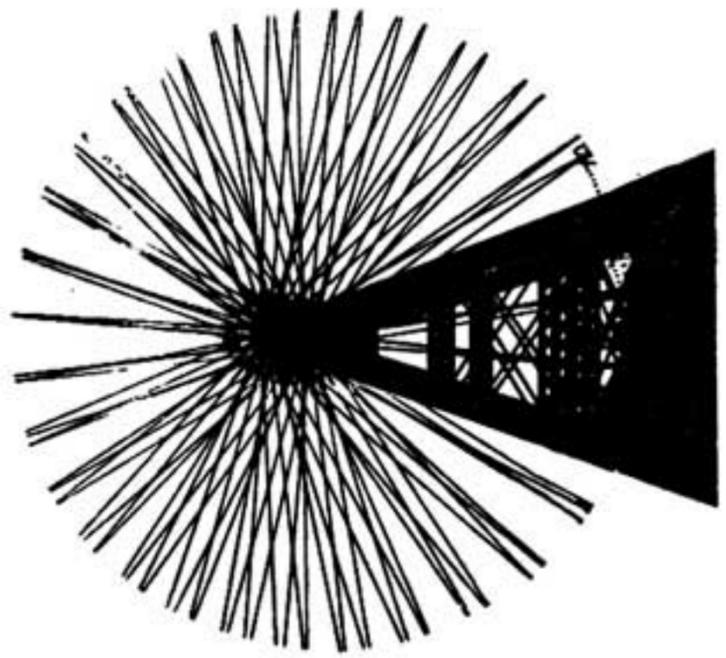
Eso fue todo lo que dijo Slender.

Mientras tanto el general Spencer seguía asintiendo de vez en cuando, y notó que el general Sholojovsky estaba bastante molesto por alguna razón, así que cuando terminó de hablar Slender pidió al general Sholojovsky que expresara su opinión sobre el asunto todo.

Quizá por lo que estaba molesto Sholojovsky era porque él no había recibido la información que tenía Slender, pero, sobre todo, porque acababa de darse cuenta que en el área de las instalaciones eliminadoras, dentro de la zona de destrucción, podrían quedar comprendidas vastas regiones de su patria.

Sholojovsky, bastante excitado, comenzó a hablar.

—Ustedes deben haberse ya dado cuenta que, con dicho sistema, mi país podría verse afectado en amplias zonas, ya que sería imposible cons-



truir estaciones que no tuvieran dentro de su radio de acción territorios de mi patria.

—Y, por lo demás, los territorios que quedan comprendidos dentro del área de destrucción, no pueden ser evacuados por las tropas que ahí tenemos, porque la frontera quedaría indefensa y no podríamos evitar una invasión enemiga.

—Creo —continuó Sholojovsky—, que habrá que evitar destruir una cierta región del país enemigo, e invadir por esa parte antes de que sea eliminado el resto de la población. Ya que, atacando antes de la destrucción general, siempre contaría el enemigo con poder contener la invasión con su enorme ejército, y sin tener que recurrir a armas atómicas.

Las últimas palabras que pronunció Sholojovsky quedaron en suspenso, porque parecía que iba a decir algo más, pero no lo hizo.

A ninguno de los personajes de Occidente, que ahí estaban, les había hecho la menor gracia la sugerencia de que hubiera una invasión unilateral y adelantada del país enemigo, y fue Jenny Phink, la guapa secretaria de Relaciones Exteriores, quien primero tomó la palabra con esa voz grave e interesante que la caracterizaba, y dijo:

—General Sholojovsky, en verdad es un riesgo que su país pueda ver amenazada parte de su territorio, pero es obvio que emprender una invasión antes de la destrucción de la capital y los principales centros nucleares, es demasiado peligrosa para ser considerada una posibilidad real.

Y agregó:

—Me parece que sólo hay una estación de cohetes dentro del área en discusión, instalación que bien puede ser inutilizada con métodos convencionales, simultáneamente a la destrucción general.

—Una invasión requiere tiempo y preparativos demasiado visibles, sin contar con que podría ser detenida por el ejército enemigo en unos cuantos kilómetros, y contraatacar nuclearmente, y no sólo contra un país, sino contra muchos más.

—Entre esos países que serían objeto de represalias están nuestros actuales aliados occidentales, que no saben nada de esta operación de exterminio, aparte de que todos los demás países de Asia, así como los de África, y casi todos los de América, apoyarían activamente al país invadido, haciendo que la guerra tomara proporciones mundiales, y dificultando grandemente la operación de exterminio, pero sobre todo se habría acabado, se acabaría con el factor de sorpresa que es con el que contamos grandemente.

Sholojovsky vio que no podía imponer su opinión, acerca de la invasión unilateral, a los demás participantes de la conferencia y, además, sabía que los demás países aliados del suyo también protestarían por no haberseles dicho nada.

En esos momentos parecía que la conferencia iba a venir por tierra, dado que habían chocado los intereses de unos y otros frontalmente, y no había manera al parecer de conciliarlos.

El general Spencer tuvo que equilibrar la situación una vez más.

El choque había sido inevitable y, en realidad, Jenny Phink había aclarado los puntos en que divergían y que era necesario aclarar, con el mínimo de fricciones; ahora tocaba a Spencer acentuar los puntos de contacto para llevar adelante todo.

—General Sholojovsky —dijo pausadamente—, creo que usted tiene toda la razón en proteger los intereses de su país, al evitar que sea destruido parte de su territorio, pero tenemos que ver el interés común que nos ha hecho emprender esta alianza.

—La amenaza que representa nuestro enemigo común es tan grande, que nuestros dos países deben correr un gran riesgo para eliminarla, pero no es conveniente aumentar ese riesgo.

—Por eso es que le pido, general, que se emprenda un estudio sobre el área de su país que podría verse afectada, sobre el área enemiga que eventualmente habría que respetar, sobre todos los armamentos enemigos que haya en esa zona, en fin, sobre todo punto posible. Porque estoy firme en que todo se soluciona discutiendo, ya que nos mueve un interés común.

Un siglo antes aquello del interés común hubiera sido grotesco, pero aquel día Sholojovsky decidió que tenía razón Spencer.

Con eso se dio por terminada la conferencia; se propusieron fechas y lugares para las siguientes, y se ultimaron algunos detalles más.

Salieron de la sala, primero Jenny Phink, Spencer, y el general Sholojovsky, y se alejaron por el pasillo comentando jocosamente algo.

Después salieron, casi al mismo tiempo, Jerry Slender y el capitán Jones, y detrás de ellos, Nikolai Selski e Iván Dilensky, quien apretó un botón desde fuera de la sala de conferencias, y ésta se cerró.

Eran las ocho de la noche, pero podría creerse que era de día, debido a la iluminación, ya que no había tinieblas desde 1990, cuando se instaló el sistema de iluminación solar total.

Pasados quince días tuvo lugar la conferencia anteriormente citada, con los mismos que participaron en la primera; todo quedó arreglado, se atacaría simultáneamente al enemigo con armas comunes y con las de Gamma XX, se acordó avisar a los países del pacto por una parte, y a los del tratado por la otra, pero sólo con pocas horas de anticipación. Y se acordó vigilar a los técnicos de Gamma XX, por medio de técnicos espías que darían informes diarios de las actividades de los visitantes.

La ya desconocida paz que reinó en la Tierra durante dos meses, no parecía augurar nada bueno. Porque si aquellos que habitualmente provocaban las guerras, no lo hacían, no había muchas probabilidades de conflicto, pero en todas partes se sospechaba que algo iba a ocurrir.

La Unión de Estados Africanos denunció una inminente agresión, pero no porque supiera nada de lo que planeaban las otrora grandes potencias, sino porque periódicamente habían sufrido agresiones durante los últimos 20 años del siglo que acababa de terminar, antes de que se constituyera la unión, y presentían algo.

En Asia también se murmuraban cosas, y en América la OEL se reunió dos veces en ese tiempo para pedir el desarme.

Sólo en Europa parecía no haber movimientos ni en pro, ni en contra de nada; hacía diez años que no caía un gobierno, y el último que había caído se debió a que trató de detener la emigración.

En ese clima de agitación mundial, donde extrañamente faltaban las amenazas, llegó el 21 de agosto, la primera señal proveniente de Gamma XX. Los términos del pacto habían sido aceptados, y mandaban sus diez voluntarios-inspectores.

A los pocos minutos empezó su materialización, y posteriormente fueron conducidos a un edificio vecino al cuartel de aterrizaje, en donde quedaron hospedados.

Su aspecto era casi humano y sólo se distinguían de los demás individuos con los que trataban, por su desmesurada estatura, y por un ligerísimo brillo en los ojos durante las noches. Esta semejanza permitía que tuvieran contacto con un número relativamente elevado de personas de absoluta confianza, sobre todo con científicos terrestres que veían abrirse horizontes insospechados en sus conversaciones con los técnicos gammaienses.

Su idioma, aglutinante, fue rápidamente asimilado y aprendido por todos los que tenían contacto con ellos. Fueron llevados, durante los dos meses que duró su estancia, por todo el mundo y, especialmente a petición propia, a los lugares más insalubres, lugares éstos donde parecían científicos investigando algo, por las batas blancas que llevaban y el profundo interés que por todo mostraban.

Aprobaron ampliamente las instalaciones de recepción, y cuando partieron, gozaban de excelente salud.

A las 76 horas y 34 minutos de haber abandonado la Tierra los voluntarios llegó, al conmutador central del ministerio de investigaciones espaciales, una señal procedente de Gamma XX. Y, como ya estaba convenido, se retransmitió al cuartel de aterrizaje a pocos kilómetros de ahí, en donde los quince convertidores trabajaron 45 horas seguidas materializando a los técnicos y equipos de Gamma XX.

En las bodegas del cuartel se amontonaban piezas recién empacadas en maderas terrestres, mientras algunos hombres de ciencia presentes en los convertidores, se encontraban maravillados con los aparatos y sistemas que iban materializándose, y que eran empacados inmediatamente para evitar que se dañaran.

Se construirían 45 bases, con las que se esperaba lograr la eliminación del 98.2 por ciento de la población, ya que originalmente iban a construirse 49, pero surgió el problema de los territorios afectados.

En cuanto a los técnicos de Gamma XX, ya estaban instalados cómodamente en los campos adjuntos al cuartel, en donde parecían un ejército de gigantes prestos a entrar en campaña.

Los enviados eran todos de menos de dos metros, y no parecían estar muy a gusto en la Tierra, pues según podían entender las personas que trataban con ellos, les molestaba la atmósfera enrarecida para sus organismos; porque, aunque casi fisiológicamente iguales a los humanos, no podían soportar el exceso de oxígeno, que era el gas por el que paradójicamente habían llegado a la Tierra.

Mientras tanto el general Spencer conferenciaba con el jefe de las fuerzas armadas, general Hare, y con el general Slender, en la sala de conferencias privadas del cuartel de aterrizaje.

El general Spencer hablaba de la necesidad de supervisar el correcto funcionamiento de la red de vigilancia, y de las precauciones que con ese fin se habían tomado.

—Y, por tanto, todo lo hemos previsto —había dicho.

Los otros dos generales asintieron, y pasaron a tratar el segundo punto que los había reunido; había que lograr una alianza con Gamma XX, no

sólo para acabar con el peligro amarillo, sino con todos los demás países enemigos. Pero curiosamente, al menos por el momento, no era posible plantear esa alianza a los enviados, ya que no tenían al parecer un jefe visible, sino que había un organizador por cada 100 técnicos más o menos, pero parecía no haber nadie con la representación de Gamma XX. Ahora era el general Thomas Hare, quien por lo demás parecía todo, menos militar, el que hablaba.

— . . . y ya tenemos el plan que propondremos a Gamma XX, ahora sólo falta saber a quién, y qué quieren en cambio.

Pocos días después se emprendió la movilización general, y a las pocas semanas quedaron construidas las instalaciones a lo largo de la frontera del país enemigo, quien pensó que eran bases comunes, y simplemente alertó a su ejército.

A decir verdad despertaron pocas sospechas esas construcciones y, más que nada, relacionadas con la estatura de muchos de sus constructores, pero nada se pudo saber en firme.

Un día, como otro cualquiera, partió la orden de eliminación.

En un momento dado, de cada una de las instalaciones, salieron corrientes de origen desconocido para la ciencia terrestre, y en pocos segundos el país quedó destruido; cuando murieron los habitantes del mismo, al quedar saturada el área, recibió el nombre de Zona Z.

Parecía como una pesadilla la rapidez vertiginosa con que había ocurrido todo; menos de 30 semanas desde que se habían entablado pláticas con Gamma XX, y ahora el genocidio estaba cometido.

Ya sólo quedaban de aquel gran país unos pocos individuos, apenas unos miles, en su mayoría perdidas las facultades mentales.

Los técnicos de Gamma XX, al parecer insensibles a lo que había ocurrido, empezaron a desmontar sus equipos con macabra eficiencia, ante el asombro y el temor de todo el mundo que no había tenido siquiera tiempo de tomar partido en la lucha.

La destrucción instantánea de un país provocó temores indescriptibles en las grandes zonas urbanas, y los países solidarios del que había sido destruido, no hicieron nada, como ya estaba previsto que no harían. En parte porque tenían temor de sufrir represalias parecidas, y en parte porque ya no había a quien apoyar.

Los dos países agresores recibieron protestas por vía diplomática de algunos de sus aliados, pero en ellas se reflejaba el temor.

En esas circunstancias empezó a regresar el ejército de Gamma XX al cuartel general, en donde, habiendo almacenado en unas cuantas semanas el oxígeno pedido, construían naves para transportarlo, mientras, por medio del convertidor electrónico de materia, se retiraban sus 10 000 técnicos.

Lo más tardado de todo fue construir las naves, pero hubiera sido necesaria demasiada energía para recibir en Gamma XX esa enorme cantidad de oxígeno si se enviaba por los convertidores.

Así las cosas y habiéndose localizado al que fungía como organizador general del ejército de Gamma XX, se le había propuesto acabar con otros países, haciendo Zonas Zeta su territorio, pero Zaom Tnik, que así se llamaba, había rehusado diciendo que era demasiado tarde.

Esto había ocurrido cuando apenas se habían retirado dos mil técnicos, así que el general Spencer había preguntado por qué era demasiado tarde.

—Pero ingeniero Tnik, aún tienen en la Tierra más de 8 000 técnicos.

Y Zaom Tnik había respondido.

—Es verdad general, pero yo fui enviado a cumplir una operación precisa, y no puedo aceptar esa responsabilidad —pero había añadido—, no obstante, como esta experiencia nos ha permitido probar nuestras armas de una manera práctica, y comprobar su efectividad letal me honro en hacer presente el profundo agradecimiento de mi gobierno y personalmente me encargaré de transmitir al consejo de gobierno su propuesta.

Las naves habían estado listas para partir a las dos semanas de esta conversación y si bien no habían convenido en convertir en Zonas Zeta a las demás naciones enemigas del país de Spencer, éste confiaba en que en un futuro cercano así sería; después de todo, sólo su país tenía instalaciones para recibir a un número tan crecido de técnicos como se necesitaban.

Por fin, el 17 de diciembre a las 11 en punto, el general Spencer esperaba de un momento a otro la salida de la primera nave hacia Gamma XX, cuando recibió un mensaje de su oficina de información.

El organizador general del ejército de Gamma XX había conferenciado secretamente con el embajador Selski, y con el general Sholajovsky dos días antes, y otra vez hacía unos minutos. No se conocía ni una palabra del diálogo sostenido. Pero su excelencia y el general parecían sumamente complacidos.

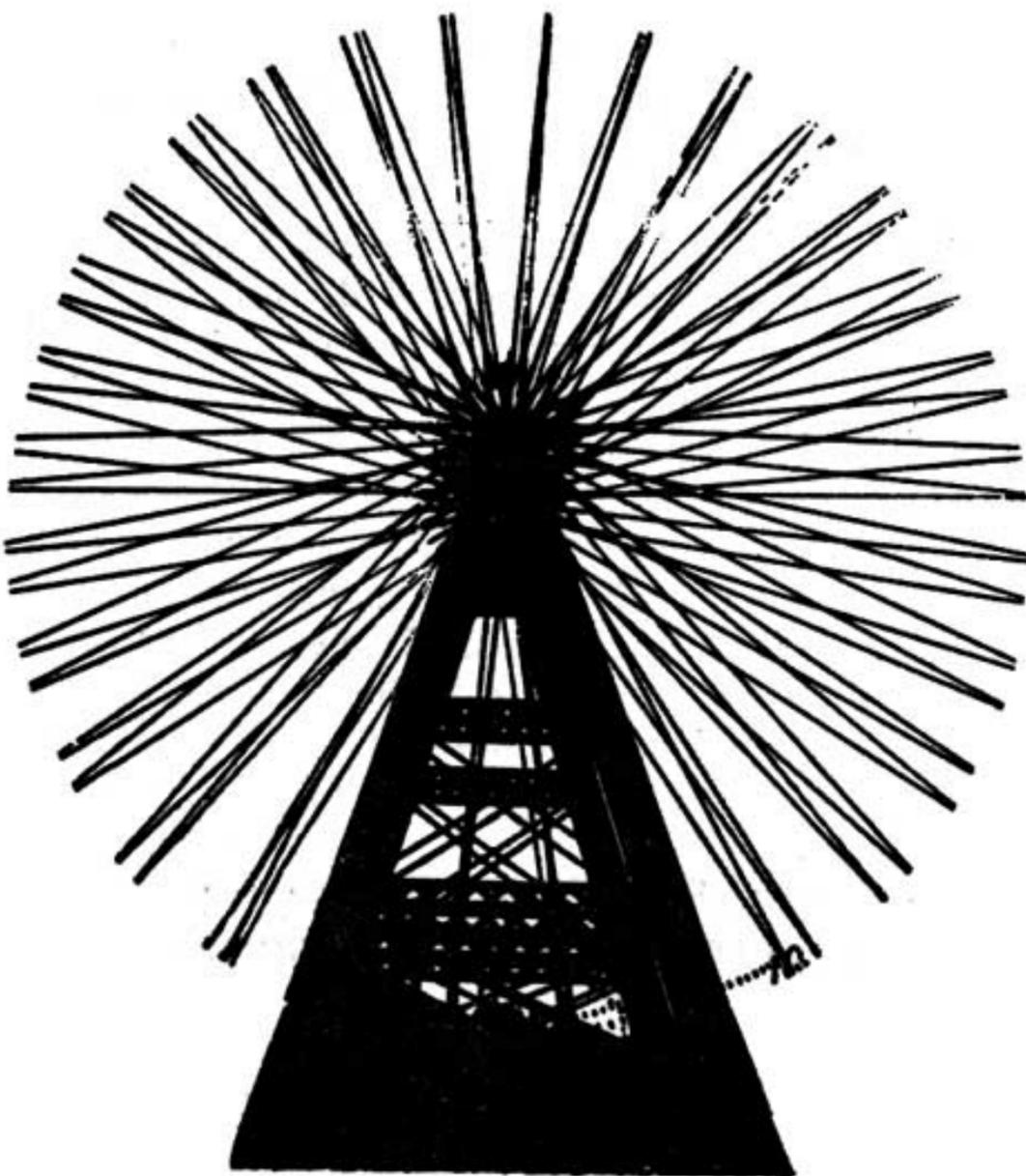
Spencer trató inmediatamente de localizar a Zaom Tnik; su nación, su pueblo, no serían traicionados de ese modo, pero Zaom Tnik ya había embarcado y faltaban menos de 90 segundos para que su nave despegara.

En ese momento Spencer pidió una comunicación con Gamma XX; enviaría mensajeros diplomáticos para conferenciar con el consejo de gobierno.

Mientras esperaba la comunicación despegó la última nave de Gamma XX.

Trató entonces de localizar al embajador Selski, al que parecía habérselo tragado la tierra. Se dirigió en ese momento Spencer al ministerio de gobierno, en donde, al arribar, recibió una nota urgente.

“Las 25 naves de Gamma XX no se han alejado de la Tierra, simplemente la han rodeado, no contestan la comunicación.” De súbito comprendió Spencer: en un momento todo el planeta sería una enorme Zona Z.



IOSKA

Yolanda Fernández Ordóñez/Facultad de Ciencias

Ioska, ¡qué recuerdo tan extraño es el que de ti guardo! Nebuloso, con esa niebla azul que envuelve los sueños o las cosas que se van quedando atrás en el pasado. Extraño, muy extraño, verde y hermoso aún en su tragedia. ¡Y pensar que nadie lo sabrá! ¿Para qué contarlo si nadie me creerá? —Fantástica historia —dirían algunos. —¡Qué imaginación! —añadirían los demás. ¡Pero creerlo, nadie! Ni la misma Silvia hubiera podido, pero es mejor que nunca se lo haya dicho. Aún yo me niego a creerlo si no fuera por esto que me lo confirma. Quisiera olvidarte, Ioska, pero creo que no será posible.

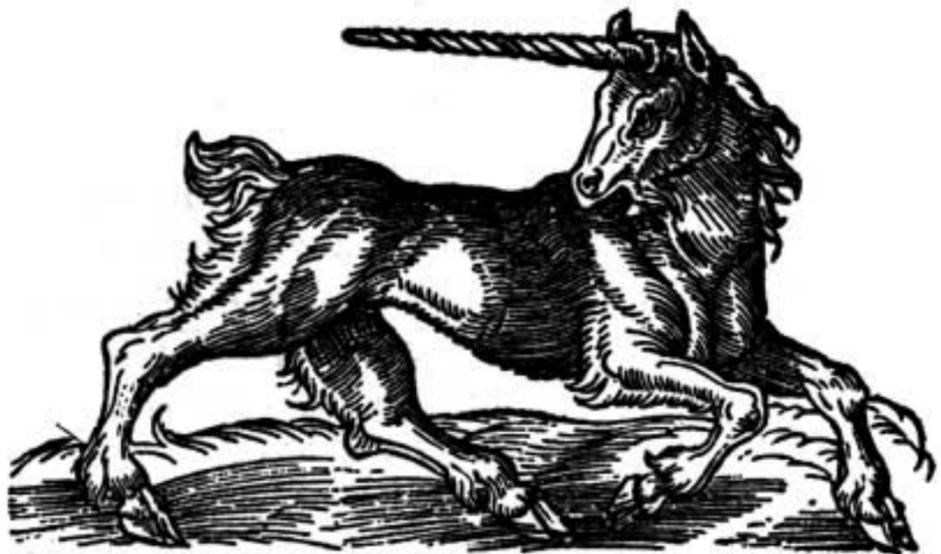
Como sueño cabrías en la mente de cualquiera, pero no como realidad. La mente es tan amplia que parece que pudiera caber en ella cuanto existe, pero siempre hay cosas que son rechazadas, tachadas de imposibles fantasías, que vuelven a considerarse con recelo preguntándose qué pasaría si existiesen de verdad.

Mi mente está llena de pensamintos como estos que a veces se alejan para volver, renovados, a luchar en mí con más fiereza. Casi siempre estoy invadido de un sentimiento de angustia que parece ser lo único que llena el descomunal vacío que Ioska abrió en mí. Un canal inmenso por donde se escaparon, como las aguas de un plácido lago, todas mis antiguas creencias de la vida, todas mis esperanzas y ensueños, dejando solamente el fondo arenoso y salado en el que no puede germinar ya nada. Nada hay ya que sea verdadero, nada es quizá como yo lo veo. En el seno de las cosas más insignificantes se revuelven enigmas y misterios que no intento siquiera descifrar por temor de agrandar el vacío y la angustia de la soledad. Me siento impotente espectador de la destrucción de mundos invisibles que no comprendo, pero no por eso menos reales. Si por lo menos estallara mi cabeza esto tendría un fin. El fin del sufrimiento de no poder apartar el pensamiento de ideas extrañas e incomprensibles, del temor a lo desconocido acentuado por una relampagueante visión que me lo presenta inaudito y espantoso.

¡Ioska, Ioska!, ¿qué has hecho de mí, de mi vida entera, de Silvia? La lluvia azota con fuerza los esqueletos de los árboles y el viento ulula en las esquinas como un alma en pena. ¿Dónde ha quedado el ayer feliz? Nunca me di cuenta de todo lo que poseía, de la sonrisa siempre dulce y amable de la fiel Silvia, que siempre comprendía. Nunca supe ver el fondo de su alma bella y buena, pero ahora es tarde. Cree, por culpa mía, que la he olvidado y sufre. Pero, ¿de qué le serviría tenerme a su lado, si ya sólo soy capaz de sentir temor?, ¿para qué podría querer mi alma, helada por un cierzo desconocido? Tienes que olvidarme, Silvia, aunque me parece que he leído en tus ojos que no podrás. Inténtalo si aún me amas y perdóname, aunque no comprendas.

*

Sí, ¡todo estaba igual que ahora! El día era tan gris y frío como éste y la lluvia, acompañada del viento, se empeñaba en destrozar cuanto encontra-



ba a su paso. Los arboles se doblaban lastimosamente y por la ventana se veía la calle desierta.

—¿Cómo sucedió? —aún me pregunto sin encontrar una respuesta que me satisfaga. Había cerrado aquel libro colocándolo sobre la mesita y mi mente divagaba. Descubrí entonces un resplandor por demás extraño, como los que se ven sobre los cristales de las ventanas cuando las asaetean los últimos rayos del sol. Me llamó la atención, pues el día era oscuro y la luz de la lámpara no habría causado tal reflejo. Comenzó a crecer en intensidad y magnitud, primero lentamente y luego con una rapidez pasmosa. Era tan grande a los pocos momentos, que me era imposible distinguir los objetos de la habitación. Sin poder dejar de mirarla y con los ojos llorosos por no haber parpadeado, sentí que todo a mi alrededor daba vueltas con velocidad vertiginosa. Se apoderó de mí un vértigo tan terrible que quise gritar y detenerme de cualquier cosa, pero las manos se crispaban sintiendo solamente el vacío. Mis pies ya no sentían el contacto del suelo ni mi cuerpo el del sillón. Entonces, un golpe sordo en todo el cuerpo y no supe más.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me tienen aquí?, yo no estoy enfermo de nada, ¡miren, puedo levantarme! Éstos fueron, más que palabras, pensamientos, pues contrariamente a lo que pensaba, no me era posible mover ni un dedo ni pronunciar palabra. Mis ojos, inundados de lágrimas de espanto, recorrían devoradoramente la habitación esperando encontrar algo o alguien conocido. Las palabras y gritos se ahogaban en mi garganta y me sentía como colocado bajo una plancha de acero que me trituraba los huesos. No había absolutamente nadie y la plancha que me aprisionaba no existía. Yacía en una cama —de alguna manera hay que llamarla— que más bien parecía tina de baño o sarcófago sin tapa. La plancha era tan sólo un lienzo cuyo contacto me producía asco y que parecía estar cubierto de una babosidad que me aprisionaba fuertemente. Todo a mi alrededor era verdoso; no había, hasta donde mi vista alcanzaba, puertas ni ventanas ni ningún orificio. La cama era cuanto había; la cama y yo. Ningún ser viviente en quel lugar que tenía la forma de un cascarón de huevo cortado longitudinalmente, de superficie rugosa como la de una semilla de durazno. Siempre me vienen a la imaginación las ideas menos apropiadas. Pensé en esos momentos si las paredes de aquel huevo sabrían a fruta o a yema.

Pero no eran así todos mis pensamientos. Me parece imposible enumerar cuantas sensaciones y temores se sucedían en mí. Terrores, desesperación, angustia y depresión. Todas mis preguntas las respondía un silencio extraordinario. No escuchaba ni siquiera el latir de la sangre en las venas o mi respiración. Un silencio atroz que nadie será capaz de comprender. Me parece que ni aun dentro de las tumbas existe. Se escuchará, aunque sea lejanamente, el ruido del mundo que quedó fuera o el movimiento de los animales de la tierra o cualquier cosa, pero no un silencio tan absoluto como aquél.

Creí que había muerto, pero no me consoló este pensamiento. Era ridículo ese lugar. Nunca había tenido una creencia fija de lo que sucedía más

allá de la muerte, pero ese lugar era chocante para pasar la eternidad. Además sentía mi cuerpo vivo todavía; podía, aunque confusamente, pensar. Los muertos no sienten ni piensan. ¿O pensarán los muertos?, ¡vaya, y por qué no! Volvían a asaltarme descabelladas ideas sobre lo que hacían los muertos cuando el mundo ya no los veía. ¡No! ¡Yo no estoy muerto, estoy más que vivo! ¿Pero qué hago aquí? ¿Qué es todo esto? —me repetía sin convencerme totalmente. Traté de recordar y no veía al principio más que la luz que crecía desmesuradamente. Recordé después la sala de la casa, la mesa, el vértigo y la sensación de que caía de algún lugar de enorme altura. Pero nada de esto explicaba mi situación. ¡No, muerto no estoy! Lo que pasa es que me he vuelto loco, completamente loco. Estoy en casa, en mi cama, que es como todas, pero que yo veo como sarcófago; en un cuarto como cualquiera pero que para mí es un huevo o un durazno. ¡No, no! Tampoco esto es posible, ¡Dios mío!, ¿qué me pasa?

Por toda respuesta a mis desesperadas interrogaciones, el silencio, ese silencio atroz que cortaba toda esperanza. Sucedió entonces algo que bien puede llamarse un milagro: me dormí. Dormí profundamente sin sueños de ninguna especie, pero que tampoco hicieron falta. ¿Para qué quería los sueños si me esperaba al despertar la espantosa realidad de una pesadilla?

Hice un descubrimiento que me confirmó casi totalmente mi locura. Todo estaba lleno de un líquido verdoso y viscosísimo. Decididamente he perdido la razón. ¿Cómo puedo estar sumergido en una viscosidad irrespirable sin morir? Me sentí tan desesperado que quise llorar hasta el fin, hasta que en vez de lágrimas brotara sangre, llorar hasta morir. ¡Y no derramé una sola gota salada! Me sentía desamparado como nunca antes en mi vida, abandonado de todo y de todos. Nadie a quien recurrir, pues hasta el pensamiento estaba cansado ya de repetirse las mismas ideas sin concluir nada. ¡Cómo hubiera deseado ver en esos momentos al más inferior de los insectos! ¡Una araña, una hormiga, un piojo! ¡Oh, quería ver un piojo! Tantas hormigas y arañas habían muerto bajo mis pies y yo anhelaba hasta la desesperación ver, no ya una de ellas, sino la sombra de un vil piojo.

No sé cuanto tiempo permanecí en ese estado, pues perdí completamente toda noción del tiempo y no me importaba ya nada. ¡Ahora creo que siempre acaba uno por resignarse cuando las cosas no parecen tener remedio. Si no se hace por convicción propia, entonces las circunstancias obligan a ello. Si aquello tenía un fin, llegaría solo y si no lo tenía, cuanto hiciera sería inútil.

•

¡Me parece haber oído algo! Tal vez sólo he imaginado, creo que no volveré a escuchar sonido alguno. Pero sí, ¡algún rumor que parece acercarse! ¡sí, algo viene! —me decía con un último vestigio de esperanza. En efecto, se escuchaba como el rumor de agua que corre. Si se estuviera yendo este asqueroso líquido por alguna parte, quizá pudiera moverme. Cerré los ojos durante unos momentos para concentrar mi atención en ese sonido que parecía acercarse cada vez más. Cuando los abrí, pude haber emitido el sonido más salvaje y aterrorizado que nadie hubiera escuchado jamás. A pesar de que había deseado con fervor ver algo o alguien no esperaba aquello. ¡Dos seres estaban junto de mí! Uno a cada lado de la cama. Me miraban sin expresión, como las figuras de cera que tanto temen los niños en los museos. Cabe decir que tenían forma humana como cualquiera, pero un no sé qué de espantoso. Hubiera querido levantarme y correr, correr . . . , hasta donde pudiera escapar de esas miradas huecas. Las cabezas eran redon-

das, las frentes amplias y los labios sin color. Todo en ellos era verdoso, pero parecían translúcidos. Uno era hombre y la otra mujer y ambos parecían haber sido colocados allí expresamente para aterrorizarme. Al ver que no hacían ningún movimiento amainó la tempestad que se había desatado en mí, pero aún sentía temor. Las manos estaban enguantadas tan perfectamente que no parecía sino que así fuera su piel. Extendió ella su delgado brazo y retiró el lienzo baboso que me cubría. Sentí el cuerpo librado de un gran peso y al mirarme sin ropas recorrí la habitación con la mirada buscándolas. Las hallé a dos pasos y alcanzándolas me vestí rápidamente. Entonces ella hizo con la cabeza la señal de que la siguiera y así lo hice. Salimos de la habitación por un hueco que no había descubierto antes, siguiendo por un pasillo que semejava un túnel de altísimas paredes. Éstas seguían pareciéndome semilla de durazno y al tocarlas las sentí resbaladizas. Después de dar varias vueltas en las cuales no vi ningún orificio, puerta o ventana, desembocamos en una amplia sala, tan grande e imponente como una catedral. También tenía forma de huevo pero en posición vertical —¿dónde estarán la yema y la clara? ¡Oh, pero que estupideces se me ocurren, no me cabe ya la menor duda de que soy un lunático, pero es divertido de cualquier manera sentirse habitante del argentino satélite! Hubiera reído de buena gana de las ideas que brotaban en mi mente, pero descubrí que era observado por una veintena de pares de ojos inexpresivos y fríos. Hombres y mujeres estaban sentados frente a mí en un semicírculo casi al ras del suelo. Los que me habían acompañado habían desaparecido sin que me hubiera percatado. Otra vez estaba semiparalizado de terror, pero ya me estaba acostumbrando a sentirlo y no pensé en huir. Uno de aquellos seres habló: —¿Puede decirnos por qué se arrojó? ¿Cuál es su nombre? ¿No sabe lo que esto puede ocasionarle?

Su voz era tan inexpresiva como la mirada de todos ellos; era como si la voz hubiera sido producida por una máquina que hubiera estado en algún lugar lejano y profundo. No entendía lo que se me preguntaba. No recordaba haberme arrojado de ningún lugar y mi nombre era algo que no me importaba en lo absoluto y por ende tampoco a ellos.

Otro repitió las mismas preguntas con el mismo tono, pero recibió la misma respuesta. Siguieron interrogando todos, pero sus preguntas eran inauditas. Me preguntaban dónde había conseguido las ropas, donde había estado antes de arrojarme y otras cuestiones que no sabía y me eran totalmente indiferentes. Solamente una vez me escucharon decir “no sé”. Cuando ya no tuvieron nada qué decir, hablaron aparte y se retiraron. Una mujer diferente de la anterior, pues era más alta, me indicó que la siguiera. Salimos por otro pasillo que desembocó en una abertura muy grande y que deslumbraba con una claridad a la que estaba desacostumbrado. La vi volverse y cerrar tras ella el hueco. ¡Era verdad! ¡Estaba libre! Con los ojos cerrados aún, comencé a caminar temeroso de que ella volviera y me hiciera regresar. Anduve tambaleándome como un ebrio y sentía que chocaba de vez en cuando con cuerpos blandos, pero la felicidad de verme libre no me dejaba pensar en nada. Sentí entonces la presión de una mano en mi brazo y me sentí arrastrado. Abrí los ojos y vi otra mujer que junto a mí me observaba pero sin mucha curiosidad.

—Lo siento, pero estabas obstruyendo el paso. Descansa un poco y vete. Puedo ayudarte, si quieres.

No le respondí. ¿Ayudarme a qué? Yo no necesitaba la ayuda de nadie y menos de una mujer con ojos inexpresivos como los de un pescado en la

refrigeradora de un mercado. Por esa calle —de alguna manera habrá que llamarla— transitaban seres iguales a los que ya conocía. Parecían llevar prisa y casi ninguno reparaba en mí. La mujer tenía toda la tranquilidad de quien cuida un bulto sin importancia sobre una acera. Miraba distraída a otra parte y pensé que esa era mi oportunidad para escapar. No había dado dos pasos cuando sentí su brazo como tenaza de hierro rodearme. Me pareció increíble la extraordinaria fuerza que poseía. No se me ocurría para qué podía esa mujer preocuparse por mí. Me hizo caminar a su lado como hubiera llevado a su hijo y yo miraba a todos con la expresión de un perro que ve una danza de espectros a la medianoche. Ninguno de los dos había pronunciado palabra alguna desde que ella lo hiciera. Yo observaba a mi alrededor las paredes altísimas y carcomidas, el suelo resbaladizo y el mismo líquido viscoso y verde de mi prisión. Llegamos a una amplia explanada sobre la cual, como hongos sobre un llano, se levantaban los minúsculos domos de extrañas construcciones.

Preguntó ella, para mi mayor asombro, por qué me había arrojado y otras cuestiones que ya había escuchado de labios de mis primeros interlocutores. Le respondí que no recordaba nada ni quería hacerlo.

—Entiendo, el golpe debe haber sido muy fuerte. Si quieres puedo acompañarte hasta la plaza. Quizá viendo la torre recuerdes algo.

Me era absolutamente indiferente recordar si me había arrojado o no, y pensé que nada perdería acompañándola. Durante el trayecto distinguí a lo lejos algo parecido a las siluetas de lejanas montañas.

—¿Qué es aquéllo? —le pregunté señalando el opaco horizonte.

—¡No lo sé! —respondió añadiendo sin dar mayor importancia a mi curiosidad no satisfecha—, no puedo entender cómo tuviste la osadía de arrojarte y cómo es que te salvaste del castigo.

Ya estaba cansado de escuchar siempre lo mismo y le respondí con la esperanza de que no insistiera:

—Mire, no sé de qué me habla. No me he arrojado de ninguna parte y le ruego que no hable más de este asunto.

—¿Cómo?, ¿quieres decir que te arrojaron?, ¡pero esto es terrible! ¡No, nadie te arrojó, fuiste tú mismo!, ¿no?

—No sé, no sé. Le digo que no recuerdo nada ni quiero que vuelva a mencionar esto.

—Entiendo. Debe ser terrible que a cada momento escuches quien te pregunte la causa. Pero mira, hemos llegado. ¿No te dicen nada la plaza y la torre?

En efecto, habíamos llegado a una plazoleta en cuyo centro se erguía imponente y majestuosa una torre de construcción excepcional. Había visto muchos obeliscos y torres enclavados en plazas de todos tamaños y formas, pero ninguna que me hubiera impresionado más que ésta. Terminaba en una punta tan aguda que parecía una aguja que quisiera picar el verdoso cielo. Inútil, no recordaba nada relacionado con esa construcción; pero, después de unos segundos, descubrí en la punta algo que me hizo estremecer de pies a cabeza como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Me tiré al suelo gritando, mejor dicho, aullando de terror. ¡Nunca he deseado morir con más ardor que en ese momento! Mi acompañante decía no sé cuántas cosas que no escuchaba; estaba como en otro mundo. La visión de ese objeto me hacía imaginar tantas cosas, creía saber por fin donde estaba, pero no veía nada con la claridad que deseaba. Era preciso que supiera la verdad cuanto antes. Me incorporé con dificultad y ella quiso escapar, ate-

morizada por lo que había visto; pero esta vez fui yo quien la sujetó con fuerza, al tiempo que decía balbuceante:

—Lléveme hasta lo más alto de la torre. Es menester que lo haga de inmediato. Si se niega, lo haré yo solo y esta vez sí que me verá arrojarme y caer a morir a sus pies.

—¡Pero estás loco! Es imposible que subas, no sé por qué te dejaron salir. No he de llevarte yo ¡nunca!

Quiso huir nuevamente pero volví a sujetarla y la hice andar hasta el pie de la torre. No ofreció ya ninguna resistencia.

•

No recuerdo más que confusamente que subíamos por unas escaleras sombrías e interminables y que llegamos después a un observatorio que rodeaba todo el cuerpo de la torre. Del centro de esa pequeña plataforma circular



arrancaba la aguja. En la parte superior había un disco pequeño que servía de base a una estatua muy grande que representaba una bruja como las de los cuentos infantiles. Di varias vueltas a la base de la aguja hasta que descubrí una saliente pequeña y después otra y otra.

Comencé a trepar con una rapidez que hubiera admirado a cualquiera que no conociera el motivo que me impulsaba. Toqué por fin el disco y me di cuenta que la estatua no estaba adherida a la base sino en perfecto equilibrio. No podía entonces detenerme de ella para trepar y verla más de cerca. Un poco descorazonado, pero alentado por un plan que tomaba forma en mi mente, emprendí el regreso.

La mujer me recibió con un abrazo que me produjo asco pero que no rechacé:

—¡Sabía que no te arrojarías, vámonos ya! La has visto bien y quizá hasta te haya hecho recordar algo —decía apartando sus brazos que me parecían tentáculos de pulpo fresco.

¡Sí que me había hecho recordar la estatua, pero no lo que ella creía!

—Escúcheme. Nos iremos tan pronto me diga unas cosas que necesito saber. Hábleme de todo lo que sepa acerca de esta ciudad —le dije con una tranquilidad que no sentía.

—¿De la ciudad? ¡vaya! ¿Qué puedo decirte que no sepas o no estés presenciando?

—Todo, dígame el nombre, la causa por la que importa tanto si me arrojé o no, el porqué de no subir a esta torre, en fin, todo.

—Está bien, si tú lo quieres, aunque no sé para qué pueda servirte ahora. Fue prohibido subir a la torre cuando se dieron cuenta de que era muy buen lugar para suicidarse. De todas maneras terminaremos todos, pero parece que les da mayor ánimo ver personas vivas por las calles. Hace mucho tiempo que no nace nadie y en cambio mueren cada día más y más. Todo está espesándose y no habrá quien resista siempre. Desde aquí se ve cuán verde está poniéndose todo. A veces pienso si será o no mentira la historia de aquel embustero.

—¿Qué historia? Quiero conocerla —dije casi gritando.

—Pero si la conoces tan bien como todos. ¡Ah!, no recordaba que has olvidado todo. No tiene importancia, pero te la diré. Decía que más allá de la estatua estaba el fin del cielo y más allá todavía, otro mundo habitado por seres gigantescos. Que ellos habían abierto en el cielo una grieta por la que entraría el aire de ese mundo a espesar el líquido y enturbiarlo y entonces Ioska moriría con todos sus habitantes. Las casas se derrumbarían y se desbaratarían como trozos de papel mojados.

—¿Recuerda en qué lugar estaba la grieta de que hablaba ese hombre? ¿Dónde puedo verle y hablarle? ¿Ioska es el nombre de esto? —pregunté sin poder disimular más tiempo mi ansiedad, deseando con toda mi alma sacudir a esa mujer para que dijera rápidamente cuanto deseaba saber.

—Sí, se llama Ioska, pero ya podemos empezar a decir que se llamaba, pues es seguro que éste es el principio del fin. Ese hombre murió hace mucho tiempo. Aseguraba que la grieta era más ancha exactamente sobre la torre y que se extendía de un lado a otro. No puedo decirte nada más porque es todo lo que sé. Vámonos.

—No me iré. Déjeme solo, le aseguro que no cometeré la impertinencia de arrojarme. Quiero decirle algo aún. Crea cuanto dijo ese desafortunado y más aún. Crea que esos seres podrían deshacer Ioska entera con el puño sin que ustedes pudieran hacer nada por evitarlo, que esos colores miste-

riosos que se veían cuando el cielo era transparente eran los vestidos o las casas de un mundo exterior para el que esta ciudad es meramente un adorno y un adorno sin importancia alguna.

—¡No te entiendo!, ¿cómo puedes creer tú esas fantasías? Estás loco completamente, me voy. Quédate solo con tus descabellados pensamientos y si quieres, arrójate, que a nadie puede importar ya lo que hagas —dijo al tiempo que desaparecía por las oscuras escaleras.

—¡No creas, no creas! —le grité— después de todo ¿qué te importa?, ¿qué te importa que yo sea uno de esos gigantes, que mi mundo esté fuera y no en esta viscosa ciudad?, ¿qué puede importarte que no sepa cómo volver ni cómo he llegado y que muera aquí dentro cuando no era éste el fin al que estaba destinado?

Pero no me escuchaba ya, ni lo hubiera entendido. Era para ella un loco y ella era para mí un ser repugnante que me hacía recordar que mi vida no estaba allí con esos seres.

A falta de otra cosa que hacer, comencé a prepararme para la muerte inevitable que me aguardaba. Observé la ciudad que se deshacía como papel remojado durante muchas horas. Ioska era una ciudad en agonía, un mundo que moría aprisionado en un líquido que envenenaba cuanto había en él. Las construcciones se despedazaban como animales hacía mucho tiempo muertos. Las calles estaban cubiertas de material blancuzco y las gentes caminaban en medio de ese cementerio que les esperaba. Desde la torre se veía donde terminaba la extensión de la ciudad. Un desierto enorme y blanco la rodeaba y a lo lejos se levantaban las montañas. Nadie sabía lo que eran pero tampoco parecía haberles interesado averiguarlo nunca. Y más allá de esas montañas, más lejos del cielo, estaba mi mundo, mi vida, Silvia.

Cuando me cansé de pensar me quedé dormido, pero me desperté sobresaltado. Sentía un vértigo ya conocido que se apoderaba de mí lentamente. No me sorprendería esta vez. Tambaleándome y sintiendo que todo a mi alrededor daba vueltas, me acerqué hasta la aguja y comencé a trepar. Trataba de afianzarme con todas mis fuerzas pero sentía que un viento fortísimo trataba de arrancarme de allí. Llegué hasta la plataforma sobre la que descansaba en perfecto equilibrio la bruja y al tratar de subir, la vi venirse abajo. No escuché cuando llegó al suelo ni intenté verla. Miraba hacia arriba, hacia la grieta de que he hablado. Era gigantesca y me acercaba volando hacia ella con una velocidad vertiginosa. Parecía que estuviera en el cono de un enorme remolino que me elevaba sin poder evitarlo. Sentí un golpe en el brazo y me di cuenta de que había salido del líquido y atravesaba los aires impelido por una fuerza tremenda. No era capaz de pensar nada, tenía la mente vacía de temores e ideas. No sé en qué momento perdí toda noción de mí mismo.

Sentía una jaqueca que me destrozaba las sienes y escuchaba como entre sueños voces desconocidas. Quise abrir los ojos mas no lo logré. Unos segundos tal vez de silencio y después la inconfundible voz de Silvia. Me sentí a salvo de cualquier cosa al sentir el contacto de su cálida mano sobre la frente. Era casi el paraíso sentir en mí la presión tan conocida de sus dedos. La escuché decir muchas cosas que no tiene objeto repetir ahora; además,

son mías y las guardaré siempre con celo, aunque sé que aumentaré más mi remordimiento. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue su sonrisa. Creo que de haber visto otra cosa habría gritado como un niño que se despierta de una pesadilla. Le pregunté qué me había pasado, a lo cual respondió que, al parecer sin causa conocida, había estado dos días semi-inconsciente. Pero que el peligro había pasado. El doctor se acercó y preguntó bromeando quién era esa Ioska a la que tanto había nombrado. Silvia me sonreía, pues sabía que no podía dudar de mí ni aún en sueños y estaba en lo cierto. Las palabras del doctor me tranquilizaron muchísimo, todo había sido un espantoso sueño, del que por fin despertaba. Dormí un poco con Silvia siempre a mi lado. Al despertar le pedí que descansara un poco. Se retiró dócilmente y en cuanto la vi desaparecer, corrí hacia la sala. Busqué con la mirada y encontré la miniatura que quería sobre la mesa, en el mismo lugar que había ocupado desde hacía años. La tomé en mis manos y la acerqué para verla mejor. No quisiera recordar lo que sentí en ese momento. Es imposible que nadie comprenda el terror que me invadió al descubrir, sobre un cuadro diminuto, la estatua de la bruja. La agité con fuerza y se levantaron los pedazos de plástico blancos que habían sido colocados en el líquido para semejar una nevada; la bruja se levantó con ellos y flotaba como si hiciera cabriolas en el verdoso líquido. ¡Bah! —me dije algo más sereno— siempre ha estado así y todo lo he soñado. Arrojé contra la pared la miniatura y la escuché estrellarse. Abandoné de inmediato la habitación y estaba a punto de meterme de nuevo en la cama cuando sentí un dolor punzante en el brazo izquierdo. Me arremangué y descubrí unos magullones enormes y rasguños por todas partes. Lo toqué y sentí un dolor espantoso que me arrancó un grito desesperado por lo cual acudieron Silvia y el doctor.

Mi mirada interrogante iba de uno a otro que parecían más asombrados que yo.

—¿Qué es esto? —preguntó Silvia al doctor con un grito aterrado. Nunca la había visto perder la calma y menos gritar de esa manera. Él no respondió y comenzó a examinar la carne magullada. Pidió agua y otros utensilios que Silvia le llevó con la celeridad de un rayo. Cuando estuve curado ambos me interrogaron cómo y cuándo me había causado aquello. No quise decirles lo que recordaba pues me habrían tomado por un loco y me limité a responder que lo ignoraba. No se lo explicaban y continuaron insistiendo hasta que me exasperaron. Pedí al doctor que nos dejara solos. En cuanto escuché que salía hacia la calle descargué toda mi furia sobre la pobre muchacha. No recuerdo muy bien todo lo que le dije, pero fueron palabras terribles y hasta insultos. No ceso de reprocharme cómo sin hacer caso de sus disculpas destrocé esa alma que hubiera dado por mí toda su vida. La vi llorar y pedir perdón, ¡a ella que no era culpable de nada en absoluto!, ¡a ella que hubiera derramado toda su sangre antes que causarme algún pesar! La escuché pedirme que dejara de hablarle así, pero yo no era yo, era un demonio que estaba dentro de mí. No la golpeé no sé por qué milagro, pues podía haber deshecho todo con mis puños. Por fin caí rendido sobre la cama y lloré. Ella se acercó disculpándose nuevamente. Le grité que se alejara para siempre pues me era odiosa su presencia. A esto respondió con un suspiro que podría haber destrozado a una piedra y me hizo volver la cara para mirarla. Me sonreía, pero su sonrisa reflejaba el dolor de su alma. Le pedí que me olvidara y no volviera nunca, nunca más. Me besó en la frente y se alejó. ¡Perdóname, Silvia!, no sabía lo que hacía, no fui yo quien te hizo eso, era el demonio que estaba en mí.

Fue así como perdí lo único que aún tenía. Silvia me miró desde la puerta por última vez, con un reproche en los ojos llenos de lágrimas. Merezco mil muertes por lo que había hecho ese día, pero nadie me castigará. Los hombres no persiguen esos delitos mayúsculos porque no tienen con qué castigarlos, ni los comprenden hasta que ellos mismos los sufren o los cometen.

*

Volví a buscar los restos de Ioska. El líquido parecía una gelatina verdosa esparcida en el piso. Toqué los pedazos diseminados y los sentí como papeles mojados. Me aproximé tanto como pude esforzándome en ver algo en movimiento en esa materia acuosa. No vi nada. A poca distancia estaba la estatua de la bruja y la observé con detenimiento. No me cabía la menor duda. Más allá estaba un pedazo de cristal que había formado la campana, es decir, el cielo de Ioska. Lo examiné y vi una pequeñísima resquebrajadura apenas perceptible. Sí —me dije— aunque esté loco y ni yo mismo lo crea, por esta insignificante abertura pasé dos veces y tengo las pruebas en mi brazo herido.

Busqué más vestigios de cosas conocidas, pero no quedaban más que pequeños pedazos de materia flotante en el seno del verdoso líquido. Ioska había muerto por fin. Conservo aún la estatua, pero algún día me desharé de ella. Me repugna su contacto y no entiendo cómo no se deshizo también. Me hace pensar, a mi pensar, que el mundo en el que vivo es igual quizá a ese que sucumbió en mi presencia; si no es la ciencia una manera de preservar lo que terminará irremisiblemente algún día, si no es en balde mi existencia y todas las demás. ¡No, nada es en balde! Aún somos capaces de crear belleza y mientras podamos hacerlo tiene sentido la vida de cada uno. Cuando envenenemos el mundo en el que hemos nacido, cuando veamos que todos nuestros esfuerzos por reparar el mal que hemos causado son inútiles, entonces, como otra Ioska, la tierra desaparecerá.

¿Quiénes son los gigantes de los mundos que no vemos? ¿Quién nos habrá creado para diversión tal vez? ¿Quiénes presenciarán nuestra agonía desde las alturas o quiénes estarán como lo estuve, dentro de nuestras ciudades poseyendo los secretos del universo? ¡Ioska, pude haber ignorado tantas cosas, pero ahora las sé y me causan un pesar inmenso! Pero nadie crea cuanto he dicho, todo es mentira, Ioska es mentira y mentira soy yo.



Deshilvanando tu figura
y entre los árboles
también te siento
(y sin embargo hay imágenes
que se detienen queriendo cerciorarse
de que el reloj camina
negras imágenes del tiempo)
Fosforescente
afrodita de una tarde triste
expansionas tus ojos y te pierdes
déjame penetrar ondulante en tus niveles
déjame comprimir tus labios
en un pequeño espacio de mis labios
tú que respiras descripciones ambulantes
de otras bocas

Caminando entre la niebla
quitando con tus manos
los fragmentos de polvo
que quisieran tocarte
analizándome
construyendo laberintos de palabras
en mi boca

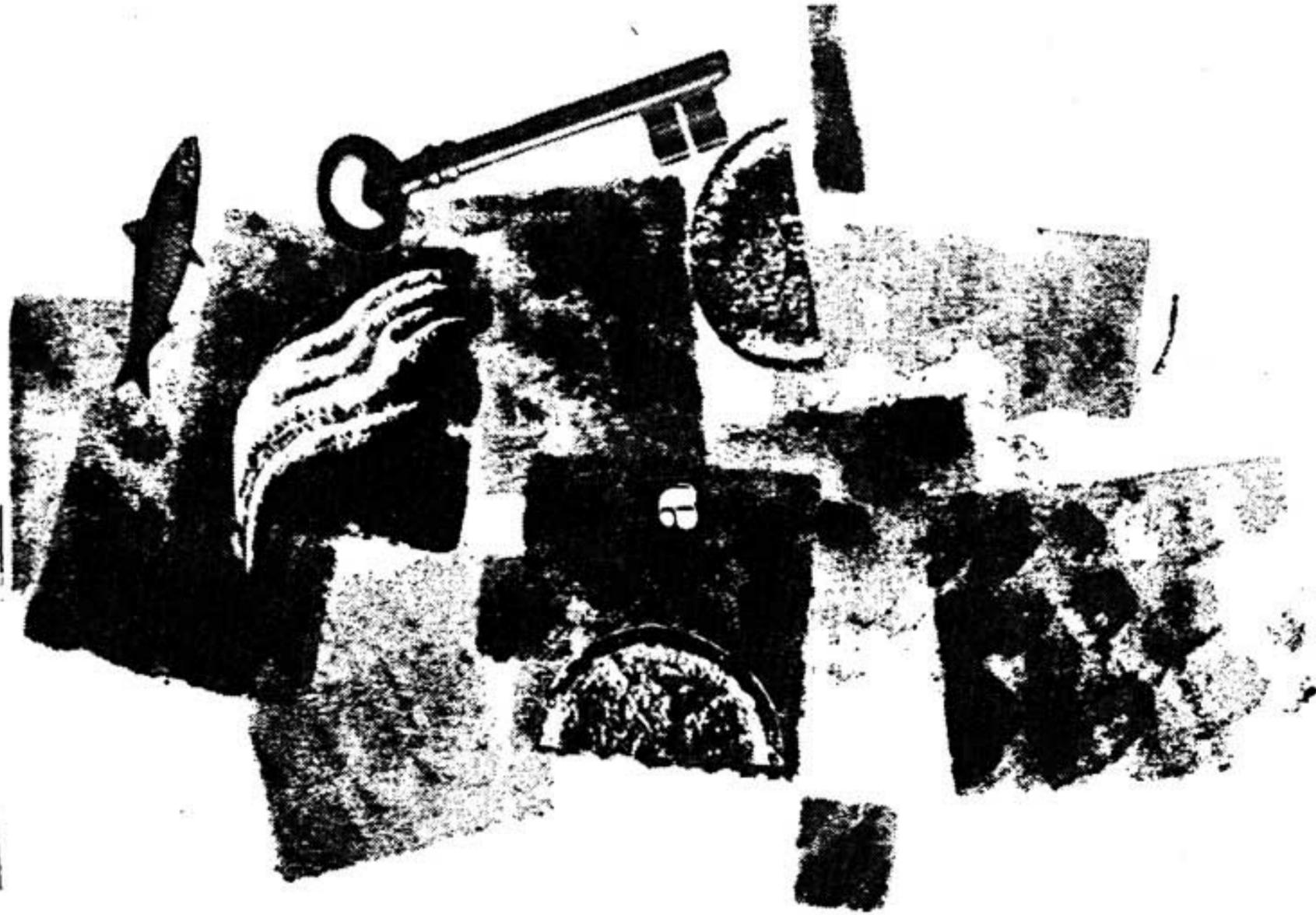
buscando con tus ojos algún silencio
perdido entre mis ropas
transparentándote
quebrando el movimiento
con tu universo curvo
diferente del mío
crucificando a octubre

Parece como si la piedra detuviera
el salto
perfiles en el éxtasis
yo vivo en el estroma de las larvas
mientras las noches mueren
cotidianamente
Pero ha nacido el día
y en el oscuro tímpano
de un cincel
descubro con el sol iridiscencias rotas
como prejuicios newtonianos



Procedo a repartir tu cuerpo
entre los pobres
triunfo feliz de la reforma agraria
tu cuerpo de maíz y monopolio
tu cuerpo-latifundio
rígido alguna vez por el desastre

Posiblemente tu desdicha
hiera la evolución de las palomas
eres primitiva y coincides con la luna
tus caracteres ancestrales son de helechos
Yo te he situado como un descubrimiento
porque eres de celulosa transparente
y porque para poder interpretar tu origen
es necesario llegar a la nostalgia
Sé que lloras debajo de las ramas
pero no es suficiente
tu envés no tiene fin



Viernes santo en Insurgentes

Voy por Insurgentes
En semana santa
Viernes santo al sur
Y viernes santo al norte
Insurgentes es una calle larga
Y caudalosa

*En esta calle danzan
los tronos bamboleantes,
aquí se detienen a menstruar
las vírgenes;
aquí el ministro se emborracha
para olvidarse un poco
de este pueblo
insomne
con tan pocas calles largas;
aquí las hordas, aquí las tribus,
las monjas, las levitas, los lentes,
los labios y el humo ardiendo
a la luz de los pabilos
Aquí los palacios virreinales
zigzagueantes,
las ciudades perdidas
y el hambre y el estómago encontrados*

Poemas de Javier Molina Estrada

*Insurgentes
guitarras
eléctricas
Insurgentes
órganos
eclesiásticos
timbales
saxos
Insurgentes
arpas flautas y silbidos
y un ruido que muerde
el vientre de esta ciudad
de millones y millones de bujías
que se apagan*

y se encienden

se apagan

y se encienden

Voy por Insurgentes
En semana santa
Esta inmensa calle está vacía
Los camiones están ausentes



Y el silencio rueda como una lágrima
Sobre el asfalto que descansa

Estoy solo en Insurgentes
Solo y libre
Pero solo pero libre

Y a media calle
A medio grito
Con toda libertad
Con toda soledad
Me pongo a llorar

A rienda suelta.

Insurgentes, D. F., abril de 1966

La solemne ceremonia
Muslos que cantan
al ritmo de mis ojos
una canción cálida y sencilla;
senos que se diluyen
gota a gota,
inaugurando
la solemne ceremonia
como piedras derrumbadas en piano
y estrellas.
Es el tiempo
disperso entre las sábanas,
el sitio alfombrado
con mi piel y con mis lágrimas,
¡tronco oscilante
del naufragio
donde
la muerte de todos los relojes
es canto de verano de ríos
y colinas
entrando
a las ciudades más altas!

Murió Hiroshima

Murió Hiroshima
con mil muertes
en cada átomo del cuerpo.

Murió Hiroshima
con la sangre
acribillada por el miedo.

Murió Hiroshima
y no tuvo alma
para llevarse al cielo
(Quedó hecha cenizas
en el atómico mundo
del infierno.)

Murió Hiroshima
ahogada
en mil novecientos
cuarenta y cinco
pedazos de lamento.

Murió Hiroshima
en mil novecientos
cuarenta y cinco
dolores rezando
en la mitad del universo.

Murió Hiroshima
en mil novecientos
cuarenta y cinco siglos
que se vistieron de hongo
para partir en dos al tiempo.

(Dios lloró como niño
con lágrimas de viento.

Después, arrepentido,
ordenó a la Tierra
que suspendiera
el movimiento.)

Esclavitud y poesía: Vida y obra de Juan Francisco Manzano

Cuando la historia se convierte en cementerio y los historiadores devienen en sepultureros, es cosa de ponerse a pensar que algo anda mal por estos lados. Un hombre es mucho más que una vil ficha policiaca y el hecho histórico va siempre más allá de la mera apariencia; pero en esas nos hemos quedado: de padrecitos de la patria y crónica mezcla de nota roja y de sociales, se ha hecho la historia de nuestros países. Sepultureros de la vida, el papel de los historiadores se ha reducido, como dijo Fanon, "a examinar piezas o comparar sarcófagos"; y esto, cuando no han terminado en peores cosas.

La esclavitud —se dice— es cosa del pasado; sinnúmero de documentos lo proclaman, y no hay quien ponga en duda tan serios testimonios. Los historiadores menos; colocados —al igual que todos los trabajadores intelectuales en nuestro medio—, entre la honradez y el salario, escogen —claro que hay excepciones, y don Luis Chávez Orozco fue una de ellas—, esto último. Y cobrar quiere decir guardar silencio; de aquí, esa función "pasteurizante" de la historia: librar de gérmenes impuros todo aquello que pueda enturbiar la paz de esa enturbiada realidad en que estamos sumidos. El que treinta tarahumaras —o cinco, según se reconoció en fuentes poco menos que oficiales— mueran diariamente de hambre, no es, para esos exhumadores de tumbas, ni esclavitud ni nada, ni materia que a ellos les compita. Su oficio es contar muertes y callarse la boca, y bien lo cumplen. Luego redactarán, en fina prosa, relación de difuntos, transformándose en cuadro de estadística lo que fue y lo que es honda tragedia.

A lo largo de la vida de Juan Francisco Manzano podrá notarse una cons-



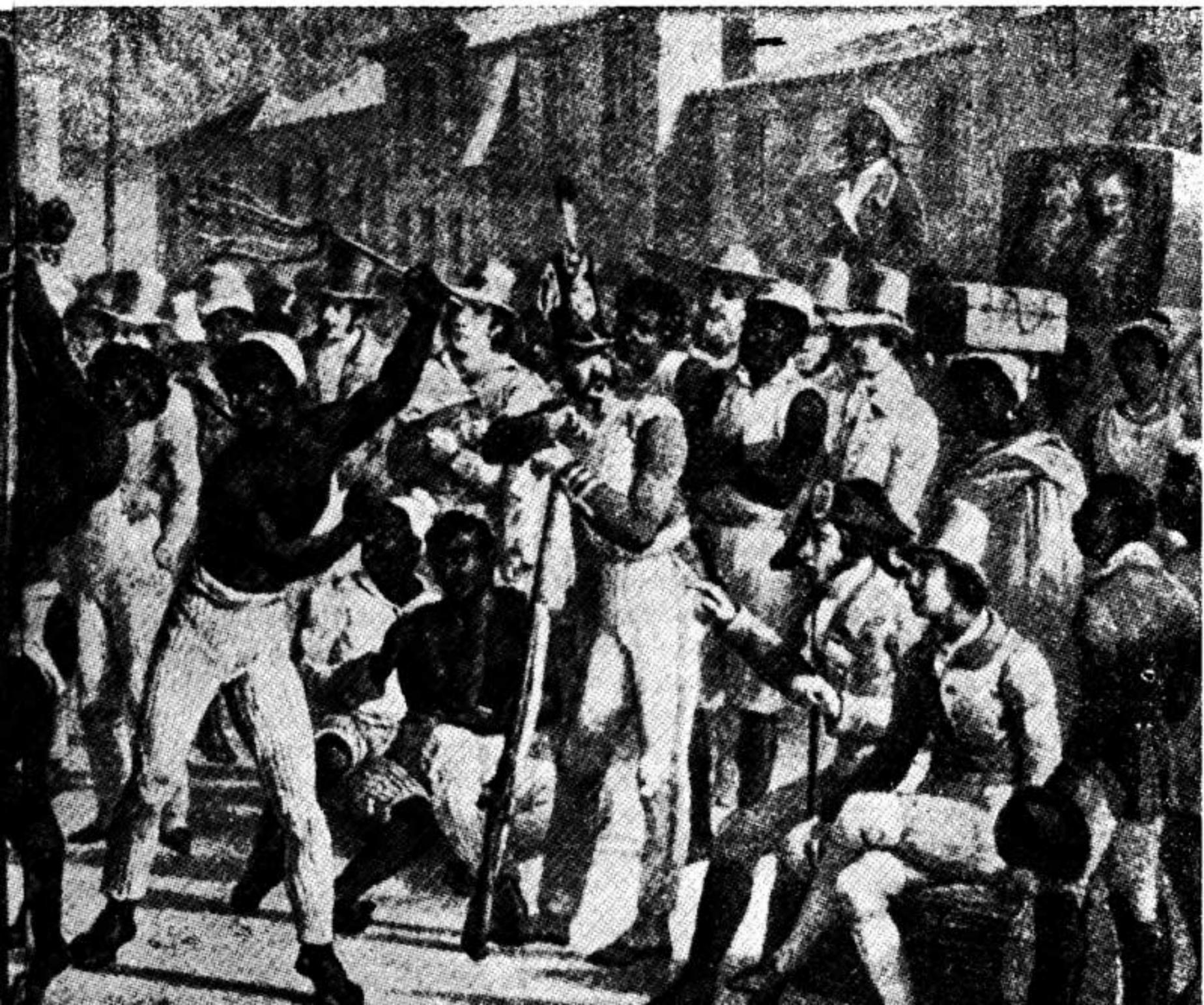
tante: el miedo, la sumisión que a veces llega hasta a indignarnos, ante el poder tremendo que se alzaba a su frente. La lección es aún viva para nosotros, porque delante tenemos no sólo y todavía, al esclavismo con todos sus horrores, sino también al miedo, eso que empieza por cerrarnos la boca, y acaba por hundirnos —de testigos cobardes o de cómplices, que vienen a ser lo mismo. Y la historia no puede ser ni lo uno ni lo otro; menos aún, los que la escriben, que a ellos les toca parte activa. Que quienes la hacen son los pueblos, y a ellos nos debemos.

La *Autobiografía* de Manzano queda, pues, como lección viva y trozo de pellejo; sirva esto de algo, ahora que está tan a la moda y es tan elegante hacerlas sin decir nada. Un hombre debe contar su vida cuando detrás de ella queda algo, y algo que valga y merezca ser contado; que lo demás —esto de ahora—, no es sino tristísima ilación de vagidos.

Una última cosa, y no es disculpa. Se ha hablado mucho —demasiado—, de la incomunicación que priva en nuestros países. Haciendo a un lado discursos y oraciones condenatorias —totalmente inútiles, y buenas sólo para justificar el salario que reciben ciertos amos de la cultura—, esto es, por desgracia, terriblemente cierto; mucho más en el caso de Cuba, aislada justamente porque ha venido a romper esa historia mortuoria en que estamos yaciendo, y que a tantos conviene. Muchos materiales no han podido llegar a mis manos por esa causa: algunas cosas, pues, se quedarán a oscuras en lo que a fechas y datos históricos respecta. De lo demás, me hago yo el único responsable.

No en balde he citado el nombre del maestro Luis Chávez Orozco, recientemente muerto, como ejemplo de hombría. Ojalá que muchos siguieran sus pasos.

Jorge M. Rojas





En mayo de 1791, en escrito dirigido a los "Nobilísimos Cosecheros de Azúcar, Señores Amos de Ingenios", el padre José Agustín Caballero les recuerda "con harta sensibilidad que en nuestros ingenios hay unos calabozos, y en ellos un cepo donde ponen a los negros de prisiones para que pasen la noche, y evitar por este medio su fuga"; añade, más abajo, que no está en su ánimo "hacer una descripción patética y horrible de estos calabozos, ni poner en uso coloridos sangrientos, para pintarlos más crueles que mazmorras de mahometanos..." Agrega, sin embargo, que "cuando he visto a estos miserables que después de haber sufrido el peso del día, haraposos, encadenados, y tal vez hambrientos, bajan la escalerilla de la casa de molienda para entrar en su prisión, no he podido menos que volver el rostro por no mirarlos, horrorizado..." Pero el carácter de los esclavos, y hasta aquí llega el paternalismo del presbítero —"indócil, suspicaz, infiel, recalcitrante", son los adjetivos que les acomoda—, exige que se les castigue: "Si yo dibujase la inflexibilidad de ellos, veríamos si necesitan grillos, cepos, azotes..." Propone, pese a todo, algunas reformas, y da para ello buenas razones: encerrados en esas prisiones, "es forzoso acorten la vida de los esclavos, o la hagan muy trabajosa, lánguida, enervada. ¿Y qué resulta?..." Las enfermedades —dice— "acaban con ellos, y nuestro dinero".¹

Por el padre Caballero hablaba una clase en ascenso: "la burguesía criolla de hacendados y fabricantes de azúcar (que) comienza a intervenir en los negocios públicos".² No en vano el padre Caballero llama a esos hacendados "los varones más útiles al Estado y a la Patria de toda la Isla..., los que mantenéis el Comercio de la Havana, y dais movimiento a la rueda mercantil de exportación e importación...",³ síntoma claro de la importancia y el poder que esa clase estaba adquiriendo. Dos años antes de escrito lo anterior, por Real Cédula de 1789, se autorizó la libertad de la trata de esclavos, obteniendo de este modo los hacendados la mano de obra necesaria para el fomento y desarrollo de los plantíos de azúcar. A partir de aquí, se inicia en Cuba el desarrollo impetuoso, y que marcará su órbita económica hasta nuestros días, de la industria azucarera, con el agravante de que ésta, ya en nuestro siglo y hasta 1959, pasó, en forma poco menos que total, a poder de los grandes monopolios norteamericanos.

La "más noble y selecta porción de esta República", como denomina el padre Caballero a los hacendados, los que "con vuestra industria, inmensos gastos y sudores de muerte cubrís de exquisitos dulces y sabrosos caramelos las mesas de la Corte",⁴ no se dieron por enterados de las fuertes razones que movían al presbítero al dirigirse a ellos de esa manera; no entendieron —y ésta es una característica de las clases poseedoras, en estas tierras en que el subdesarrollo económico termina en un subdesarrollo mental digno de lástima: no entender nunca nada, ni siquiera aquello que les conviene—, el razonamiento del padre Caballero: los malos tratos, el exceso de trabajo y la falta de cuidados oportunos, acaban rápidamente con la mano de obra — los esclavos. El resultado de esto, dice el presbítero: "Que esos brazos menos tiene la Agricultura, el Comercio, la Población, y esa plata más a los extranjeros (los traficantes negreros); porque a proporción de los que mueren o se inutilizan, que es más de lo que se piensa, necesitamos nuevas colonias de armazones, al paso que

cuidándolos, curándolos oportunamente, no agobiamos demasiado con el trabajo a los que entran (y) tendríamos al cabo un surtido de negros capaz de talar los campos, cultivarlos y construir la azúcar de modo que por cálculo exacto llegaría tiempo, y no muy tarde, que no necesitáramos traerlos de la Costa de África, o serían mucho menos".⁵ Pero el padre Caballero había hablado en el peor de los desiertos: el de la estupidez. Clase en ascenso —con la falta de visión que, desde la Independencia, ha sido inherente a las seudoburguesías americanas, llegadas al poder de modo casi gratuito—, a los hacendados les importaba sólo la ganancia inmediata; no vieron, como no ven ahora, más allá de sus narices. Ni el recordarles que "el amor a nuestros semejantes es la mayor y más favorecida de nuestras virtudes", sirvió para que los "Nobilísimos..." —aunque, eso sí, muy cristianos— hacendados, le hicieran caso al padre Caballero e intentaran poner en práctica las reformas que, por lo demás, eran muy simples e incapaces de alterar el orden establecido, y que se reducían a esto: a la desaparición de los calabozos; en lugar de ellos, dice el padre: "...os suplico coloquéis un cepo fuerte en parte ventilada para que duerman seguros los presos."⁶ Como se ve, bastante sencillo; pese a esto, y curándose en salud, el presbítero aclara que "al mismo tiempo que proscribo (la práctica como castigo del cepo en los esclavos) me guardo de no acreditar con mi pluma las imposturas que se han elevado a la Corte representándonos más crueles con los negros, que con los cristianos los enemigos antiguos del nombre de Jesús". Aquí se quedó corto el padre Caballero. En 1839, narrando sucesos acaecidos treinta años antes, fue escrito este desgarrador documento:

Sufría p^r. la mas leve maldad propia de muchacho, enserrado en una carbonera sin más tabla ni con q^e. taparme mas de beinte y cuatro oras yo era en extremo medroso y me gustaba comer como se puede ber todavia en lo mas claro de medio dia se necesita una buena bela p^a. distinguir en ella algun objeto aqui despues de sufrir resios azotes era enserrado con orden y pena de gran castigo al q^e. me diese ni una gota de agua, lo q^e. alli sufría aquejado de la ambre y la sé, atormentado del miedo, en un lugar tan soturno como apartado de la casa, en un traspatio junto una caballeriza, y un apestoso y ebaporante basurero, contigua a un lugar comun infesto umedo y siempre pestifero q^e. solo estaba separado p^r. unas paredes todas agujereadas, guarida de diformes ratas q^e. sin sesar me pasaban p^r. en sima...⁷

Su autor, Juan Francisco Manzano, nació esclavo, en La Habana, en agosto de 1797, y esclavo vivió hasta 1837 en que, por suscripción, fue comprada su libertad en \$ 850.00. Aprendió, por sí solo, a leer y escribir, y el 1821 —previo permiso, pues a los esclavos no les estaba permitido hacerlo—, publica sus *Poesías líricas*, más conocidas bajo el nombre de *Cantos a Lesbia*;⁸ en 1835 contrae matrimonio con Delia, una pianista mulata a la que dedica uno de sus mejores poemas "La música", y meses más tarde, al leerse su soneto "Mis treinta años" en la tertulia literaria de Domingo del Monte, causa tal impresión que éste, e Ignacio Valdés Machuca,⁹ inician la suscripción que debía darle la libertad; libertad bastante relativa, pues, para sobrevivir, se vio obligado a desempeñar los más humildes trabajos, de cocinero un día y de cochero el otro, en medio de la hostilidad de la sociedad habanera; no obstante esto, continúa publicando con cierta periodicidad su obra poética hasta 1842, en que aparece *Záfira*, tragedia en cinco actos, primero y único ensayo dramático que intenta. Diez años antes, más o menos, había escapado de manos de su dueña, la marquesa de Prado Ameno, al no soportar los malos tratos de que era objeto.

En 1844, durante la llamada conspiración de La Escalera,¹⁰ es detenido y puesto en prisión; al ser liberado, un año más tarde, su vida fue un descenso continuo; sólo el silencio —no escribió ya nada—, lo acompañó hasta su muerte en 1854. Su *Autobiografía* escrita por iniciativa de Domingo del Monte hacia 1839, es un vívido y lacerante documento sobre el esclavismo, escrito por alguien que ha sufrido en carne propia sus rigores —y esto no es mera frase. En carta a del Monte, de junio de 1835, hablando de su vida, le dice:

...un cuadro de tantas calamidades, no parece sino un abultado protocolo de embusterías, y más desde tan tierna edad los crueles azotes me asian conoser mi umilde condision; me abochorna el contarlo, y no se como demostrar los hechos dejando la parte mas terrible en el tintero, y ojalá tubiera otros hechos con q^e. llenar la historia de mi vida sin recordar el esesivo rigor con q^e. me ha tratado mi antigua ama...

y, más abajo, agrega:

...idos preparando p^a. ber a una debil criatura rodando en los mas graves padecimientos entregado a diversos mayores siendo sin la menor ponderasion el blanco de los infortunios, temo desmereser en su apresio un sientto por sientto, pero acuerdese smd. cuando lea q^e. yo soy esclavo y q^e. el esclavo es un ser muerto ante su señor... consideradme un martir y allareis q^e. los infinitos azotes q^e. ha mutilado mis carnes aun no formadas, jamas embiliseran a vuestro afectisimo siervo... (p. 84.)

La degradación, hasta extremos difíciles de concebir, a que puede llegar la mentalidad esclavista (en nuestros días quedan, por desgracia, demasiados ejemplos de ello), se ensañó, aunque no, desde luego, como caso único y aislado, con Manzano; la que fuera su segunda dueña, la marquesa de Prado Ameno, símbolo de la corrupción de una clase social en agonía antes de haber nacido, llevó su crueldad —afirmación, en últimas, de su propia negación— a grados como éste: acusado, en cierta ocasión —infundadamente, según se comprobó más tarde— de la pérdida de un pollo, la marquesa —oigámoslo con sus propias palabras:

...me llamó... y mandóme q^e. fuese en casa del mayoral y le dijese q^e. se yo q^e. cosa aquello me dio mal ajo se me oprimió el corazón y fui temblando, como yo estaba acostumbrado p^r. lo regular a irme a entregar yo mismo de este modo iba reseloso llegue a la puerta... dile el recado y asiendose sordo me dijo entra hombre... le ovedesi, iba a repetir el recado cuando el Sor Dominguez q^e. asi era el apellido (del mayoral) del ingenio me cojio p^r. un brazo disiendo ami es a quien el busca, sacó una cuerda de cañamo delgada me ató como a un fasineroso montó a caballo y hechandome p^r. delante me mandó correr y nos alejamos de aquellos contornos... nos abiamos alejado como un cuarto de legua cuando fatigado de correr delante del caballo di un traspies y cai no vien avia dado en tierra cuando dos perros o dos fieras q^e. les seguian se me tiraron en sima el uno metiendose casi toda mi quijada isquierda en su boca me atrabesó el colmillo asta encontrarse con mi muela el otro me agugereo un muslo y pantorrilla isquierda todo con la mayor boracidad y prontitud cuyas sicatrises estan perpetua a pesar de 24 años q^e. han pasado...

El especimen apellidado Domínguez bajó entonces del caballo; separó a los perros, dióle un jalón a Manzano, "hechando una retaila de obcenidades", jalón que "me decollunto el brazo derecho del q^e. aun no he sanado p^r. q^e. en tiempos rebuelto padezco en el siertos dolores como gotoso" y, en ese estado, lo hicieron caminar de regreso a la hacienda; ya allí, y con solo una curación superficial,¹¹ fue enviado al cepo; por la noche:

...me saco al medio un contramayoral y el mayoral y sinco negros me rodean a la vez de tumba dieron conmigo en tierra sin la menor caridad como quien tira un fardo q^e. nada siente una cada manos y pieses y otro sentado sobre mi espalda se me preguntaba por el pollo...

del cual Manzano no tenía la menor idea, así:

...yo no sabia q^e. desir pues nada sabia sufri 25 azotes disiendo mil cosas diferentes pues se me mandaba desir la verdad y yo no sabia cual me paresia q^e. con desir q^e. me lo abia urtado cumplia y sesaria el azotar pero ro abia de desir q^e. abia

hecho con el dinero y era otro aprieto dige q^e. compré un sombrero ¿donde esta? era falso dige que compre sapatos no ubo tal dige y dige y dige tantas cosas p^r. ber con q^e. me libraba de tanto tormento... (p. 54.)

El castigo se repitió, en igual forma, durante nueve días y, al cabo de cada uno de ellos, era enviado, de madrugada, a trabajar en el campo. Ni más ni menos, que como hacían "con los cristianos los enemigos antiguos del nombre de Jesús", al decir del padre Caballero; pero aquí eran los cristianos los que, látigo en mano y padre nuestro a un lado, se encargaban de dejar bastante empequeñecidos a esos "antiguos enemigos", con los que el presbítero tanto cuidaba mantener distancias.

Fernando Ortiz, en su libro *Hampa afro-cubana*,¹² ha reconstruido los diversos métodos disciplinarios ejercidos contra los esclavos; hasta qué grado de "refinamiento" descendieron los esclavistas, se verá según esto. El castigo más usual —dice Ortiz— "era el de los azotes. Era el de ejecución más fácil, más ejemplar, menos costoso para el amo. Era también legal, reconocido por el derecho... El efecto de los azotes era horriblemente doloroso. La 'cáscara de vaca'¹³ arrancaba en tiras el pellejo del esclavo, marcándolo con listas de sangre que luego perduraban como verdugones y cicatrices. La sangre manaba en abundancia y, por lo general, los azotes terminaban en una forzada reclusión en la enfermería". Y ya hemos visto —nota 11— las "mazmorras de mahometanos" que eran, en verdad, las tales enfermerías destinadas a los esclavos.

De acuerdo con el gusto y la depravación de amos y mayorales, de los simples azotes se pasó a variantes más complejas; así, en el "boca-abajo llevando cuenta" el castigado era obligado a llevar la cuenta de los azotes que recibía; "un error —dice Fernando Ortiz— significaba recomenzar la pena, que, por ser tal error cosa harto explicable y natural, se convertía en una flagelación sin duración realmente predeterminada que dependía del arbitrio del mayoral o de los contramayorales azotadores". Aún había más, pero esto sí para espíritus realmente selectos: "La flagelación solía agravarse..., pues so pretexto de curar las heridas causadas por la 'cáscara de vaca', el mayoral ordenaba que fueran untadas aquellas con un inmundo menjurje compuesto con ¡orines, aguardiente, sal, tabaco o pimienta!"¹⁴ Casos hubo —lo refiere Anselmo Suárez y Romero—¹⁵ en que a esa mezcolanza se le llegó a añadir polvo de "pica-pica" y de "ajíguaguao", dos variedades de chile excesivamente picantes.

El malhadado pollo que ocasionó a Manzano los atroces sufrimientos por él mismo narrados, apareció días más tarde, pero ya digerido: Dn. Manuel Pipa, mayordomo de la hacienda, se lo había despachado en opíparo almuerzo, sin siquiera enterarse —al menos eso es lo que declaró— de que era el pollo que todos andaban buscando, y por el cual un hombre estuvo a punto de dejar el pellejo en el cepo.

A la luz de estos hechos que conformaron su ámbito, puede entenderse mejor la amargura y la cerrazón a toda posibilidad de cambio, que integran, junto con sus indudables valores formales, en admirable síntesis de su vida, el soneto "Mis treinta años":



Cuando miro el espacio que he corrido
desde la cuna hasta el presente día,
tiemblo y saludo a la fortuna mías
más de terror que de atención movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
sostener contra suerte tan impía,
si tal llamarse puede la porfía
de mi infelice ser al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra;
treinta años ha que en gemidor estado
triste infortunio por doquier me asalta;

mas nada es para mí la cruda guerra
que en vano suspirar he soportado,
si la comparo, ¡oh Dios!, con lo que falta. *

No hay rebelión, ni siquiera esperanza; sólo el convencimiento de que delante no tenía sino el mismo horizonte, el mismo camino recorrido que iba a repetirse, los mismos pasos caminando sobre las mismas huellas tantas veces seguidas: el calabozo, el cepo y los azotes. No es él, además, como persona, el que habla; es él como "objeto". Recuérdese su carta a del Monte, ya citada: "yo soy esclavo y... el esclavo es un ser muerto ante su señor..." Esto es, en el plano de la conciencia, un "objeto", algo que se mueve, que come y que sufre, sin tener certeza de sí mismo. "Es lo malo con la servidumbre —dice Sartre en el prefacio a *Los condenados de la Tierra* de Fanon—: cuando se domestica a un miembro de nuestra especie, se disminuye su rendimiento y, por poco que se le dé, un hombre de corral acaba por costar más de lo que rinde. Por esa razón los colonos se ven obligados a dejar a medias la domesticación: el resultado, ni hombre ni bestia, es el indígena." ¹⁶ Aquí está todo: el factor económico y el factor humano —o des-humano. Ni hombre ni bestia: algo intermedio, amorfo.

Y no se diga que la marquesa de Prado Ameno, al ensañarse como lo hizo con Manzano, era tan sólo un caso aislado de sadismo o de histeria: eso sería burda disculpa. El valor de la *Autobiografía* radica, justamente, en que nos mete de cabeza en todo lo que de asqueante tiene el sistema; sin proponérselo, Manzano dejó en ella, la más honda y sombría disección del esclavismo, en documento de primera mano. Sin proponérselo, digo, porque la misma falta de conciencia crítica ya señalada, tenía que impedirle el que asumiera una posición definida —esto es, activa—, ante el problema. Su vida "está" meramente "dicha", "narrada", dando, a veces, la impresión de ser sólo un reflejo de situaciones a las que se asiste casi como espectador; aceptación, en fin, fatalista (no era posible de otra manera), de esa realidad que aparece como "dada", sin que el sujeto —Manzano, en este caso—, tenga, o pueda ver ante sí, medios para modificarla, sustituyéndola por otra.

Está, además, el miedo, la certeza del miedo como algo —lo único, real y palpable, que está por delante cerrando el camino: "tiemblo, no p^r. lo pasado, sino p^r. lo q^e. misteriosamente aun queda en la urna del destino; un Ingenio, un fustaso, esto tiene p^a. mi sierto grado tan imponente q^e. su idea sola me estre-mese..." (p. 81) También, claro, está, la idea de ser libre, "q^e. p^r. un prinsipio natural tiene (propensión) todo hombre esclavo a su rescate", dice el propio Manzano; pero esta idea de libertad, por "principio natural", no se concretiza, quedando así como mero deseo, súplica casi y no acto conciente. Como única salida le quedó a Manzano la de la huida —más acto de desesperación que signo

* En la versión que del soneto da José Lezama Lima (*Antología de la poesía cubana*, t. II, p. 375), el último verso del segundo terceto, aparece con la siguiente variante: "Si la calculo ¡oh Dios! con la que falta.

de rebeldía—, la escapada de la hacienda de la marquesa de Prado Ameno. Y toda huida, empieza y termina, justamente en el miedo: lo único, lo real y palpable que tenía por delante.

No conocemos con detalle su vida posterior, pero es fácil imaginarla: miseria y miedo, y trabajo extenuante y miedo, y soledad y miedo. Luego de su salida de la cárcel, en 1845, la derrota, aplastado por una sociedad corrupta y envilecida, y el silencio: un hombre aniquilado física y moralmente, que atrás de sí dejaba una obra de alcances humanos ahora inapreciables.

Los primeros años de la vida de Manzano —únicos que pueden llamarse felices—, transcurrieron en casa de los marqueses de Jústiz y Santa Ana, llevando, como era costumbre, el apellido de su amo, don Juan Manzano. Sus padres, María del Pilar y Toribio Castro, eran esclavos en la misma casa, y allí contrajeron matrimonio bajo el cuidado de la marquesa que “el día q^e. se quería alguna (de sus sirvientas) casar, como fuera con algun artesano libre, le daba ella la libertad en donasⁿ. equipandola del todo como si fuese hija propia sin q^e. perdiese p^r. esto todo el favor y proteccion de la casa . . .” (p 34) lo que hace suponer, junto con otros testimonios del propio Manzano, que la marquesa era un caso excepcional de humanidad en ese medio degradado.

Nacido Juan Francisco cuando ya la marquesa ¹⁷ era “señora de edad, me tomo como un genero de entretenimiento y disen q^e. mas estaba en sus brazos q^e. en los de mi madre . . .” Para él, fueron esos días de juego y alegría “entre la tropa de nietos de mi señora y algo mas vien mirado de lo q^e. meresia . . .”, hasta dirigirse a la marquesa llamándola “mama mia”. Años más tarde, al escribir su *Autobiografía*, y recordando esos distantes años, dirá en frase plena de nostalgia y lejanía, que “. . . ahora voi corriendo por un jardin de bellisimas flores una serie de felisidades”; y esto, dicho cuando ya el fute le había quebrado cuerpo y alma, suena triste; triste, por aferrante a ese pasado en el cual vis!umbró —y esto le debe haber quedado fijo y doloroso en la memoria—, los únicos destellos de una vida humana.

A la edad de seis años “p^r. demasiado vivo se me embió a la escuela en casa de mi madrina de bautismo trinidad de Zayas”. No fue, desde luego, mucho, lo que pudo aprender en ese tiempo: “Tenia ya dies años cuando instruido en todo cuanto podia instruirme una mujer por lo q^e. hace a relijion todo el catesismo lo daba todo de memoria como casi todos los sermones de Frai L (uis) d (e) G (ranada) . . .” De leer y escribir, cuando mucho, lo más elemental y, según veremos más adelante, ni esto siquiera. Si en nuestros días pasa casi lo mismo, calcúlese lo que sería en una sociedad pacata y casi analfabeta como aquélla, y con una maestra —igual que ahora— más necesitada de que la enseñaran que de cualquier otra cosa.

De dar “de memoria los mas largos sermones de Frai Luis de Granada (ante) el numeroso concurso q^e. visitaba la casa en q^e. nasi”, pasó Juan Francisco a tomar las primeras lecciones del oficio de sastre, en la ciudad de La Habana. Por esos días, y en su hacienda de El Molino, falleció la marquesa Jústiz de Santa Ana, la “bondadosisima señora fuente inagotable de gracias”, como él la llama. Del suceso:

. . . solo me acuerdo q^e. . . la vi tendida en una gran cama q^e. grite y me llebaron al fondo de la casa donde estaban las demas criadas enlutadas en la noche toda la negrada de la asienda sollosando resaron el rosario yo lloraba a mares y me separaron entregandome a mi padre. (p. 36.)

De esta muerte, parte la “verdadera istoria de mi vida —son palabras de Manzano—, en q^e. empesó la fortuna a desplegarse contra mi hasta el grado de mayor encarnizamiento como beremos”; así, con la de la marquesa de Santa Ana, llega la muerte, pero lenta, atroz y despiadada, también para Manzano.

Casi al comienzo de este trabajo, “enserrado (en una cárcel) con orden y pena de gran castigo al q^e. me diese ni una gota de agua”, conocimos a Manzano; ya

era el "objeto" propiedad de su segunda dueña, la nobilísima marquesa de Prado Ameno, a cuyo poder pasó cuando tenía doce años. En aquella mazmorra, niño al cabo y ya con la imaginación —inicios de su materia poética— desbordada, al daño físico causado por las bárbaras golpizas a que era sometido, venía a unirse el terror mental que aquella soledad de la prisión a oscuras —"en lo mas claro de medio día se necesita una buena vela p^a. distinguir en ella algun objeto"—, le imponía:

...yo tenía la cabeza llena de los cuentos de cosa mala de otros tiempos, de las almas aparecidas en este de la otra vida y de los encantamientos de los muertos, q^e. cuando salían un tropel de ratas asiendo ruido me paresia ber aquel sotano lleno de fantasmas y daba tantos gritos pidiendo a boses misericordia entonses se me sacaba me atormentaban con tanto fueite hasta mas no poder y se me enserraba otra vez guardandose la llabe en el cuarto mismo de la Sra... (p. 38.)

Y, sobre lo mismo:

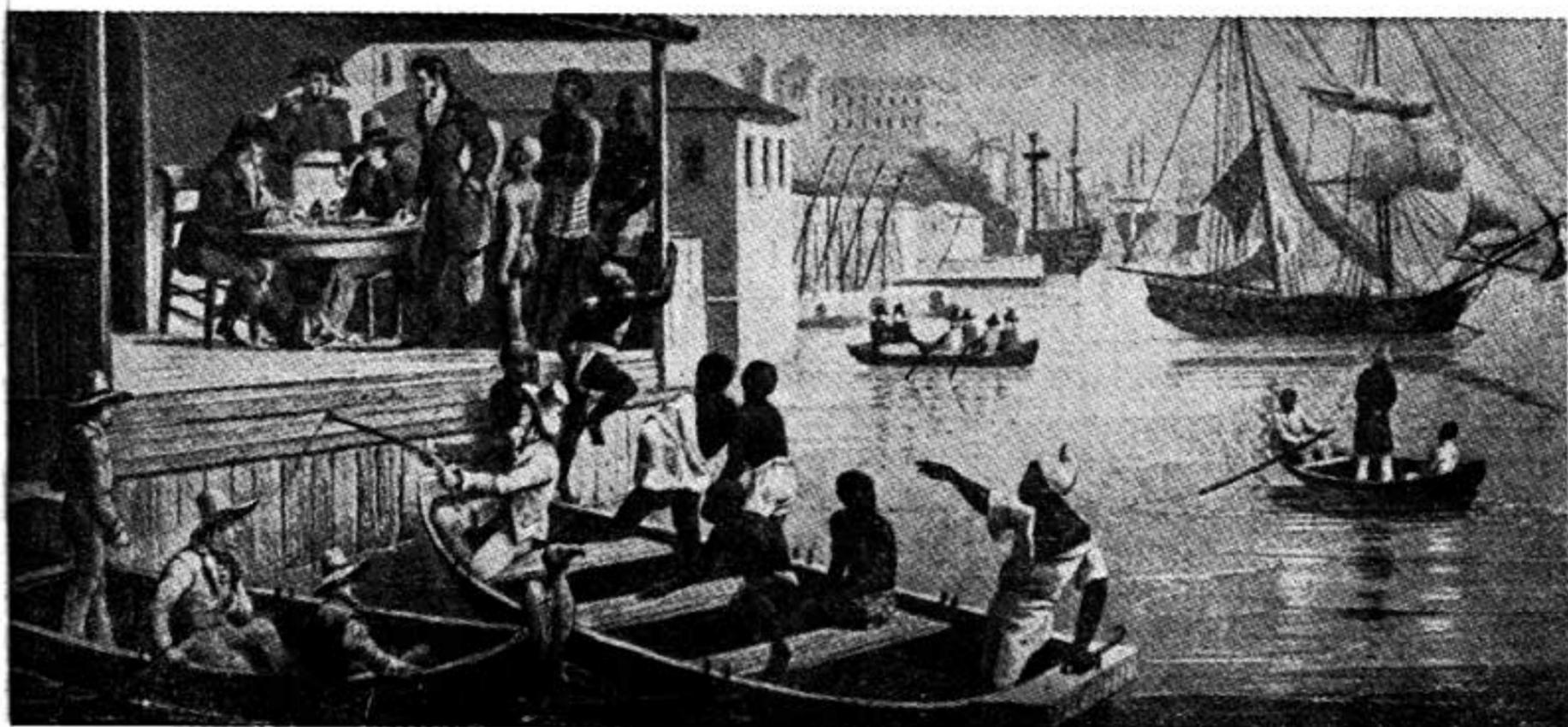
Esta penitensia era tan frecuente q^e. no pasaba semana en q^e. no sufriese de este genero de castigo do o tres veces, en el campo tenía siempre igual martirio yo he atribuido mis pequeñez de estatura y la debilidad de mi naturaleza a la amargosa vida q^e. desde trese a catorse años he traído siempre flaco debil y estenuado llebaba en mi semblante la palidez de un combalesiente con tamañas ojeras... (p. 39.)

No hacen falta comentarios; así, si no se mata al cuerpo, se mata al hombre que anda por adentro: eso es lo que interesa al esclavista. Ni hombres ni bestias: objetos. Es fácil imaginar los resultados de estos medios "civilizadores" —ese es el término que se usa ahora. Y aquí está la causa que origina esa actitud pasiva, de aceptar como tal la realidad dada, sin conciencia por parte del sujeto de que ésta puede ser modificada, que indicábamos antes como característica en Manzano: a golpes se ha matado cualquier inicio de actitud crítica; y hay que aclarar términos: "matado" es, en verdad, matado temporalmente; si se prefiere, ocultado. Fuerza persuasiva del látigo, esa conciencia crítica propia del sujeto queda detenida —y sólo en forma transitoria— por "eso": el amo vuelto látigo, encarnación del miedo.

Con los pueblos pasa lo mismo: creen matarlos, pero la vida empieza a correr de modo subterráneo hasta aflorar, al fin, en forma tumultuosa. Hay un proceso lento —que en Manzano, como sujeto, no llegó a cumplirse, por causas objetivas—, durante el cual esa falta de conciencia va transformándose hasta ser conciencia plena de sí y de sus necesidades: allí están Cuba y Viet Nam y Argelia como ejemplos. Léase a Fanon: "Los Condenados de la Tierra", y se verá claro este proceso. Y esto va, sobre todo, a esa ralea de "jovencitos" (merecen otro nombre, pero no puede decirse) que escriben y cavan, al mismo tiempo, sus propias tumbas, sin enterarse —lo que quiere decir, sin tener conciencia—, de en qué parte del mundo y en qué tiempo están sus delicados cuerpos colocados.

Cuando yo tenía dose años ya abia compuesto muchas desimas de memorias causa p^r. q^e. mis padrinos no querian q^e. apdrendiese a escribir pero yo las dictaba de memorias en particular a una joven morena llamada Serafina cuyas cartas en desimas mantenian una correspondencia amorosa... (p. 38.)

Éstos fueron los primeros tanteos de Juan Francisco en el mundo poético, un mundo corroído y doliente, lacerante, así de amargo como para hundir a cualquiera y más a un niño: ".....desde la edad de tres a catorse años la alegría y viveza de mi genio lo parlero de mis lavios llamados pico de oro se trocó todo en sierta melancolía q^e. se me iso con el tiempo característica. . ." Náufrago, se aferró a lo único que podía, más o menos, salvarlo del oleaje: las escasas y muy limitadas formas expresivas que tuvo a su alcance. También por sí solo aprendió a dibujar, y la música "me embelesaba pero sin saber p^r. q^e. lloraba y gustaba de tal consuelo



cuando allaba ocasión de llorar q^e. siempre buscaba la soledad p^a. dar larga rienda a mis pesares, lloraba pero no gemía ni se me añudaba el corazón sino en cierto estado de abatimiento incurable hasta el día”.

Así se hizo su obra: de miedos; como hecha así, hay que juzgarla. Su valor crece. En medio de su tanto y tan golpeado trajinar, se abría tiempo para

...componer algunos versos de memoria y todos eran siempre tristes los cuales no escribía p^r. ignorar este ramo p^r. esto siempre tenía un cuaderno de versos en la memoria y a cualquier cosa improvisaba supo mi señora q^e. yo charlaba mucho p^r. q^e. los criados viejos de mi casa me rodeaban cuando estaba de umor y gustaban oír tantas desimas q^e. no eran ni divinas ni amorosas como propio producto de la ignosencia...; como p^a. estudiar mis cosas q^e. yo componía p^r. carecer de escritura hablaba solo asiendo gestos y afecciones segun la naturaleza de la composición desian q^e. era tal el flujo de hablar q^e. p^r. hablar hablaba con la mesa con el cuadro con la pared &. yo a nadie desía lo q^e. traía conmigo y solo cuando me podía juntar con los niños les desía muchos versos y le cantaba cuentos de encantamientos q^e. yo componía de memorias en el resto de el día con su cantar-sito todo conserniente a la aflictiva imagen de mi corazón... (p. 41.)

Al enterarse la marquesa, quiso aislarlo —“se dio orden espresa en casa q^e. nadie me hablase”—. La estupidez de siempre: la voz del hombre puede ser llamada, pero nunca silenciada. Igual la de los pueblos. El canto melancólico —y hasta quejumbroso, si se quiere— de Manzano, bien pronto devendría, en otras bocas, en himno de batalla, en grito de cólera. Eso es lo importante. Al actuar como lo hizo, la marquesa fue fiel a su sentido de clase: en Manzano ya había algo que lo diferenciaba del mero “objeto” que, para ella, debía de ser: ese algo era su voz, y había que apagarla. No importaba el que fuera tímida y asustada, débil hasta dolerse de sí misma: cuando un “objeto” empieza a hablar, es porque está ya dejando de serlo. Y de esto a la tempestad, sólo hay un paso.

En 1818, fue a La Habana al servicio de Dn. Nicolás de Cárdenas y Manzano —“que me quería no como a esclavo sino como a hijo”— y allí, no sólo mejoró, durante el tiempo que con él estuvo, su muy deteriorado estado físico, sino, también, fue allí donde se inició, como él dice, “a darse estudios”. Atrás quedaba la buena Trinidad de Zayas con su Catecismo al lado y, suponemos, algunos rudimentos de lectura que quedaron en Manzano. Ahora, de la biblioteca de Dn. Nicolás de Cárdenas:

...tomaba sus libros de retorica me ponía mi lección de memoria la aprendía como el papagallo y ya creía yo q^e. sabía algo pero conosía el poco fruto q^e. sacaba de aquello pues nunca abía ocasión de aser uso de ello, entonses determine darme otro mas util q^e. fue el de aprender a escribir... (p. 57.)

Esto, sin embargo, le presentó un problema: no sabía por dónde empezar; pese a esto, ya decidido a saltar obstáculos, compró plumas y papel muy fino, y:

... con algun pedaso de los q^e. mi señor botaba de papel escrito de su letra lo metia entre llana y llana con el fin de acostumbrar el pulso a formar letras iba siguiendo la forma q^e. de la q^e. tenia debajo con esta imbension antes de un mes ya asia renglones logrando la forma de letra de mi señor...

De cinco a diez, concluidos los trabajos del día, se entregaba Manzano a esta tarea, llegando así a "imitar las letras mas ermosas y llegue a tenerla entonses q^e. mas paresian gravadas q^e. de pluma"; lo supo Dn. Nicolás de Cárdenas y, cuando menos esta vez sin látigo, le impuso "dejase aquel entretenimiento como nada correspondiente a mi clase". La prohibición fue, sin embargo, totalmente incumplida: no bien se acostaban todos en la casa, "ensendia mi cabito de bela y me desquitaba a mi gusto copiando las mas bonitas letrillas de Arriaza a quien imitando siempre me figuraba q^e. con pareserme a él ya era poeta y sabia aser versos..."

Tres años "disfrutó" —si es que puede emplearse esta palabra—, de un relativo "ser hombre": ese fue el tiempo que estuvo en casa de Dn. Nicolás de Cárdenas. En su estadía allí, cesaron, cuando menos, las golpizas. Luego volvió a manos —a látigos, podría decirse— de la marquesa de Prado Ameno: sin muchas variantes volvió a repetirse lo ya sabido, a caminar los mismos pasos. Una espalda empapada de sangre, y un látigo sobre la espalda, y la fuga, una noche de miedos, en que ésa fue la única salida.

Toda su vida —y en cada página el fuele está como algo concreto, personificado casi para decírnoslo—, fue un estar muriendo lentamente a diario. No pudo objetivar todo lo que le andaba por adentro. Su mundo poético es informe, indeciso; en lo social, no llegó a concretar posición firme. Ni fue su culpa, ni su obra puede juzgarse con criterio de beata de campanario. Una vez conocidas sus limitaciones, su obra tiene hallazgos, encuentros felices, que sorprenden: su soneto "Mis treinta años" lo confirma; hay en él rigor y fuerza, y altura sostenida. Su poesía —como dice Max Henríquez Ureña— no pasa "de balbuceos más o menos felices... y no otra cosa puede decirse de su ensayo dramático *Zafira*..."¹⁸ Punto y aparte es la *Autobiografía*: trozo de su espalda macerada y fiel reflejo de una sociedad vacía.

Una vez le salió el tigre a Manzano; una vez se volvió todo furia y rencor hasta morder su sangre: cuando un mayoral golpeó a su madre. Aullido, y no otra cosa, fue lo que le salió a Manzano en ese día. La historia: volvía en la parte posterior del carruaje de la marquesa de Prado Ameno, en altas horas nocturnas, luego de una tertulia (thes canastas se llaman ahora, y en ellos no ha cambiado nada) a las que su señora era muy aficionada, cuando, vencido por el sueño, se le cayó el farol que sostenía en sus manos; bajóse a recogerlo, y, al tratar de alcanzar el carruaje, que había seguido su camino:

... cual fue mi soprpresa al ber q^e... apretó su marcha y en vano me esforsaba yo p^r. alcanzarlo y se me desparesio; ya yo sabia lo q^e. me abia de suseder; yorando me fui apie pero cuando llegue serca de la casa de vivienda me allé cojido p^r. (el) joven malloral este conduriendome p^a. el sepo se encontró con mi madre q^e. siguiendo los impulsos de su corazon vino a acabar de solmar mis infortunios ellá al berme quiso preguntarme q^e. abia hecho cuando el malloral imponiendole silencio se lo quiso estorbar sin querer oir ruegos ni suplicas ni dadivas irritado p^r. q^e. le abian hecho lebantar a aquella ora lebanto la mano y dio a mi madre con el manati ¹⁹ este golpe lo sentí yo en mi corazon dar un grito y convertirme de manso cordero en un leon todo fue una cosa me le safe con un fuerte llamon del brazo p^r. donde me llebaba y me le tiré en sima con dientes y manos cuantas patadas manatiazos y de mas golpes q^e. llebé se puede considerar y mi madre y yo fuimos conduidos y puesto en un mismo lugar los dos gemiamos a una... apenas amanesio cuando dos contra mayores y el mayoral nos sacaron llebando cada uno de los morenos su presa al lugar del sacrificio yo sufrí mucho mas de lo mandado p^r.

guapito... , la culpa de mi madre fue q^e. viendo q^e. me tiraba a matar se le tiró en sima y asiendose atender pude ponerme en pie cuando llegando los guardieros del tendal nos codugeron puesta mi madre en el lugar del sacrificio p^r. primera vez en su vida... ; viendo yo a mi madre en este estado suspenso no podia ni yorar ni discurrir ni huir temblaba inter sin pudor lo cuatro negros se apoderaron de ella la arrojaron en tierra p^a. azotarla pedia p^r. Dios p^r. ella todo lo resistí pero al oír estallar el primer fuetazo, combertido en leon en tigre o en la fiera mas animosa estube a pique de perder la vida a manos de el sitado (mayoral)... (p. 44.)

Las cualidades que adornaban (y el pretérito puede suprimirse) a la subespecie animal de la marquesa, están en ese párrafo anterior. De hecho, casi todo fue premeditado: al llegar Manzano a la hacienda, ya el mayoral estaba sobre aviso; el carruaje aumentó su velocidad al tratar él de alcanzarlo. ¿A qué tanta saña? Los albañiles de la conciencia esclavista no son sino eso: albañiles; y allí está la respuesta.

La idea de la fuga —ya alguna vez acariciada—, tomó cuerpo, súbitamente, una tarde en que, después de oír una conversación entre dos criados, vio que la mano del mayoral le andaba cerca, y que con ella venía el látigo y la orden de golpear dada por la marquesa. En ese momento era la única salida, y la siguió, aun sabiendo los riesgos que corría. No se fue, como los cimarrones,²⁰ para el monte, sino camino a la ciudad, a La Habana. Ese mismo día:

...bele hasta mas de las dose aquella noche se recojieron todos temprano p^r. ser noche de invierno y estaba algo lluviosa, ensillé el caballo p^r. primera vez en mi vida pusole el freno pero con tal temblor q^e. no atinaba a derechas con lo q^e. asía acabada esta diligensia me puse de rodillas me encomende a los santos de mi debosion me puse el sombrero y monté cuando iva a andar p^a. retirarme de la casa oi una bos q^e. me dijo Dios te lleva con bien arrea duro yo creia q^e. nadien me beia y todos me ogserbaban pero ninguno se me opuso como lo supe despues mas lo q^e. me ha susedido luego lo beremos en la segunda parte q^e. sigue a esta historia,

segunda parte que, por desgracia, o no llegó a escribirse, o se ha perdido, acaso para siempre.

Su vida, a partir de aquí, se hace difícil de seguir. Lo que se sabe es lo que se dijo en páginas anteriores. De la que pronto será su esposa, en carta del 11 de diciembre de 1834, le dice a del Monte:

Mi Delia es parda libre, hija de blanco, con dies y nuve años de edad, linda como un grano de oro de pies a cabeza no muy arrancada y con buenas ESPERANZAS (con mayúsculas en el original) no sé en q^e. consiste el disparate q^e. se me atribulle pero estando en la plalla es cobardia no embarcarse y yo alla boi. (p. 82.)

Y en otra carta a del Monte, ésta del 25 de febrero del año siguiente, añade:

...cada vez estoi mas prendado de las bellas cualidades que atesora (Delia), mientras toda su familia gruñe y aun motejan su inclinasion, pero se alla tan prendada de pobre poeta q^e. nada existe p^a. ella perfecto sin él (Dios quiera q^e. dure)... (p. 83.)

Estuvo a punto de ser —o fue—, padre: “mi esposa está en sinta de siete meses y ha estado p^a. abortar tres ocasiones de desasosiegos y disgustos orijinados...” (los puntos suspensivos son, aquí, del propio Manzano que, acaso, prefirió, por un exceso de pudor, omitir las causas, fáciles de imaginar de esos desasosiegos.) “Temo tanto como callo”, dice en esa carta del 29 de septiembre, en la que ya está, sin embargo, la idea firme de recuperar su libertad, que en esos días, trajinaba todavía como esclavo aunque con otros amos. “... a ber si pescando la fortuna p^r. un cabello logro un rincon donde trabajando y escriviendo veo naser al fruto de mi amor sin los vaivenes de la suerte...” Del contexto de la carta se desprende que había intrigas, murmuraciones en su contra. En esa misma carta, le dice a del Monte que “me he preparado para aseros una parte de la istoria de

mi vida . . . mañana empesaré a urtar a la noche algunas oras p^a. el efecto". Por esos mismo años, aparece en periódicos y revistas de la isla, buena parte de su obra poética. ¿También en el extranjero? En carta del 11 de diciembre de 1834, le dice a del Monte:

...no puedo pintar smd. la grande sorpresa q^e. me causo, cuando supe por smd. mismo la direcsion q^e. piensa dar a mis pobres rimas, cuando las considero nabe-gando a climas tan distantes p^a. ber la luz publica en el emporio de la ilustrasion europepa donde tantos bates con razon se disputan la primasia . . .

La primera versión extranjera de su obra, por mí conocida, es la que se imprimió en Londres, en 1840, bajo el título de *Poems by a slave in the island of Cuba, recently liberated. Translated from the Spanish by R. R. Madden, M. D., with the history of the Early Life of the Negro Poet, written by himself . . .*, y el mismo año, en París, en el libro de Victor Schoelcher: *Abolition de l'esclavage*, aparecieron varios poemas suyos. ¿Es a la edición de Madden, en cuya elaboración Domingo del Monte tomó parte activa, —y recuérdese que la *Autobiografía* fue escrita por iniciativa del propio del Monte—, a la que se refiere Manzano en esa carta escrita seis años antes? Es posible, pero queda abierta la interrogante.

Luego del proceso de La Escalera, Juan Francisco Manzano se perdió en el silencio: para la poesía y para la vida concluyó su camino en 1845; nueve años más anduvo por el mundo, en los que fueron el silencio y la derrota sus únicos acompañantes. No hay datos para seguir sus huellas, pero lo misterioso que, ante él, se abría en la "urna del destino", eran la oscuridad y la caída. Olvidado por todos, más que dejado de la mano por sus amigos, islote en medio de una sociedad plena de miedo y cobardía, naufragó en el oleaje del mundo envilecido en que le tocó vivir. Catorce años más tarde, el 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes se alzaba en armas contra el gobierno realista español que dominaba la isla, iniciándose, así, el proceso liberador que culminaría en la Cuba de nuestros días.

Sin buscarlo, su lamento terminó en grito, en alarido de su propia entraña que Manzano sacó al aire, desnudando, al mismo tiempo y hasta lo hondo, a una sociedad empantanada y corrupta que aún sobrevive, agonizando. Juan Francisco Manzano habló por muchos, por demasiados que, en estos tiempos de cárceles y asesinatos masivos, viven y mueren como él y, a veces, en peores condiciones todavía. En la misma medida que la mañana de lo humano se avecina, la noche de terrores y masacres del moderno esclavista se hace más sombría. Que no haya sido en vano palpar la espalda macerada de Manzano; que de algo sirva el habernos asomado a su larga agonía: al menos, para saber —porque estas son cosas que siempre se prefiere tener como ignoradas—, que el látigo y el miedo y el mayoral y el hambre, se alzan todavía sobre el mundo, y que saberlo y no hacer nada para que de ello no quede ni su sombra en la tierra, tiene un nombre: cobardía.



¹ José Agustín Caballero: 'Endefensa del esclavo', en *Escritos vario de . . .* tomo 1, La Habana, Editorial de la Universidad de La Habana, 1956, p. 3 y ss. No es este lugar para juzgar al padre Caballero; su actitud titubeante y ambigua es reflejo del medio en que actúa. Nacido en 1762 y muerto en 1835, le toca vivir el periodo de iniciación que transformaría a Cuba de simple factoría o estación de paso para las naves españolas rumbo a Tierra Firme, en rica

colonia productora de azúcar. Su labor fue de las más arduas: enseñar a abrir caminos; a la generación siguiente tocó hacerlo, integrándose con ella el concepto de "cubanidad", esto es, el de adquirir conciencia de ser "algo", como nación, distinto a España. Pese, pues, a la ligereza con que aquí pueda aparecer tratada la obra del presbítero Caballero, la suya fue labor de las que calan hondo. Su artículo además es el primero que aparece públicamente en defensa, por muy tibia que haya sido, del esclavo.

² José Antonio Portuondo: *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, La Habana, Editora del Ministerio de Educación, 1962, p. 15.

³ José Agustín Caballero, Ob. cit, p. 4.

⁴ Gerardo Brown: *Cuba colonial*, La Habana, Jesús Montoro, editor, 1952, p. 18.

³ José Agustín Caballero, ob. cit., p. 4.

⁶ *Idem*, p. 7.

⁷ Juan Francisco Manzano: *Autobiografía, cartas y versos*. Estudio preliminar por José L. Franco. La Habana, Ediciones del Municipio de La Habana, 1937. Cuadernos de Historia Habanera, núm. 8. Es ésta la única edición en español de la obra. Su tragedia *Záfira* ha sido reeditada en años recientes; su obra poética, en cambio, no está aún recopilada: por este motivo no nos ocupamos de ella en el presente trabajo. En todos los casos, se ha respetado la ortografía y sintáxis del original. Todas las citas entrecomilladas, salvo indicación contraria, deberá entenderse que corresponden a la *Autobiografía*; entre paréntesis, irá el número de página correspondiente a la edición arriba citada.

⁸ Se habla de un segundo cuaderno de poesías publicado por Manzano en 1930: *Flores pasajeras*, pero esto no ha podido comprobarse.

⁹ Domingo del Monte y Aponte (1804-1853), ocupó sitio de gran importancia en la vida intelectual cubana de su época, como impulsor y orientador de la cultura. La tertulia literaria que, a partir de 1836 y hasta 1843 en que abandona Cuba, fue célebre. "Raro fue el escritor o poeta de esa generación que no recibió orientación y estímulo" de él. (Véase: Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana*, Puerto Rico, Ediciones Mirador, 1963, t. 1, p. 153 y ss. Para una ojeada de conjunto al campo intelectual de la época, véase también: Raimundo Lazo: *La literatura cubana*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1965. Manuales Universitarios. Textos de la Escuela de Verano, p. 45 y ss.

Ignacio Valdés Machuca (1792-1851), poeta neoclásico de escasa importancia; se le recuerda, aparte de su intervención en el rescate de Manzano, por ser su libro *Ocios poéticos* (1819) "el primer libro de versos publicado en Cuba por un autor cubano". (Henríquez Ureña, ob. cit., p. 162.)

¹⁰ Una denuncia que nunca llegó a comprobarse, en el sentido de que se preparaba un alzamiento de los esclavos, dio origen a la represión y masacre conocida como conspiración de La Escalera. Sobre esto, puede consultarse el libro de Vidal Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, tomo 1, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963, p. 277 y ss.

¹¹ A riesgo de extender demasiado esta nota, vale reproducir, como muestra del "servicio médico" que se brindaba a los esclavos en las haciendas, el siguiente fragmento que Anselmo Suárez y Romero, describe en su novela *Francisco. El ingenio o las delicias del campo*. Llevado el protagonista —Francisco— a la enfermería, luego de recibir una feroz golpiza, tumbado en el camastro, se le acerca el "facultativo" y:

—¡Eh, taita! —le preguntó a Francisco tocándole con el bastón—, ¿qué tiene usted? ¿La barriga, el costado, la cintura, qué le duele? Hable, vamos, que ahorita lo pondré bueno. Dígame, ¿ha evacuado?

—Señor, se me desvaneció la cabeza en el campo.

—¿Desvanecimiento de cabeza? Alguna juma. Taita, ésas son borracheras. A ver la boca.

—Niño, yo no bebo ninguna clase de bebida.

—Abra, ábrala bien; no venga con canonigadas. Hombre, no, no ha bebido; ¿qué diablos tuvo, maestro? Desvanecimiento, desvanecimiento de cabeza. ¿Qué será esto? ¿Debilidad un mocetón? Es imposible. ¿Por los azotes? Menos. Está muy robusto. Pues seguramente que tiene sucio el estómago. Saque la lengua. ¡Puf! Sucísima, sucísima. María, mañana, al canto del gallo, un vomitivo de Le-Roy (medicina muy popular en la época; era un purgante muy violento), y pasado, un purgante; y lo pondremos más limpio que una taza de oro. Yo no sé qué diablos tiene la carne prieta para recoger malos humores; todas las enfermedades de los malditos provienen de la sorosidad acre; evácuelos usted, límpielos por dentro con

sus purgantes y vomipurgantes, y, como con la mano, fuera enfermedades. Taita, no se aflija; de aquí a dos días me dará las gracias. Y tú, María, ¿le has quemado a Juan la pata con la piedra infernal?"..." (Suárez y Romero, ob. cit., La Habana, publicaciones del Ministerio de Educación, 1947, p. 68) Y médicos de esta clase eran los que abundaban. Se entenderá así, la "curación superficial" de que fue objeto Manzano en aquella ocasión.

¹² Fernando Ortiz. *Hampa afrocubana: los negros esclavos*, La Habana, 1916, p. 245 y ss.

¹³ La "cáscara de vaca" era un látigo de mango corto al cual se unía una trailla hecha comúnmente con finas tiras de cuero, la que solía rematar en una pajuela de cáñamo, para que pudiera rajar las carnes del azotado (Ortiz, ob. cit., p. 247).

¹⁴ Ortiz, ob. cit., p. 245.

¹⁵ Anselmo Suárez y Romero, ob. cit., p. 162.

¹⁶ Jean Paul Sartre: "Prefacio" a *Los condenados de la Tierra* de Frantz Fanon, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 15.

¹⁷ Doña Beatriz de Jústiz y Zayas (1733-c.1807); en 1751 casó con su primo don Manuel José Aparicio de Manzano y Jústiz, marqués de Jústiz de Santa Ana, formando una de las principales familias de La Habana. Fue autora del *Memorial a Carlos III*, de 25 de agosto de 1762, "donde las mujeres habaneras enviaban su protesta por la capitulación de la plaza de La Habana ante la escuadra inglesa. Escribió, igualmente, la *Dolorosa métrica espresion del sitio y entrega de la Havana, dirigida a N. C. Monarca el Sr. Tercero (sic) qe. Gue...*, que no es sino, con algunas variantes, la versificación del *Memorial* arriba citado. (El texto de la *Dolorosa métrica...* en: José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*, tomo 1, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, p. 155 y ss.

¹⁸ Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana* t. I, p. 184.

¹⁹ Manati. Instrumento de azotar que se hacía con la piel del animal que lleva el mismo nombre, y el cual fue prohibido, al menos por la ley, años más tarde de los sucesos que narra Manzano, por las peligrosas contusiones que causaba.

²⁰ Se les daba el nombre de "cimarrones" a los esclavos que, escapando de la hacienda, se refugiaban en la espesura de los montes, formando allí, "palenques", o agrupaciones de negros escapados, para su defensa y trabajo en común. Inútil decir, lo que les sucedía si alguno de ellos era capturado por sus antiguos amos.



Estudio sobre el "Romance de Lisardo" o "Amores góticos"

Mercedes Díaz

29 año de Letras Españolas-Filosofía

Nota de la redacción:

El romance que damos a continuación fue descubierto hace unos meses en el sótano de una vieja casona de San Ángel, por una persona allegada a esta Universidad. Varios alumnos de Letras Españolas, profundamente interesados por el hallazgo, se ocuparon de él. Uno de los estudiantes más avanzados en el campo de la literatura medieval, hizo el estudio que hoy publicamos, destacando las principales cualidades y examinando, desde diversos puntos de vista, los muchos valores que este romance contiene. Esperamos que la publicación en nuestra revista, tanto del romance original como del mencionado estudio, despierte el interés de los eruditos a cuya disposición, desde luego, pondremos el manuscrito, con el único requisito de un fuerte donativo, que se destinará al incremento de las investigaciones filológicas en nuestro país.



ROMANCE DE LISARDO O AMORES GÓTICOS

A cuatro leguas de Pinto
y treinta de Marmolejo,
existe un castillo viejo
que edificó Chindasvinto.

Perteneció a un gran señor,
algo feudal y algo bruto.
Se llamaba Sisebuto
y su esposa Leonor.

Cunegunda era su hermana,
y su tía Berenguela,
y una hermana de su abuela
que atendía por Mariana.

Era una noche de invierno,
noche faltal y espantosa,
noche horrible y tenebrosa,
noche atroz, noche de infierno.

En un gótico salón
reposaba Sisebuto
y un lebrél seco y enjuto
dormía en el portalón.

Cabalgando en un corcel
de color verde botella,
raudo como una centella
llega al castillo un doncel.

Empapada trae la ropa
por efecto de las aguas,
como no lleva paraguas
viene el pobre hecho una sopa.

Llega al foso, salta el muro,
la poterna está cerrada.
—¡Me ha dado mico mi amada,
exclama, vaya un apuro!

De pronto algo que resbala
siente sobre su cabeza.
Tiende la mano y tropieza
con la cuerda de una escala.

¡Ah!, dice con fiero acento.
¡Ah!, vuelve a decir gozoso.
¡Ah!, repite victorioso.
¡Ah, ah, ah!, y así hasta ciento.

Sube que sube que sube,
trepas que trepas que trepas,
en brazos cae de un querube,
la hija del conde: la Pepa.

En lujoso camerín
introduce a su adorado
y al notar que está mojado.
lo seca bien con serrín.

—Lisardo, mi bien, mi anhelo,
el único que yo adoro,
el de los cabellos de oro,
el de la nariz de cielo.

—¿No sientes nada a mi lado?
¿Qué sientes Lisardo amado?
Dí, ¿qué sientes?
—Siento frío.

—¿Frío has dicho? Eso me espanta.
¿Frío has dicho? Eso me inquieta.
¡No llevarás camiseta!, ¿verdad?
Pues toma una manta.

—Ahora hablemos del cariño
que nuestras almas disloca.
Yo te amo como una loca.
—Yo te quiero como un niño.

—Si no me quieres me mato.
—Si me olvidas me hago cura.
—¿Cura tú?, por Dios bendito.
No repitas esa frase en jamás de los
(jamases,

¡pues estaría bonito!

—Hija soy de Sisebuto
desde mi más tierna infancia,
y aunque es mucha su arrogancia,
y aunque es un tío muy bruto,
y yo sé a lo que me expongo,

¡Huyamos, vamos al Congo
a ocultar nuestros amores!
—Bien dicho. Bien has hablado.
Vámonos aunque se enojen.
Y si algún día nos cogen
que nos quiten lo bailado.

De pronto un ladrido
se escucha potente y fiero.
—¿Ves?, dice el caballero,
es el perro que me ha olido.

Se abre una puerta excusada.
Entra un hombre,
luego un can,
luego nadie,
después... nada.

—¡Hija infame!, rugen el conde.
¿Qué haces con este señor?
¿Dónde has dejado mi honor?
¿Dónde, dónde, dónde, dónde?

—Y tú cobarde villano.
Antipático.
Repara cómo señalo tu cara
con los dedos de mi mano.

Y sacando su puñal,
con un ademán certero,
le clavó el cortante acero
junto a la espina dorsal.

El pobre, naturalmente,
la diñó como un conejo.
Ella frunció el entrecejo
y enloqueció de repente.

También quedó el conde loco
de resultas del espanto.
El perro no llegó a tanto,
pero le faltó muy poco.

Y aquí termina la historia
verídica, espeluznante,
estremecedora, horrenda,
que entenebrece el recinto
de ese castillo tan viejo,
a cuatro leguas de Pinto
y treinta de Marmolejo.



ESTUDIO

El romance que nos ocupa fue encontrado en varias fojas sueltas, que reunidas debían de pertenecer, por su formato de bolsillo, a un librito destinado al uso de un juglar. La copia, pues se trata de una copia, es del siglo XVI, realizada posiblemente por un juglar toledano, hacia el año de 1527 (mes de junio probablemente). Nos basamos para tal aseveración en una nota, al final del manuscrito, que dice textualmente: "Toledo, junio de 1527."

No hemos podido averiguar, pese a nuestras exhaustivas investigaciones, cómo llegó a América esta copia. Podemos aventurar que fue traída desde España entre los papeles de algún conquistador, colonizador o emigrante español, a menos, claro está, que fuese enviada por correo con un propósito desconocido.

Aunque la copia es del siglo XVI, se trata indudablemente de un romance viejo. Fundamos nuestra afirmación en las tesis sostenidas por ilustres medievalistas como Milá y Fontanals (pronunciar con una *e* palatal palatalizada), Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Herr F. W. Strengermannwolff, entre otros, referentes a la coetaneidad de los romances con los sucesos que relatan. Según estas teorías, podemos decir que se trata de un romance del siglo XIII (hacia 1248) pues ya se halla prosificado en la Crónica berenjenense (s. XIV). En dicha crónica, al margen, en el lado izquierdo, se especifica que las noticias de tan sangriento episodio las dio un tataranieto de Sisebuto que había oído contar a su abuelo, cómo su pobre abuelo (el propio Sisebuto), completamente loco rugía a lo largo de los caminos mientras la baba se le caía: "Hija infame, hija infame, hija infame" (*sic*). Si tomamos un promedio de veinticinco años para cada generación, llegamos al siguiente cálculo: 1350-tataranieto; 1325-bisnieto; 1300-nieto; 1275-hijo; 1250-Rogelio (hijo mayor de Sisebuto); 1248-50- Pepa tendría 16-18 años (edad apta para el amor).

Una vez establecida la fecha de este romance, pasaremos a analizar el contenido del mismo y expondremos las conclusiones político-histórico-sociales a las que hemos llegado.

1) Lo primero que queremos hacer resaltar es la excelente calidad de las construcciones gordas. En efecto, el castillo de Sisebuto, edificado por Chindasvinto (532-622) estaba aún, en el siglo XIII, en perfecto estado de habitabilidad; ni tan siquiera había goteras en el salón, pues Sisebuto podía reposar allí en una noche de tormenta.

2) Los caballos de la Edad Media tenían la extraña cualidad de ponerse del color del refresco favorito de sus amos, por lo que podemos asegurar que Lisardo era afecto al pepermint o al ajenjo muy cargado. No creemos sin embargo que ya existiera el squirt o algún refresco similar de casco verde. Naturalmente esto último queda sujeto a discusión y, a lo mejor, futuras investigaciones pueden arrojar más luz sobre esta interesante cuestión.

3) Lisardo era pintado, por ser éste el pueblo más cercano, aunque cabe la posibilidad de que fuera marmolejiano, en cuyo caso el caballo adquiriría un gran valor como medio de transporte entre dos puntos equitativamente alejados. Hay que hacer notar que en los registros parroquiales de ambos pueblos, no existe constancia alguna del bautizo de un Lisardo alrededor de 1228, pero esto puede deberse a una distracción momentánea del señor cura.

4) Los donceles en la Edad Media eran rubios y de nariz respingada, pues el autor, al tener que describir físicamente a su héroe, tomó naturalmente el

modelo de belleza que imperaba en esa época, o sea el godo. Ninguna influencia árabe se puede rastrear en este modelo de belleza nórdica (los árabes serían más bien morenazos). No lleva, por supuesto, nuestra observación, ninguna intención racista, nos limitamos a exponer nuestras ideas histórica y desapasionadamente. Nótese de paso, en la descripción de Lisardo, la poética relación entre la posición del apéndice nasal y las capas exteriores de la atmósfera.

5) Obsérvese la delicadeza del autor al tratar la figura de Mariana; nos dice que era "una hermana de su abuela" circunloquio por tía-abuela. Con toda seguridad recurrió a este rodeo, impulsado por la palabra "tía" que ya en aquella época tenía el significado peyorativo de "mujer de la calle".

6) Ya que acabamos de hacer dos observaciones en el plano estilístico, no podemos dejar de hacer notar la belleza que confiere la reiteración al romance en cuestión. ¡Qué mayor poesía que la contenida en estos dos versos:

"sube que sube que sube,
trepa que trepa que trepa".

7) Hemos de confesar que el nombre de la hija de Sisebuto nos sumió en un piélagos (mar) de reflexiones.

En efecto, ¿cómo es posible que la hija de un noble godo llevara un nombre que hoy es propio de cualquier portera o cupletista?

Se nos ocurren dos posibilidades, la primera y la segunda:

¿Acaso hubo alrededor de los años treinta (me refiero al siglo XIII) un movimiento de democratización entre la nobleza, y los condes, duques, etcétera, bautizaban a sus retoños con un nombre característico de las clases humildes?

¿Por qué, desde el siglo pasado, las clases humildes bautizan a sus criaturas con un nombre tan aristocrático como el de Pepa?

Nos parece que es la segunda teoría la que va a proporcionarnos valiosos indicios socio-psicológicos.

Efectivamente, nos hallamos frente a un intento de emparejamiento de clases, pero no por parte de la nobleza (el epíteto de bruto nos indica que Sisebuto era un reaccionario) sino precisamente por parte de las citadas porteras y cupletistas que desde el siglo XIX luchan por elevarse de la portería al piso principal y ¡oh inocencia del pueblo!, creen conseguirlo mediante un simple cambio de nombre.

8) Para los economistas, es interesante destacar la utilización, en la Edad Media, de uno de los subproductos de la madera (el serrín) para secar donceles, sangre, escupitajos (perdón), etcétera. Otro dato importante en este aspecto es el hecho de que Lisardo no llevaba camiseta (como Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*); posiblemente la lana era rasposa y la delicada epidermis del rubio doncel no la soportaba.

9) Ya en la Edad Media las personas, aunque fueran donceles, olvidaban los paraguas cuando más falta hacían.

10) El Congo era un lugar tranquilo, sin disturbios provocados por intereses mezquinos y capitalistas, sino más bien un paraíso tropical donde los amantes comían coco y se arrullaban con el susurro de las palmeras y la acompasada caricia de las olas sobre sus cuerpos tostados por un sol deslumbrador (no sólo en Toledo se hace poesía, también aquí se nos da con facilidad).

11) Tiene una gran importancia el breve estudio de psicología canina que contiene este romance. El noble animal (me refiero al perro) ha cumplido con su deber olfateando al caballero y ladrando; pero he aquí que su olfateo provoca un intenso drama familiar; un crimen y dos orates. Su mente canina sufre un fuerte impacto y se halla a punto de perder la razón (*ratio canis*) ante la horrenda consecuencia de su inocente olfateo. Este problema fue después tratado por Freud: *El complejo olfativo en el can, provocado por el choque violento entre el consciente, sub-consciente y el para-consciente*. Viena, 1920, página 18, párrafo II, líneas 1, 2 y 3.

WUVA.

Felipe Padín

49 año de Ingeniería Química

Fotografía de José Luis Galván



Cuevas es, sin duda alguna, el más vociferante pintor de la "nueva ola". Su obra ha sido discutida desde todos los niveles y puntos de vista, no sólo en México sino en otros países también. Mucho más discutida que su obra, en México, es su personalidad, a la cual se dirigen las loas de la mafia o los insultos de otros críticos y pintores.

¿Cómo es Cuevas realmente? Desde luego que esta entrevista no aclarará ni poco ni mucho la "leyenda de Cuevas" porque, después de todo, se trata de Cuevas hablando de sí mismo; cosa usual y por hábil que sea el entrevistador sólo conseguirá un autorretrato del entrevistado, de mayor o menor calidad. Su personalidad pública es indiscutible, hecho del cual el propio Cuevas se ufana; esta entrevista no pretende ser la primera (ni la última mucho menos) en descubrir estas "verdades". Tal vez el mayor mérito de JLC es precisamente el haber traído de nuevo a los pintores mexicanos a la luz pública, como verdaderas figuras populares, tras la muerte o caída de "los tres grandes".

José Luis Cuevas demostró ser ni más ni menos de lo que esperábamos, aunque más, mucho más accesible a los estudiantes y nuestras preguntas. La entrevista fue concertada durante la inauguración de la exposición Pintura Mexicana de Hoy en la Facultad de Química, llevada a cabo en el Laboratorio de Ingeniería Química de la Facultad; es a esa muestra a la que se refieren las primeras preguntas.

La entrevista fue hecha con una grabadora, en el apartamento del pintor, Duró cerca de 45 minutos, permitiéndonos y casi obligándonos a quedarnos durante cerca de dos horas después a discutir sus puntos de vista, ya que la grabadora, nos dijo, le "inhibía". La pequeña sala del departamento es acogedora a pesar de estar cubiertas las paredes de Cuevas y más Cuevas: la famosa colección de sus hijas Mariana y Ximena. Fumando un cigarro tras otro (sólo fuma en las entrevistas), refirió con voz fuerte, cambiando de posición frecuentemente, el material que aquí sigue.

ENTREVISTA

FP. José Luis, ¿Qué le pareció la exposición que tuvimos en la Facultad de Química? ¿Cree usted que estaba bien representada la pintura mexicana actual?

JLC. Desde luego, creo que se trató de una exposición exhaustiva, ya que estuvieron representadas casi todas las figuras más sobresalientes de las nuevas generaciones de pintores mexicanos; se notaron algunas ausencias como la de Ricardo Martínez, a quien considero una de las figuras más importantes de la plástica contemporánea mexicana. La idea de haberse hecho la exposición en el Laboratorio de Ingeniería Química me parece muy acertada, puesto que daba cierta atmósfera "Pop" a la exposición. Creo yo que si algún pero se le puede poner a la exposición es precisamente el hecho de haberse llevado a cabo en ese Laboratorio, pues las máquinas a veces competían en forma desventajosa para la pintura, resultando en ocasiones muchísimo más bellas. Yo debo confesar que los dos días que estuve en la exposición, me fijé más en las máquinas, que me llamaron más la atención por su belleza que las pinturas expuestas.

FP. Mercedes Oteyza, que fue la persona quien seleccionó las pinturas, aclaró que éstas habían sido seleccionadas de acuerdo con el lugar donde iban a ser expuestas exclusivamente. ¿Piensa usted que sus pinturas estaban dentro de este espíritu?

JLC. Creo yo que la obra que allá tenía expuesta no estaba totalmente dentro del espíritu de la maquinaria. Ya dentro de un aspecto técnico, creo que el defecto fue el montaje; se debía haber logrado una cierta integración con las máquinas y no haber puesto simplemente paneles. La prueba está en que

cuando Miguel Cervantes tomó fotografías para la revista *Siempre!*, los cuadros fueron descolgados de los paneles y puestos dentro de las máquinas mismas y el efecto era mucho más interesante. Sin embargo, creo que la pintura abstracta se integraba más a la maquinaria, mucho más que la obra figurativa como la mía.

FP. A fechas recientes, la mafia ha trascendido más allá de los círculos intelectuales.

¿Cómo definiría usted a la mafia?

JLC. En realidad el nombre de "mafia" fue puesto por los enemigos gratuitos que tenemos un grupo de intelectuales, escritores, pintores, etcétera, pero que publicitariamente ha funcionado bastante bien. Debo decir, como un adelanto, ya que todavía no se ha dado a conocer a la prensa, que Luis Guillermo Piazza, una de las figuras más relevantes de esta llamada mafia está preparando un libro que saldrá a principios del año que entra, editado por Joaquín Mortiz, que se llama precisamente *La mafia*. En este libro apareceremos como personajes de la novela muchísimos de los integrantes de este grupo intelectual. Considero yo que las figuras más conocidas, las que trascienden más a la prensa del grupo son los llamados "dirigentes", o sea, Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, Luis Guillermo Piazza, Juan García Ponce y yo. Quisiera agregar que este grupo está formado por intelectuales independientes con un sentido menos limitado de nacionalismo del que tenían las generaciones anteriores; grupo de artistas con un criterio mucho más amplio y con intenciones de proyectar el arte nacional más allá de nuestras fronteras.

FP. Se ha criticado mucho, incluso por personas como Juan García Ponce, que su estilo no es precisamente pintura sino más bien dibujo solamente. ¿Qué tiene que decir a esas críticas?

JLC. Bueno, desde luego en México se me ha acusado (y digo acusado ya que se ha tratado de ver un defecto en mí) por el hecho de que me dedique más que nada a la cosa dibujística más que a los problemas de color; sin embargo, no es así como se me considera fuera de mi país, y debo recordar que hace algunos años, cuando obtuve el Primer Premio Internacional de Dibujo en la Bienal de Sao Paulo, Brasil, por una serie de más de 40 obras expuestas en la sala especial de la bienal, también obtuve algunos votos para el Premio Internacional de Pintura. Esto quiere decir que a pesar de que mi obra es monocroma, tiene una serie de valores pictóricos tal, que es considerada por muchos críticos como pintura. En nuestra época, y ya lo dijo Matías Goeritz en un artículo que escribió sobre mí, lo que más importa es la expresión y no los métodos técnicos usados. En México todavía pensamos que el pintor para serlo debe emplear el tradicional óleo. No creo que sea más pintor que yo Lucho Fontana, el italo-argentino, que sobre un lienzo en blanco simplemente aplica una serie de cortes o tajos de navaja; sin embargo Lucho Fontana es reconocido internacionalmente como pintor y nunca ha usado el óleo, como tampoco lo usan muchos de los artistas del POP ART, ya que utilizan el ensamble, el collage, los objetos, etcétera. Tenemos el caso de uno de los artistas más representativos de la pintura de acción (*Action Painting*), Franz Klein, quien sólo en sus últimas etapas como pintor ha usado color; antes de este periodo, la obra fue toda en blanco y negro. Nuestra época precisamente ha dado gran importancia a este tipo de arte.

FP. Usted dijo en alguna otra ocasión haber descubierto que los verdaderos colores de México eran el blanco y el negro. ¿Cómo estaría esta declaración relacionada con todo lo anterior?

JLC. Desde luego yo creo que el color que nos presenta Diego Rivera como color nacional es algo falso, completamente ficticio. Nuestra tradición plástica es escultórica, más que nada una tradición de formas. Los antecedentes que tenemos de uso de color en el arte precolombino son casi exclusivamente los frescos de Bonampak, que desde el punto de vista colorístico son bastante po-

bres. Tradición formal, más que colorística, esto sin tomar en cuenta al arte popular, que después de todo es arte menor. Aparte de todo esto, yo no veo al México tan lleno de color como nos lo han hecho ver pintores folkloristas como Diego Rivera, insisto, por tanto, que los colores reales son el blanco y el negro.

FP. Pasando a otra cosa, el nombre de José Luis Cuevas ya es conocido internacionalmente como algo más que un pintor, casi mito. ¿Qué puede decirnos el mito sobre su propia leyenda?

JLC. Bueno, efectivamente, he logrado una cierta proyección internacional debido a una labor continua de exposiciones anuales sobre todo en EE.UU. y también en Europa, especialmente en las ciudades de París, Milán y Roma. Sin embargo creo ser más conocido en América, ya que realizo exposiciones individuales en Nueva York desde 1954, y también en Los Angeles desde hace 7 años. La influencia que he ejercido tanto en los Estados Unidos como en Latinoamérica ya la han señalado muchísimos críticos y la revista *Art in America* me ha citado como uno de los precursores de la neo-figuración.

En México se me considera una personalidad polémica, discutida y casi siempre atacada y vilipendiada. Debo aclarar, sin embargo, que en los países extranjeros donde se me conoce no se me trata como una figura polémica sino se me discute única y exclusivamente como artista, comentándose mi obra sin llegar nunca al insulto personal. En México tal vez para sobrevivir sea necesaria esta actitud polémica. Por otra parte, se ha dicho con demasiada frecuencia que soy muy afecto a la publicidad. Como lo he repetido varias veces esta publicidad yo no me la hago, me la hacen, y me la hacen mis detractores sobre todo, con sus constantes ataques, a los que contesto en las poquísimas ocasiones cuando realmente vale la pena.

FP. En cuanto a su primera exposición en el extranjero en Washington hace 11 años. ¿Hay alguna anécdota?

JLC. Esa exposición causó un verdadero escándalo en los ambientes artísticos no sólo de Washington, donde se presentó, sino también en Nueva York. Las cosas fueron así: En esa época tenía yo 20 años de edad; los temas no eran los esperados de un artista tan joven, siendo temas un tanto morbosos, de los aspectos negativos de la existencia. La exposición estaba agrupada en varias series: Una de ellas se refería a las miserables parturientas del Hospital Morelos, una más a las prostitutas de la calle del Órgano y otra a los niños macrocéfalos y miserables del barrio de Nonoalco y del no menos célebre barrio de Candelaria de los Patos. Lógicamente, durante la apertura, el público fue sorprendido por estos temas miserabilísimos, y una señora se me acercó, expectante, y me preguntó cómo era posible que siendo yo tan joven pudiera ser tan degenerado. El periodista de la revista *Time*, que estaba presente, fue llamado por mí, pidiéndole a la señora que le repitiera la acusación. Él dijo que ésa era noticia para la revista, provocando la célebre entrevista. Allí le conté que en mi infancia abría conejos vivos para conocer sus entrañas y después dibujarlas. Dije otras cosas también bastante escandalosas, puesto que yo en aquellos tiempos tenía (ahora lo estoy perdiendo) un gran sentido de la publicidad. Como consecuencia en parte de esta entrevista, recibí infinidad de cartas en la Pan American Union; recuerdo en especial una porque me llamó poderosamente la atención. Una señora de una pequeña ciudad norteamericana (creo que Wichita, Kansas) me regañaba en una larga carta por el hecho de tratar estos temas, diciéndome que era yo demasiado joven y que debía yo estar estudiando en un *college*. Después de todos estos regaños venía una postdata sumamente significativa. La señora me decía: "Adjunto una foto de mi persona... ¿Le gusto?"

FP. Mucho se ha dicho sobre la influencia de Goya en su pintura, tanto en temática como en técnica. ¿Podría usted definir los límites de esta influencia?

JLC. Es posible que esta acusación tuviera fundamentos al principio de mi carrera, como también podría ser la influencia de José Clemente Orozco,



único de los "tres grandes" que admiro; sin embargo, creo que en mi obra actual tengo muy pocos puntos de contacto con la obra de Goya. Los críticos se equivocan al seguir recalando esta influencia. En la actualidad, mi obra, mucho más intelectual que en mis primeros años, de artista, es una obra que está mucho más asociada a ciertos aspectos de la poesía beatnik y el teatro del absurdo de Genet, Ionesco o Becket, es decir, mis influencias son más literarias que pictóricas. Por todo esto creo yo que la repetición constante de la influencia goyesca es sólo un ataque más de la crítica nacional.

FP. ¿Qué opina usted de los recientes problemas que ha tenido la mancuerna Juan Ibáñez-Carlos Fuentes al respecto de su argumento fílmico de *Los Cai-fanes*?

JLC. Los únicos problemas que yo veo es que exista un premio de por medio. Yo no he leído el script, pero sin duda se ha de tratar de un script sumamente interesante, puesto que Carlos Fuentes es uno de los escritores más extraordinarios que ha producido México, y en cuanto a Juan Ibáñez, aunque nunca he visto ninguna de las obras que él ha puesto con la Universidad, tengo magníficas referencias de tanto *Divinas Palabras* como de *Olimpica*. Desde luego creo que se trata de la asociación de dos gentes de indiscutible talento.

FP. Teniendo ya casos como éste en mente, ¿cree usted que en México ya se empieza a pagar bien al artista, y qué significación puede tener este hecho para el futuro del arte en México?

JLC. Bueno, yo no creo que las obras de arte se produzcan por el hecho de lucrar. Sin embargo me parece muy positivo el hecho que el artista pueda vivir de su obra. En mi caso se me ha atacado constantemente por el hecho de que gane dinero, e inclusive se supone que soy millonario. Esto produce cierto resquemor en muchas gentes, porque siempre la sociedad ha tenido y ha querido tener al artista como una víctima. No molesta en absoluto el hecho de que gente como Enrique Guzmán posean varios edificios y tengan una cuenta en el banco; sin embargo no aceptan que un artista pueda tener no ya la fortuna de un ídolo popular sino la quinta parte de lo que ellos poseen. Creo yo que ya hemos pasado la época de la bohemia miserable en la que el artista es víctima de la sociedad, como ya dije. En la actualidad el artista es un intelectual serio, responsable, que está en posibilidades de vivir en y de su obra. Ahora tener talento es tener éxito.

FP. ¿Qué piensa usted de la humanización de la técnica o de la tecnificación del arte?



JLC. ¿O la deshumanización del arte? La máquina ha sido desde tiempos de Dada gran tema para los artistas plásticos. También tenemos varios ejemplos en el cinematógrafo: el primero sería aquella película de René Clair que se llamaba *A Nous la Liberté*, que inspiró a Chaplin para hacer *Tiempos Modernos*. Los dadaístas se ocuparon mucho de la máquina, con un gran sentido del humor, como los dibujos muy detallados de Picabia sobre máquinas imaginarias. En nuestros tiempos tenemos las máquinas que se destruyen a sí mismas de Tingally y otros muchos de la escultura o arte "Cinético". Zizar, uno de los escultores contemporáneos franceses de importancia, al acabar una exposición suya en Nueva York, invirtió todas sus ganancias en comprar un Cadillac Eldorado último modelo que llevó a pensar para convertirlo en un cubo de 1 metro. La obra fue adquirida por el Museo de Arte Moderno de Nueva York en tres veces el valor del auto. En México aún no tenemos ejemplos de este arte, tal vez por no ser aún víctimas de la mecanización.

FP. Para finalizar, ¿ve usted que el arte en México va en alguna dirección?

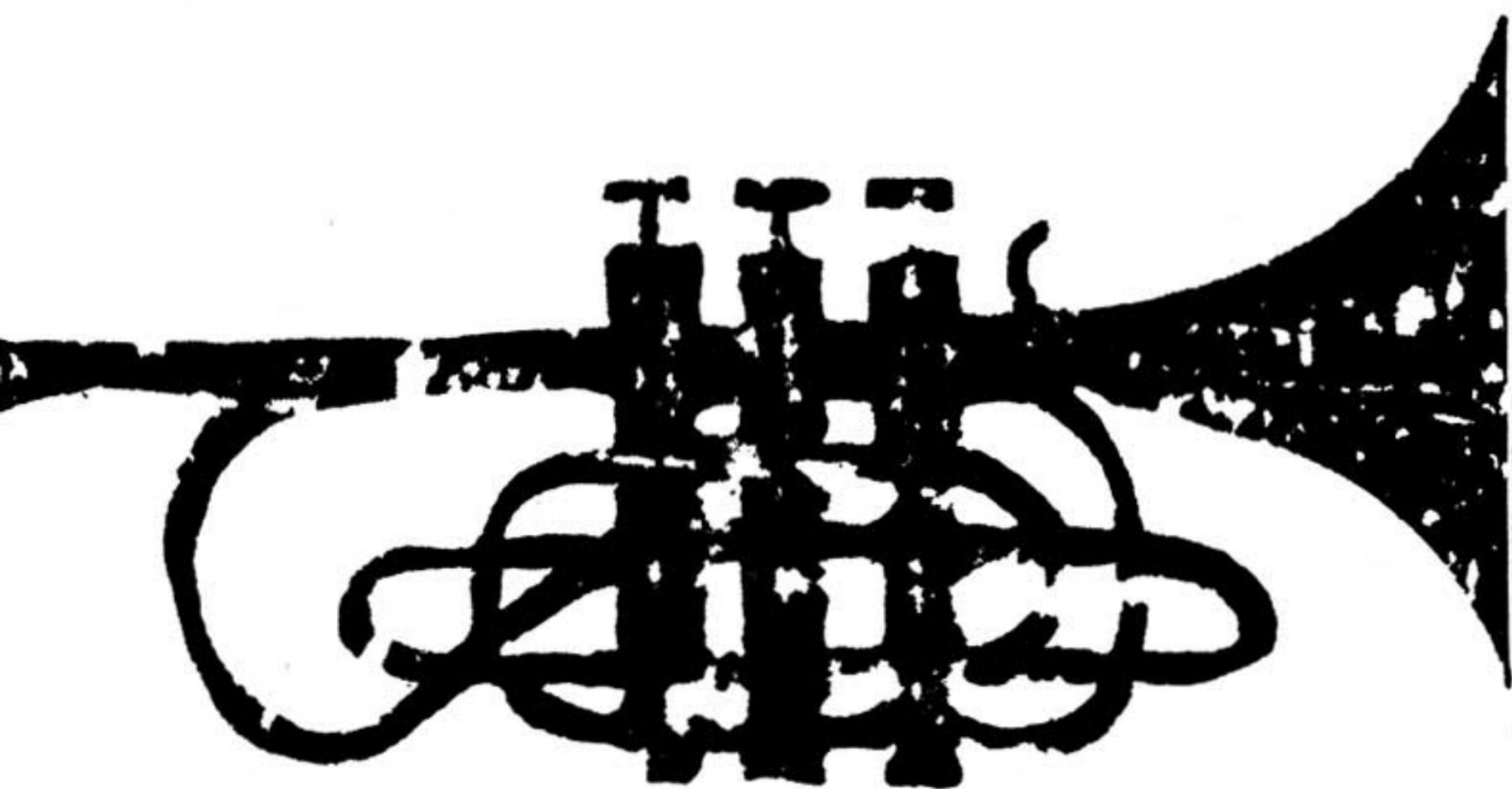
JLC. Sí, va en una sola dirección, a la burocratización. Y me refiero al arte de las últimas generaciones. Creo ser el único artista verdaderamente independiente que existe en la actualidad. Todos ellos, y ya quedó demostrado en la Confrontación '66, también los artistas que antes de mi generación se llamaban "artistas independientes", están ahora ansiosos de hacer arte oficial y participar en las exposiciones oficiales. Incluso ellos participan en muestras tan malas, tan burocráticas y tan oficiales como la Confrontación. Lo que pasa, repito, es que ahora se trata de hacer arte oficial, y que sea ahora el abstraccionismo, como lo fue antes el arte realista social. Los jóvenes pintores de mi generación han considerado que el gobierno ha sido siempre un magnífico patrón de las artes, y allá van, a la burocratización, a ver qué sacan.

FP. ¿Ve usted alguna salvación para esta situación?

JLC. Debo hacer una confesión. Me interesa bastante poco lo que esté aconteciendo con el arte en mi país en este momento. Como ya lo he dicho en varias ocasiones, la razón poderosa que yo tengo para permanecer en México es única y exclusivamente por los impuestos, los impuestos en mi país son muchísimo más bajos que en los Estados Unidos. De manera que se podía decir que yo soy indiferente a lo que está pasando en la generación de artistas más nueva. Lo que me interesa, y trato de estar alerta siempre es a lo que está pasando en los centros neurálgicos del arte como son Nueva York, Londres, Milán y como lo fue hace algunos años París.

(Y fue con este popmalinchista comentario que dimos por terminada la grabación, para seguir la plática ya sin "inhibiciones").

Análisis de la música popular en el México actual



Ricardo Delgado *

4º año de Ingeniería Química

El desarrollo de la música popular mexicana ha sido paralelo al del resto de Latinoamérica salvo contadas excepciones; a saber: Brasil, donde la influencia de la sangre oscura ha sido definitiva, Cuba, que parece haber trocado los bongoes por balalaikas hace apenas unos cuantos años y Puerto Rico, cuya música folklórica es compuesta por Bernstein y "made in USA" últimamente.

También en el campo de la música ha sido el mestizaje la base sobre la que se ha desarrollado la vida mexicana. La música floklórica maduró a través de la Revolución y engendró la actual canción ranchera, mientras que, por el lado romántico, el bolero complicaba su armonía y letra adaptándose a los tiempos. En este punto se desmorona toda la coherencia que había caracterizado a este desarrollo e irrumpe rítmicamente la música norteamericana dentro de la vida de la juventud mexicana actual, quizá gracias a la mejoría de las comunicaciones y a la internacionalización del mundo de los negocios.

Existen principalmente dos actitudes respecto a la influencia de la música norteamericana en México, mismas que encuentran representación en las presentes generaciones de padres e hijos: la una rechazándola incondicionalmente por estar fuera de lugar dentro de nuestra historia musical, entre otras razones,

* Miembro de los "4-a-priori". Coautor (con Guillermo Briseño) de las canciones de "2 + 8 en pop" y "Tragedia de tragedias o vida y muerte de Pulgarcito el grande", dirigidas por Juan José Gurrola.

y la otra aceptándola sin reservas como única solución a las inquietudes de hoy. Personalmente creo que ambas están equivocadas y a continuación pretendo discutir las.

La búsqueda de algo nuevo en el terreno de la música por los adolescentes ha degenerado, desgraciadamente, en una actitud de "aceptar lo que les den" acarreado, como consecuencia inevitable, la comercialización de este campo. Creo que a ningún mexicano le agrada la idea de verse representado en las películas norteamericanas como un señor bigotudo, mezcla de cow-boy, bailarín de flamenco y gaucho, tocado con un sombrero con moneditas alrededor, que es inevitablemente flojo, ladrón y tonto. Sin embargo en México se han aceptado casi universalmente los "rock and rolls" de Alguero cantados por Rocío Dúrcal que no son otra cosa que caricaturas burdas de lo verdadero sólo comparables a los "mexicanos de película gringa". La razón por la que esta música no puede ser válida o verdadera es que no es sincera. No está hecha desde un punto de vista de creación, sino que se compone imitando, sin esfuerzo, con el solo fin de vender discos, películas y estrellitas adolescentes. Pero aún así, la responsabilidad no es sólo de los compositores, sino que quizá es, en mayor grado, de los directores artísticos de radiodifusoras, casas grabadoras, etcétera. La primera falla de la mayoría de estos señores es que carecen en lo absoluto de conocimientos musicales. No creo que en ninguna empresa se contratara a un contador incapaz de sumar ni a un crítico literario analfabeto, y sin embargo los directores artísticos no saben música. Actualmente un buen director artístico es aquel que: se entera de cuáles son los primeros lugares de ventas en los Estados Unidos, contrata un cuarteto o quinteto de copiones profesionales, traduce erróneamente el número y lo graba y saca a la venta antes que sus competidores. El señor director puede no darse cuenta que la razón del triunfo de la canción en los Estados Unidos sea la letra y que la melodía carezca de importancia; por lo cual, al cambiar la letra con la "traducción", el número no pasará de ser mediocre. De cualquier manera esto no debe preocuparle, pues existe una enorme fracción del público mexicano que "acepta lo que le den", con lo que queda garantizado el éxito de cualquier disco, por infame que sea, con la condición de que se le dé la suficiente promoción. Si en las manos de estas personas está la creación de nuevos éxitos y la "fabricación" del gusto de miles de personas sin criterio musical alguno, me pregunto: ¿Por qué no crear éxitos que cumplan con las más elementales reglas de la música, por lo menos, en lugar de copias desafinadas? ¿Por qué no darles, a aquellos que todo lo aceptan, bases originales sobre las que puedan cimentar el criterio musical del que carecen?

Por otro lado existe la opinión de que el mal proviene exclusivamente de aceptar influencias extranjeras dentro de nuestra música, cuya larga historia debe mantenerse conservadoramente pura. Pensando en un punto de comparación, estoy seguro que las personas que defienden este punto de vista prueban muchos otros alimentos aparte de los que se consideran tradicional y exclusivamente mexicanos. No estoy afirmando que nuestra dieta musical se deba componer de lo equivalente a hamburguesas y *hot-dogs*, sino que debe adquirir una cierta internacionalidad, sin por ello menospreciar los valores tradicionales. La constitución socio-económica y aun física del mundo actual convierte en un irracional a aquel que se empeña en vivir aislado, en cualquier aspecto, del resto de la humanidad.

En México han existido básicamente dos tipos de música, la ranchera y el bolero, las cuales no han evolucionado prácticamente desde hace medio siglo. El México de hoy necesita de una tercera corriente que satisfaga las inquietudes de la juventud. Este nuevo tipo de música debe ser indudablemente mexicano pero, ante todo, nuevo, actual; lo que implica un cierto grado de internacionalización. Otra característica intrínseca de esta música consiste en la facilidad con que pueda ser interpretada. La aparición del *Big Beat* en los Estados Unidos obedece a que, entre otras razones, tanto la música clásica

como el jazz, habían llegado a una complicación tal que exigían la creación de una música que fuera interpretable por melómanos que no estuvieran dispuestos a comprometerse en estudios musicales demasiado profundos o prolongados. El reciente auge que han tenido las estudiantinas en México obedece a las mismas razones, aunque ha sido una manera un tanto anacrónica de resolver el problema, pues en lugar de crear un nuevo tipo de música, se ha tratado de desempolvar el espíritu del romanticismo. El tratar de resolver un problema con soluciones que se ensayaron en épocas pasadas constituye un retroceso indiscutible, a no ser que se encuentre una nueva solución más de acuerdo con la actualidad. Aunque esta tercera corriente musical de que hablo posee la característica esencial de ser relativamente fácil de interpretar, a comparación de la música clásica y el jazz, tiene una riqueza de armonía tal que la sitúa por encima de la música popular de otras muchas épocas. Esta riqueza de armonía se refiere al uso de tonalidades lejanas a la tónica, armonías más complicadas que los convencionales mayores, menores y séptimas, como son aumentados, disminuidos, novenas, treceavas, etcétera, y al uso de más de dos voces en las interpretaciones. Otra ventaja que presenta es la de tratar en sus letras temas alejados del convencionalismo como son poemas modernos, críticas sociales y problemas exclusivos de la gente joven.

*

Creo que en este punto sería interesante ver cómo los grandes fenómenos de la música popular moderna han venido a llenar huecos similares al que existe hoy en México.

Las bases sobre las que se ha cimentado la música popular en los Estados Unidos han sido el *Country & Western* equivalente a la canción ranchera en nuestros primos del norte, los *Spirituals* y *Blues* o canciones religiosas y lamentos de origen negroide.

El *blues*, que dio origen al *Jazz* (modismo que desafía definición aun de parte de los mismos "jazzistas"), dio también origen al *Rythm & Blues* al tomar influencias del *Country & Western* y de los *Spirituals*. El máximo exponente del *Ritmo & Lamento* es en la actualidad Ray Charles, quien interpreta un tipo de *Jazz* sencillo.

Elvis Presley, blanco con voz de negro, hizo aceptable entre la población blanca el sonido del *R&B* modificándolo ligeramente al aceptar nuevas influencias y rebautizándolo como *Rock & Roll* al comunicarle movimientos convulsivos a una variante del *swing*.

Del matrimonio del *Hillbilly*, perteneciente al *C&W*, con el *R&R*, nació el *Rock a Billy*, cuyos intérpretes los Everly Brothers introdujeron un nuevo tipo de armonías y progresiones en el mundo del *Big Beat* o Gran Ritmo.

Otros dos patriarcas del *R&R* fueron Chuck Berry, creador de un estilo muy imitado, y Little Richard, quien le inyectó aún más ritmo al *R&R*.

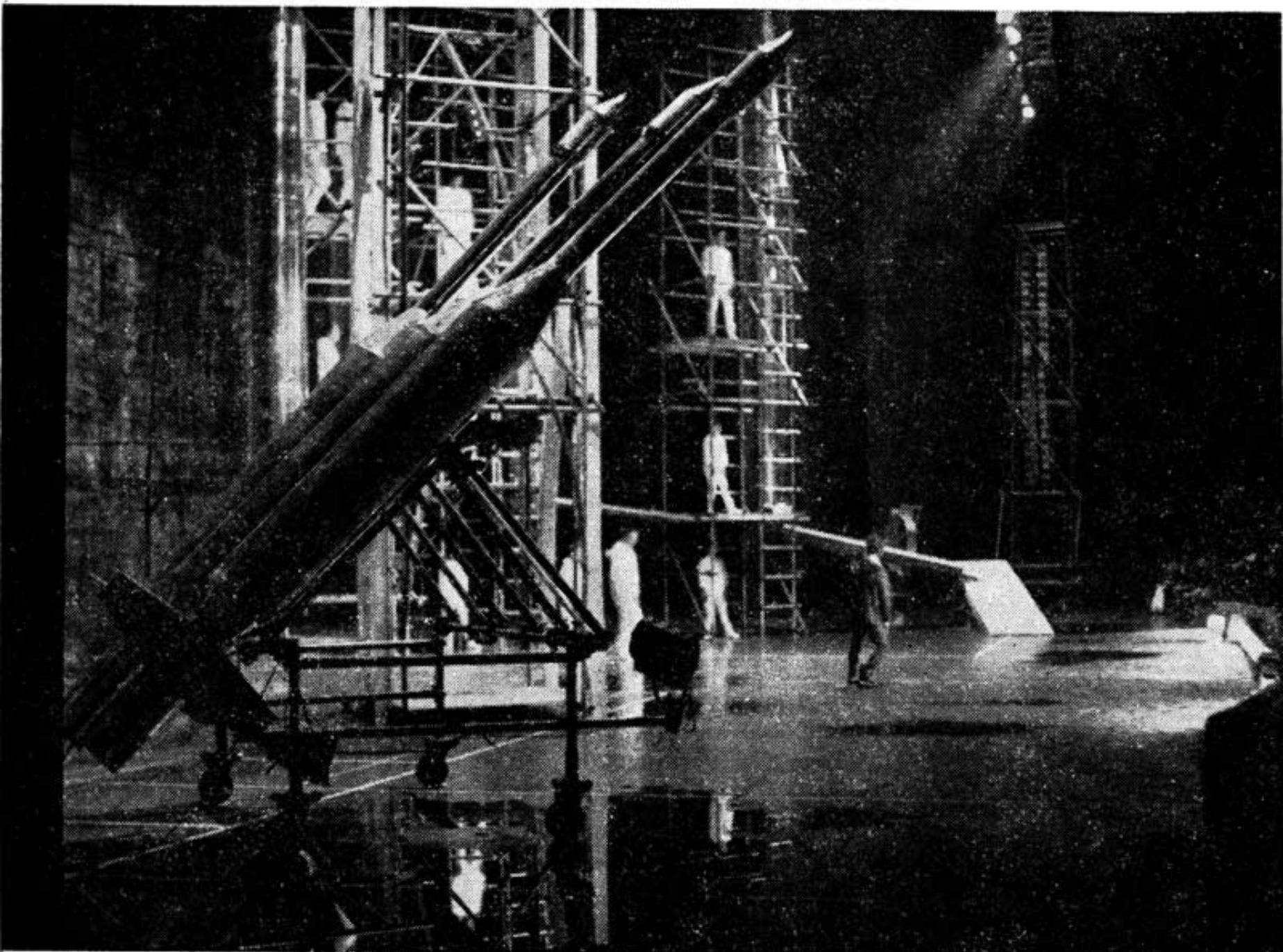
Finalmente en Inglaterra los Beatles, adoptando el sonido de la guitarra de Chuck Berry, parte del estilo de voz de Little Richard y las armonías y la otra parte de la voz de los Everly Brothers, han creado un estilo particular que no necesita comentarios.

En resumen: Es necesaria en México una nueva corriente musical que llene nuestra vida moderna. Dicha corriente, por actual, debe ser en cierto grado internacional, pero siempre cuidando de que sea original y escogida por nosotros mismos. Quizá la respuesta está en composiciones originales de mexicanos impregnadas de actualidad. Si esto se ha hecho en Estados Unidos, Francia, Alemania, etcétera, no hay razón para que en México y Latinoamérica no se pueda llevar a cabo también.

Crucifixión inútil de un Fausto muerto

Angelina Peláez *

4º año de Letras Españolas. Facultad de Filosofía



Es indudable que la puesta en escena del Frontón Cerrado de la CU, dirigida por Ludwik Margules, con estudiantes de la misma Universidad, es una muestra más de las inquietudes y manifestaciones en lo que se refiere a la expresión teatral en este fértil año de 1966.

La obra de Marlowe nos presenta al hombre que ávido del conocimiento absoluto vende su alma al diablo y finalmente sin obtenerlo y condenado por Dios llega inevitablemente a su destrucción. Es evidente que la tesis del autor es dicha condenación a esa aspiración del hombre: no intentar saber más que aquello que es permitido. La problemática religiosa es la que pesa fundamentalmente en la obra. ¿Podemos estar de acuerdo con dicha tesis? Este "mensaje" que a fin de cuentas Margules ha tomado y respetado no está de acuerdo con el sentir y razonar del hombre esencialmente científico e investigador del siglo xx. Nosotros asentimos con la doctora Quijano que nos dice en la presentación del programa que: "Si Fausto cae vencido eso no le resta mérito al

* Revelación femenina de teatro 1966 por la obra "Yo también hablo de la rosa" de Emilio Carballido.

impulso de romper las cadenas que lo atan a la ignorancia. Es la afirmación de los recursos ilimitados de la especie humana y su deseo de penetrar en lo desconocido." Pero no es esto lo que nosotros vimos en escena ya que el director no modificó, considerándolo quizá como traición, la visión de Marlowe sobre el hombre. Fausto cree que no merece el perdón de Dios y muere implorando ese perdón destruido ya interiormente. Y efectivamente, Dios no lo perdona, y así Marlowe lo condena y Ludwik lo crucifica. El hombre, como sabemos, tiene también capacidad para destruirse con aquello que le ha sido dado por el conocimiento adquirido a través del tiempo. En las guerras actuales son aplicados todos los conocimientos científicos con una finalidad negativa. La fuerza atómica es un ejemplo conocido. Esto lo entendemos y creemos que sí es condenable, más no al deseo de saber, inherente y positiva base del animal racional: el hombre.

En la escenificación encontramos aciertos como lo es la actualización de la obra, presentando a Fausto en contacto con cohetes espaciales y máquinas cibernéticas. Elogiamos al escenógrafo Alejandro Luna quien con una estructura imponente (aprovechando el espacio del frontón), similar a las que sostienen los verdaderos cohetes espaciales, llena por completo la escena del ambiente que se requería y da múltiples posibilidades al movimiento escénico. También es de notar que el director se da cuenta de la necesidad, aumentada por la magnitud del escenario, de la utilización corporal del actor, que deberá correr, brincar, rodar, pararse de cabeza, etcétera. Aunque hay ocasiones en que no está incorporando su uso con el texto y adquiere por tanto una calidad artificial y falsa. Los diversos planos que la escenografía ofrece parecen estar usados en la primera parte del espectáculo, repitiéndose en adelante las subidas y bajadas de los actores a la estructura escenográfica limitando gravemente la realización visual en cuanto a los actores y cediendo a la escenografía un lugar primordial.

Desde su comienzo la obra está presentada con una frialdad por medio del tono un tanto recitativo del texto, y de sus movimientos otro tanto mecánicos y de seres autómatas. En consecuencia nunca hay una comunicación emocional con el espectáculo hasta casi el final de la obra en donde todo el monólogo de Fausto de la desesperación y angustia de su próxima condenación y muerte está actuado y escenificado con la emoción, que llega hasta entonces a despertarnos un verdadero interés sobre aquello que sucede en la escena. Es el único momento que está completamente logrado tanto por la actuación como por la plasticidad. Y así resulta un poco paradójica la puesta en escena ya que en el momento en que está lograda la expresión escénica, lo vivo del espectáculo se nos da el "mensaje" que ya no es vigente, y todo el mecanismo y pasos a seguir de Fausto de querer llegar al conocimiento, que es natural en el hombre, nos es dado con una gran frialdad y cálculo matemático.

Aún así y con todo es un paso más en la experimentación teatral con rasgos interesantes y positivos que esperamos se sigan sucediendo en el año 1967.



Bibliografía

NAVARRETE, Raúl. *Aquí, allá, en esos lugares*.

Siglo XXI Editores, S. A. México, 1966.

La *Odisea* en hexámetros, Eugenio Onieguin con versos de virtud prosaica y *Tabaré* de estrofa becqueriana, son novelas. La ambición ha sido siempre, y desde el principio, el arrebatado; por eso es nueva en nuestros días la idea de la novela poema. El lirismo de *Aquí, allá, en esos lugares* tiene su fuente en la charla provinciana, sin batallar con metáforas. No es un libro del campo, ni lo es de la ciudad; es de tránsito entre esas dos literaturas mexicanas. A veces como artificio, generalmente como intenso vuelco dramático, la repetición de palabras nos transporta. La repetición como elemento primero y prehistórico de la horda que hacía el conjuro de los elementos y la invocación. Desde algún tiempo remoto y muy anterior a la lengua española, llega un eco: *Recogieron la pluma y vieron lo que era: era una pluma, no era otra cosa sino una pluma caída de las alas del pájaro. Era una pluma, la vieron, la tocaron* (p. 117).

La narración de una historia es el hilo conductor, en algunas épocas casi abolido y en otras, el único. Raúl Navarrete ha escrito su novela con momentos apenas dichos de la vida diaria. Al final de la fiesta, no sabemos si la mancha en el suelo es de sangre o de mole. El campo se hace introspección. Pero la capital sólo es un conjunto de señales para no perderse o una contemplación ajena: *Era un sol sin rayos que parecía una luna llena y que no deslumbraba por más que se fijara en él la vista... y los coches corrían uno tras otro por las calles* (p. 101).

Se sostiene el nivel de poema por

su pura información sentimental. Es la conmiseración por sí mismo que se profiere insultos en boca anónima, es el niño que busca a su madre y el joven desamparado que transita por la avenida Insurgentes; y es también la timidez apasionada, la amada: *Déjame que lllore largo, largo. Te llamé en esas noches, volví los ojos y toqué mis manos huérfanas sin encontrar las tuyas... Volveremos a nacer y aprenderemos a morir. Aprenderemos a morir mirándonos las sienas* (p. 49).

No hay que buscar personajes: el autor es el único. Apenas existe objetivamente aquella mujer adornada de plumas y con llanto exquisito; más firmes trazos tiene la muchacha graciosa que hace el quehacer; el tío, la madre y el niño son estados de emoción. Sin embargo, trágicos y obsesivos, en ronda infantil o como duendes, irrumpen aquellos seres: *Danza y danza reían. Se miraban unos a otros y reían. Rieron cuando los rostros verdecidos saltaron frente a ellos y rieron al correr, al huir, furiosos, ya cuando huían de ser arrebatados* (p. 221).

Dividido en 194 partes, el libro evoca un vitral de luces discretas o un ocaso gris, entero con todos sus fragmentos. Solamente la parte marcada con el número 114, parece una anomalía: de longitud excesiva, resulta fatigosa; como repaso, es un añadido que empobrece. Aunque tiene algunos de los renglones más graves y bellos, no se justifica semejante desmesura.

Con ayuda de estribillos (*Vamos llegando / vamos llegando*, cantan las muchachas), el autor ensarta sus poemas en prosa (*Qué dices tú. / No digo nada* cantan los niños) y con intenso sabor, sin busca de colorines, ha hecho que el habla mexicana ceda y se exprese en instantes inusitados.

Con mayor fortuna, un compañero de la Facultad ha dicho en dos palabras esta nota de libro: "ternura implacable".

Jorge Arturo Ojeda

EHRENBURG, Ilia. *Los dos polos* (3er. libro de Memorias). Editorial J. Mortiz, Colección Confrontación, los Testigos, México, julio de 1966, traducción directa de A. Vidal, 268 pp.

El libro de I. Ehrenburg, tercer tomo de sus memorias *Gente, años, vida*, abarca un periodo de tiempo que va de 1921 a 1934 o sea la posguerra del 14 y la pre-guerra del 39.

El autor pasó esos años viajando por toda Europa y es por eso que nos da un panorama, no sólo de la Rusia Soviética, sino, sobre todo, de aquellos países que jugarían un papel importante en la Segunda Guerra Mundial: Inglaterra, Italia, Alemania, España y principalmente, Francia.

Aunque I. E. es un escritor "comprometido" no trata en su libro únicamente cuestiones políticas, sino también cuestiones literarias.

Por sus páginas desfilan gran número de personajes del mundo artístico, tanto rusos como extranjeros. Con algunas líneas, o con largos párrafos, I. Ehrenburg presenta y caracteriza a la élite intelectual de aquellos años. La mayoría de los nombres nos son familiares, otros, sobre todo rusos, no son conocidos por los lectores de habla española, pero los juicios favorables que de algunos de ellos, hace I. E., nos inclina a pensar que no pasará mucho tiempo sin que conozcamos en nuestro país, traducciones de sus obras.

Ehrenburg, en estas páginas de sus memorias, explica y critica sus propios libros, expone sus ideas personales sobre la creación literaria y sobre todo describe los sentimientos que lo agitan, como hombre y como escritor, ante los sucesos de su tiempo.

Magistralmente expuesto está el ambiente de pre-guerra, la progresión del fascismo y la ceguera de las democracias ante la catástrofe que se avecina, cuyos síntomas sociales, políticos y artísticos, retrata e interpreta el autor.

I. E. nos lleva de un lado a otro de Europa, nos sumerge en diferentes

ambientes, nos presenta los personajes reales más diversos. Con él contemplamos tanto el nacimiento del nazismo, como la "bohème" parisienne; los camisas negras italianos y los obreros suecos; los amos de las finanzas y los políticos del momento; los años entusiásticos de construcción de la URSS y la amargura y desconcierto de los emigrados. De Madrid a un pueblo escandinavo, de Berlín a la Exposición de París, de Manchester a Moscú, el autor va presentándonos gente y pueblos, dándonos su visión personal de toda Europa.

No es solamente un comunista, no es solamente un escritor, es un hombre sensible el que contempla estremecido ese mundo caótico y desconcertado que se derrumbará unos años más tarde. El libro es un vívido mosaico, sentido con hondura, cuyos pedazos se juntan para darnos un amplio panorama de aquellos años.

Muy interesante resulta esta obra de I. Ehrenburg, tanto para el lector maduro que conoció esa época, como para el lector joven que quiera conocer un testimonio de la crisis artística, política, moral y espiritual que prevalecía en el viejo mundo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Los dos polos está escrito con ligereza, se mezclan las anécdotas, los juicios, los diálogos y las descripciones; es fácil de leer, tanto por su lenguaje, como por el interés de su tema; la traducción no es mala.

Siendo Ilia Ehrenburg uno de los escritores más notables de nuestro tiempo, sus memorias tienen el doble valor de lo literario y de lo histórico.

Mercedes Díaz

MURDOCH, Iris, *El unicornio.* Ed. Joaquín Mortiz, 1966.

En 1963 (año en el cual aparece en inglés) Iris Murdoch retoma los hilos de la novela gótica para darnos un relato de dos dimensiones. El planteamiento más superficial nos

ofrece un cuadro bastante conocido en las novelas de misterio: la institutriz que llega a una casa extraña, donde hay algo insano que no puede aprehender fácilmente, pero que poco a poco va intuyendo la presencia de una mujer exquisita, alrededor de la cual gira el misterio; la alusión constante a una persona que está muy lejos, pero a la cual hay que temer; y la del resto de los personajes, dentro de las convenciones de este género; esto no ofrece ningún interés por sí mismo, y la autora parece saberlo bien, ya que utiliza además de los recursos clásicos, antes nombrados, una serie de motivos y tópicos modernos que aparentemente podrían desentonar, pero que sin embargo son tan bien manejados que dan un nuevo interés a este tipo de novela, al mismo tiempo que lo dotan de una vigencia real. En este último caso estarían las relaciones sexuales, normales y pervertidas, y las relaciones afectivas que se desarrollan dentro de un mundo promiscuo.

Para el tipo de lector que sólo busca distraerse un poco, *El unicornio* es la novela ideal, ya que la autora va enseñando poco a poco las cartas con las cuales juega y haciendo entender que todavía quedan otras más interesantes, cosa que excita la curiosidad. No obstante, la novela es de mayor profundidad e interés, y satisface también al otro tipo de lector, al que busca algo más que entretenerse. La idea principal de la autora es esclarecer si la libertad es algo inherente al hombre y por lo tanto sujeta al dominio de éste, o si por el contrario es algo en lo que no se tiene arte ni parte. No llega a conclusiones categóricas, pero deja abiertos varios caminos para que el lector tome el que desee.

Todos los personajes están tratados con fuerza, y se independizan en cuanto aparecen, constituyendo un núcleo amplio de personajes auténticos de novela, ya que cambian y se desarrollan ante el lector. Marian, la institutriz; Hannah, la mujer presa; Effingham, el nexa prin-

cipal entre las tres mujeres; Scottow, carcelero perverso; Violet, mujer amargada; Jamesie, entre ingenuo y pervertido; Denis, Alice, Max, Pip, etcétera, están viviendo intensamente aunque en forma poco reflexiva lo que les toca en suerte, pero al final se les puede aplicar la frase que en una carta se aplica a Marian: "Deja de pensar que la vida te está estafando, acepta lo que te ofrece y aprovéchate de ello. ¿Es que nunca serás realista?" Cuando al final todos se dispersan, van con la sensación de que han sido estafados en algún sentido, y que por primera vez podrán ser realistas.

Están tan bien movidos los hilos, que no queda un solo cabo suelto, y la impresión después de la lectura es la de un todo unitario, bien contado, y casi perfecto, que reconcilia con la verdadera novela gótica, aunque como dijimos antes modificándola al mismo tiempo que dotándola de vigencia y frescura.

La traducción decae en algunas partes de la novela, lo cual es una lástima. Además tiene ciertas incorrecciones de léxico, un ejemplo es el constante galicismo "influenciar" por influir.

Eduardo Naval

JOSÉ AGUSTÍN. *De perfil.* Ed. Joaquín Mortiz, 1966.

José Agustín es evidentemente un privilegiado de las musas, entrar al ruedo literario bajo el auspicio directo de nada menos que Shakespeare no le es dado a cualquier principiante en las lides artísticas. Pues sí, José Agustín es un auténtico escritor shakespeariano. Difícilmente podría hallarse una obra literaria que con más exacta precisión se apegue a la celeberrima descripción shakespeariana de nuestro mundo: "A tale told by and idiot, full of sound and fury, and signifying nothing". Eso es exactamente el engendro titulado *De perfil*.

José Agustín, modesto al cabo, no pretende darnos, como Shakespeare, una visión total del mundo, sino, más limitadamente, su visión del mundo de la adolescencia mexicana. Pero desde luego, si su intención era aplicar a una situa-

ción particular la fórmula genérica de Shakespeare, lo consiguió plenamente. Al terminar de leer las 350 páginas de *De perfil*, estamos absolutamente convencidos de que los adolescentes mexicanos, por una parte, y el escritor José Agustín, por otra, son un hatajo de idiotas furiosamente empeñados en meter el mayor ruido posible para no decir absolutamente nada.

Por lo que se refiere a los adolescentes mexicanos, ellos tienen la palabra para confirmar o refutar la opinión que de ellos tiene José Agustín. Si ellos están de acuerdo, entonces hay que abonar a favor del escritor el habernos dado un documento fotográficamente exacto de un sector de la sociedad en que vivimos. Si no están de acuerdo, tendremos que considerar a José Agustín como único responsable de tan deprimente visión del mundo.

De cualquier modo, es digno de todo encomio el esfuerzo de José Agustín; porque tener la perseverancia de escribir 350 páginas para decir lo que otro, cuatro siglos antes, ya había dicho en dos líneas, merece nuestro aplauso, no cabe duda. Con el agravante de que además esas 350 páginas son todas exactamente iguales entre sí, lo cual ya representa una dificultad más para el autor. Y no sólo eso, sino que además las ¡350 páginas! están escritas en una lengua extranjera, particularmente pobre en cuanto a sintaxis y léxico; el argot preparatoriano, por el cual José Agustín siente una predilección tan irresistible que hasta cuando cree escribir en español, cae inconscientemente en las trampas lingüísticas que le tienden sus ignaros personajes: solecismos sin número, humorismo chabacano, por no decir "sangrón", pobreza casi patológica de vocabulario, etcétera.

En resumen, la novela de José Agustín podría llamarse, en vez de ese malhadado *De perfil* que, con gran vergüenza por parte nuestra, confesamos no entender en lo absoluto a qué viene, como la de Arthur Koestler *El cero y el infinito*. Efectivamente, la deprimente impresión de ingente nadería que se desprende de cada página de la obra de José Agustín no desemboca nunca más que en otra nadería que a su vez fluye, monótona y rutinaria, hasta otra nada, y así sucesivamente hasta el infinito, o sea de nuevo al cero del punto de partida. Cuando cerramos el libro de José Agustín, nos encontramos exactamente en la misma situación que cuando lo abrimos en la

primera página, con la diferencia de que ese vacío que retrospectivamente se nos extiende por las tres o cuatro horas de lectura anterior, nos produce una vaga sensación de malestar nauseoso, como cuando, después de haber estado inflando un globo a fuerza de pulmones, se nos escapa de las manos y desaparece de nuestra vista.

Y ahora en serio: para hacer sentir al lector ese mundo del adolescente, hecho de sensaciones a flor de piel, juicios confusos, ideales vagos, caprichos febriles, absolutismos superficiales, púdicos romanticismos e impúdicos *strip-tease* intelectuales, angustiosa necesidad de comunicación, trabada por innumerables impedimentos reales o imaginarios, ese mundo en fin de incertidumbres, que lo contiene todo en potencia y nada en realidad, para hacer revivir ese mundo, no basta con echar a andar una grabadora en medio de un grupo de adolescentes. Tiene que haber además un testigo. Un ojo, un oído, un cerebro, que mire, escuche, entienda a esos adolescentes; ese es el papel del escritor. Si el escritor no asume ese papel de testigo, es el lector el que tiene que asumirlo por él; entonces el escritor pasará a formar parte de la masa indistinta de sus personajes, y el lector será el verdadero autor, es decir el testigo que interpreta, y no sólo registra pasivamente, lo que ve y lo que oye. José Agustín es quizá demasiado joven para darse cuenta de ello, pero el escamotear así su responsabilidad de autor es una señal inequívoca, y peligrosa, de cobardía.

Sinceramente le recomendamos a este joven, y por joven excusable, aspirante a intelectual, que se decida de una buena vez, si quiere llegar a ser un escritor, y no una simple máquina registradora, a asumir plenamente su papel de artista, es decir de testigo objetivo y subjetivo a la vez, puesto que un testigo siempre es, quiéralo o no, de cargo o de descargo. Si quiere saber cómo aplicar, en la práctica, esta norma que todo escritor debe aprender como esencial de su oficio, bástele con leer, a modo de ejemplo ilustrativo, *The catcher in the rye* de Salinger, ése es exactamente el libro que José Agustín quiso escribir y no pudo. Esperamos que su juventud no lleve a tanto que no quiera admitir como norma de aprendizaje el ejemplo de sus mayores. Sería una lástima que se perdiera una buena voluntad, por falta de recursos (eterno problema de los países subdesarrollados).

Cristina Conde